

Jazmín®

Un pasado secreto

Susan Fox

Por fin tenía una familia, pero… ¿tenía también alguien con quien compartirla?

Marla siempre había sabido que había sido adoptada al nacer, pero jamás habría imaginado que tenía una hermana… Una hermana a la que no podía decirle quién era ella realmente. Un hombre se interponía entre ella y la felicidad que tanto anhelaba, el hermano adoptivo de su hermana, Jake Craddock. El guapísimo ranchero sólo trataba de proteger a su familia, y desconfiaba enormemente de Marla.

Jake sabía que Marla le ocultaba algo, pero no conseguía descubrir qué era exactamente. Lo único que sabía era que la belleza y vulnerabilidad de Marla le hacían desear cuidarla, protegerla… y convertirse en el marido que ella merecía.



Susan Fox

Un pasado secreto

Jazmín - 2034

ePub r1.0
LDS 01.12.16

Título original: *A husband to belong to*
Susan Fox, 2006
Traducción: Juan Larrea Paguaga
Publicado originalmente: Mills and Boon Tender Romance (MTR) - 405 / Harlequin Romance (HR) - 3881
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



Capítulo 1

Las dos jóvenes no parecían hermanas y mucho menos mellizas, aunque la prueba de ADN había confirmado sus vínculos genéticos. En casi todo lo demás, eran opuestas, tanto en el aspecto físico como en la vida que habían llevado.

Jaicey Craddock, dos minutos mayor, tenía los ojos azules y un pelo rubio y ondulado con vetas muy claras por el sol de Texas. El bronceado le resaltaba la tez y su personalidad positiva se debía tanto a su familia adoptiva como al optimismo con el que parecía haber nacido.

Su hermana, Marla Norris, era dos centímetros y medio más baja que ella y tan reservada como Jaicey extrovertida. Marla tenía un pelo marrón oscuro, tupido y lacio que le caía elegantemente hasta los hombros. El flequillo le destacaba los ojos color avellana más de lo que ella misma se daba cuenta y los años de ocultar sus sentimientos le daban una mirada distante y misteriosa que hacía que pareciera mayor y más sensata que su hermana.

Marla estaba moldeada por los difíciles momentos, tan numerosos en sus años de desarrollo como Jaicey los estaba por los momentos felices que habían dominado su vida hasta entonces. Marla, al revés que Jaicey, había perdido a sus padres adoptivos a los ocho años. También perdió la infancia y el dolor la convirtió en una niña reservada que había pasado por una serie de casas de adopción y que había aprendido a superar la soledad de no tener raíces y de no sentirse nunca completamente segura.

Todo lo había hecho por sus propios medios y se había esforzado

mucho para conseguirlo. Después de terminar el instituto, Marla se hizo implacablemente autosuficiente y detestaba depender de alguien que no fuera ella misma. Evitaba cualquier espejismo de que otra persona fuera a rescatarla, con lo que soñaban los niños desvalidos y lo que algunas mujeres creían que encontrarían en un hombre. Ella no se sentiría decepcionada o manipulada si depositaba demasiada esperanza en otra persona. Si no congeniaba demasiado con nadie, no sufriría cuando la abandonaran. Librarse de esos problemas sólo tenía el precio de la soledad y la insatisfacción.

Hasta que la hermana que nunca soñó tener irrumpió en su vida, y se la cambió para siempre.

—¿Te arrepientes de que te convenciera para que vinieras a Texas?

La pregunta de Jaicey rompió el silencio en el que habían caído cuando terminaron los álbumes de fotos que habían estado haciendo en la mesa de cocina del apartamento de Marla. Habían pasado todas las tardes de esa semana haciendo álbumes, intercambiando copias de fotos del colegio y fotos que se habían hecho ellas a lo largo de los años.

Se habían embarcado en esa tarea para rellenar algunos de los veinticuatro años de vida que no habían compartido.

La pregunta hizo que Marla mirara a Jaicey y comprobara que sus ojos expresaban una preocupación poco habitual en su hermana.

—En absoluto —contestó Marla con convicción. Todavía la asombraba que tres meses antes embalara todas sus pertenencias y se fuera a vivir a Coulter City, en Texas, desde Illinois, pero ni se le pasaba por la cabeza arrepentirse.

—¿Ni aunque sepas que tendremos que mantener el mayor secreto de nuestras vidas durante un tiempo? —Jaicey todavía parecía inquieta.

—Si tuviera alguna duda, no habría venido hasta aquí.

—Entonces —las dudas se habían disipado de los ojos de Jaicey—, si te pidiera que vinieras al rancho este fin de semana, ¿aceptarías?

—De eso no estoy tan segura.

—¿Todavía te pone nerviosa la presencia de mi hermano mayor? —Jaicey sonrió—. Eso se llama atracción sexual, hermanita.

Marla notó que se sonrojaba. Nadie, excepto Jaicey, había captado tan fácilmente sus sentimientos y se sentía un poco desprotegida.

—Es posible —concedió Marla—, pero cuanto más tiempo pase con tu familia, más posibilidades hay de que metamos la pata.

—No te gusta eludir preguntas. —Jaicey volvía a estar preocupada—. A mí tampoco me gusta ocultarles las cosas.

—Además, eso.

Sobre todo, cuando Jake Craddock, el hermano mayor de Jaicey, era quien solía hacer las preguntas. Daba igual la contestación que diera, siempre conseguía que él recelara más de ella. Marla notó ese recelo desde el preciso momento en que Jaicey la presentó a los Craddock.

Judd se alegró de conocerla y la recibió sin reservas, pero Jake la miró intensa e inquisitivamente antes de sonreír y de decir las formalidades de rigor, tanto que ella no pudo evitar alejarse de él en cuanto tuvo ocasión.

Desde entonces, él consiguió encontrar cosas que preguntarle, daba igual que ella intentara no captar su atención. Ella siempre había sabido pasar desapercibida, pero Jake era desesperadamente difícil de esquivar si Jaicey no hubiera estado cerca para disuadirlo de jugar al juego de la verdad, Marla no creía que hubiera sido capaz de encontrar respuestas razonables que no fueran mentiras precipitadas.

Detestaba las mentiras, pero Jake era muy hábil entrando en terrenos que ella no quería tocar y le resultaba muy difícil contestar y decir la verdad, al menos decir toda la verdad que podía decir. Después del primer encuentro, Marla se fue a casa e intentó prepararse todas las preguntas posibles para darle respuestas verdaderas pero que no la comprometieran, además de algunas evasivas por si las necesitaba.

No quería ir a al rancho de los Craddock y dar pistas a Jake para que atara cabos antes de que Jaicey llevara a cabo su cuidadosa campaña para confesarlo todo. Parecía como si él tuviera la capacidad de alterarle los sentimientos y el cerebro, lo cual hacía que ella fuera reacia a estar cerca de él. Marla no quería ser quien desvelara el secreto.

Jaicey tenía miedo de confesar abiertamente que había ido a

buscar a su madre biológica y había vuelto con una hermana. Judd y Jake eran inflexibles con la lealtad y podrían pensar que lo que había hecho Jaicey era desleal o desagradecido.

Judd y su difunta mujer habían dado a Jaicey todo lo que una niña podría querer, sobre todo amor, y Jaicey no quería que él pensara que lo que había hecho no había sido suficiente para ella. A muchos padres adoptivos les dolía lo que podía parecer deslealtad o ingratitud y Marla no podía reprocharles que se sintieran inseguros. Además, la salud de Judd Craddock había sido bastante frágil durante los dos últimos años y Jaicey no quería disgustarlo.

Ella había planeado decirlo poco a poco. Estaba segura de que llegarían en un momento y un lugar adecuados, pero también estaba decidida a que, entre tanto, su familia conociera a Marla. Jaicey estaba convencida de que recibirían mejor la confesión si ya apreciaban a su «mejor amiga». Marla no estaba tan segura de eso.

Ella no habría actuado de la misma manera si hubiera sido Jaicey y se sentía culpable por no haber pensado mejor las consecuencias del plan de su hermana. Habría sido mejor que ella se hubiera quedado en Chicago mientras que las cosas se hubieran aclarado con los Craddock, pero Jaicey le insistió machaconamente en que fuera a Texas y ella no pudo negarse. Ya llevaba allí varias semanas y estaba encantada, sólo lamentaba tener que guardar un secreto como aquél.

No tendría que haber permitido que Jaicey la convenciera para ir al rancho la primera vez, pero se vio arrastrada por la curiosidad de conocer a los Craddock y todo lo referente a su hermana. Tendrían que habérselo dicho a los Craddock hacía semanas. Después de tanto tiempo, se enfadarían cuando se enteraran, aunque no mostraran el enfado a Jaicey.

Ellos amaban a Jaicey y Marla estaba segura de que cualquier enfado iría dirigido hacia ella y no hacia su hermana. Seguramente pensarían que ella, Marla, había sido quien había querido mantenerlo en secreto durante algún tiempo. Podrían llegar a pensar que había influido a Jaicey para que fuera desleal y mantuviera ese secreto durante tanto tiempo. Para los Craddock, los integrantes de la familia nunca «tomaban partido» unos contra otros. También era posible que creyeran que había sido ella la que había buscado a Jaicey, independientemente de lo que Jaicey

dijera.

Ése era el inconveniente de mantener un secreto durante tanto tiempo. Lo peor era que, una vez desvelado, podría afectar durante mucho tiempo a la confianza en Jaicey y eso preocupaba a Marla.

Los Craddock eran muy importantes en Texas, tenían tierras y una fortuna en consonancia. Marla ya sabía, gracias a su hermana, que más de un oportunista se había fijado en cada uno de ellos. Aunque a Marla le ofendía su orgullo que alguien pudiera considerarla una oportunista. Quizá por eso Jake era tan receloso de su amistad con Jaicey. Su hermana era una heredera y ella sólo tenía un par de miles de dólares ahorrados. Cuando supiera la verdad, Jake podría creer que a ella le había movido más el dinero de los Craddock qué reencontrarse con su hermana.

Si llegaba a pensarlo, pronto se daría cuenta de que estaba equivocado. Durante los últimos meses había tenido muchas ocasiones para aprovecharse de la generosidad de Jaicey, pero lo había evitado desde el principio, en concreto, cuando tuvo una avería y Jaicey quiso comprarle un coche nuevo. Ella lo rechazó firmemente, como rechazó otros regalos, hasta el punto que Jaicey tuvo que devolver algunas joyas y ropa que le había regalado. A Jaicey eso no le hizo gracia, pero acabó entendiendo que ella quería salir adelante por sus propios medios. Incluso le impuso un límite de dinero en los regalos de cumpleaños y Navidad, algo de lo que Jaicey seguía quejándose.

Lo único que permitió a Jaicey fue que le diera una referencia personal para su trabajo en un despacho de abogados de Coulter City. Los Craddock no podrían encontrar nada censurable en eso.

Jaicey se levantó y fue por el maletín que había dejado en una silla de la cocina.

—De verdad, Marla, quiero que vengas al rancho este fin de semana. Tengo la sensación de que podría cambiar todo entre Jake y tú.

A Marla no le aliviaba la idea.

Jaicey tomó su álbum de fotos y lo guardó en el maletín mientras Marla recogía los trozos de fotos que habían recortado.

—Además, él ya no te hará preguntas indiscretas.

Marla captó el mensaje y miró a su hermana. Jaicey sonreía como si estuviera satisfecha de sí misma y Marla la observó con

cautela.

—¿Qué has hecho?

—Le he dicho a Jake que deje de incordiarte. Siempre le han gustado las mujeres que no le persiguen y se lo he recordado.

—¡No será verdad! —exclamó Marla espantada.

Jaicey desdeñó la reacción de Marla con un gesto.

—De modo que cuando pase para disculparse, espero que le dejes entrar. También va a invitarte al rancho. Vamos a ir de acampada. No has ido nunca, ¿verdad?

El espanto de Marla subió de intensidad. Sabía que a los Craddock les encantaba la naturaleza; trabajaban al aire libre y también salían a cazar y pescar. Ella nunca había ido de acampada y le parecía divertido, pero prefería no hacerlo con Jake. Ya lo había pasado bastante mal mientras aprendía a montar a caballo durante otros fines de semana en el rancho y el sentido común le decía que tendría menos espacio para esquivar a Jake si los cuatro plantaban unas tiendas de campaña en medio del campo.

—Venga, Marla —la animó Jaicey—, te encantará. Fue Jake quien propuso que fuéramos a buscar puntas de flechas. A lo mejor, si tenemos suerte, podemos encontrar alguna vasija de barro. También cree que hay un puma y que podríamos seguirlo.

Marla se sintió tentada. Le gustaba la arqueología, aunque no había pasado de leer algunas revistas y de ver programas en televisión. Si bien encontrar unas puntas de flechas y unas vasijas de barro no era gran cosa, siempre le había emocionado pensar en encontrar restos de otras civilizaciones. Además, la idea de perseguir a un puma era apasionante. ¿Podrían acercarse tanto como para verlo?

—Lo pensaré —replicó Marla—, pero no tengo material para ir de acampada.

—Nosotros tenemos de todo. Sólo tienes que llevar ropa para montar, botas, tu sombrero, protección solar, si quieres, y pinzas para el pelo. Yo te dejaré unos guantes. No te preocupes por el maquillaje y basta con las cosas de aseo más elementales. Ah, no lleves el secador de pelo.

Marla esbozó una sonrisa forzada.

—No soy tan de ciudad como para pensar que hay electricidad por todos lados.

—Por si acaso. —Jaicey cerró el maletín—. Si he calculado bien el tiempo, puedo cruzarme con Jake en el portal.

Marla había estado a punto de darse la vuelta para salir a la sala por delante de su hermana, pero se quedó parada al asimilar las palabras de Jaicey.

—¿Esta noche?

—Tiene que ser está noche. —Jaicey no hizo caso de su angustia —. Mañana es viernes. Porqué esconder el álbum de fotos… —Jaicey señaló la mesa con la cabeza.

Un segundo después, la sonrisa de Jaicey se desvaneció, dejó el maletín e, impulsivamente, abrazó a Marla con fuerza. Marla le devolvió automáticamente el abrazo, algo que nunca había hecho hasta que Jaicey lo había convertido en casi rutinario.

—Tengo la sensación de que no hay tiempo para nada, Marlie —le susurró Jaicey—, como si hubiera tenido que encontrarte hace muchos años. Ya sé que estoy yendo muy deprisa, pero no puedo evitarlo.

Otra vez la premura de Jaicey para recuperar los años que habían perdido. Era frecuente que pareciera preocupada por la noción del tiempo y eso desasosegaba a Marla porque a ella le pasaba lo mismo.

Estrecharon el abrazo antes de que Jaicey se soltara y se apartara un poco mientras parpadeaba para enjugarse las lágrimas. Marla intentó hacer lo mismo, pero no podía cambiar de sentimientos tan deprisa. El amor familiar y el afecto eran algo nuevo para ella y, como no tenía muchos recuerdos de la infancia, tendía a aferrase a ellos durante más tiempo que los demás. Todavía le costaba más distanciarse de las lágrimas de una hermana. Le maravillaba que Jaicey la quisiera, pero no tenía dudas de que ella quería a Jaicey.

—Además —siguió Jaicey—, no me importaría que Jake y tú os enamorarais. Una boda sería perfecta para juntarnos todos.

Marla sintió un estremecimiento por todo el cuerpo y sacudió levemente la cabeza.

—Me siento como si me hubiera atropellado un autobús.

Jaicey se rió.

—Tengo un don para hacer parejas, ¿no te lo había comentado? Si consigo que papá se case con la viuda Lane, podré dedicarme

completamente a encontrar a alguien para Jake. Si consigo emparejarte con Jake mientras me ocupo de papá, podría dedicarme a los tres a la vez y al final podría permitir que Bobby Kelsey me echara el lazo para llevarme al altar.

Marla volvió a sacudir la cabeza con cierto estupor, Jaicey era como un torbellino que lo agitaba todo con su energía, sus buenas intenciones y su entusiasmo vital. Marla consideraba a Jaicey como la hermana ideal. No sólo era opuesta a ella, también era la persona más atenta y divertida que había conocido. Nunca se había sentido tan afortunada.

—Nadie podrá acusarte de no tener metas —replicó Marla con una ironía que también era nueva para ella—, pero, por favor, no intentes emparejarme con tu hermano. Haríamos una pareja espantosa —añadió con la intención de quitarle hierro.

Marla no podía imaginarse a Jake casándose con alguien como ella ni podía imaginarse a sí misma casándose con alguien como Jake.

—A mi hermano también le gustan las morenas, así que cepíllate bien ese pelo maravilloso y date un poco de colorete para que no parezca que estás a punto de desmayarte. Jake no es ni la mitad de desagradable de lo que quiere parecer.

El torbellino rubio volvió a agarrar el maletín y salió como una centella hacia la sala para irse del apartamento, pero se volvió antes de cerrar la puerta.

—Te quiero, Marlie.

—Yo también te quiero —replicó Marla algo absorta.

Jaicey cerró la puerta y Marla se quedó unos segundos mirándola. Jake podía llegar de un momento a otro. Marla tomó aire y volvió a la mesa donde estaba el álbum.

En ese instante, notó una punzada de ansiedad. Primero pensó que era porque pronto iba a estar a solas con Jake, pero se dio cuenta de que no tenía nada que ver con lo que se avecinaba. Abrió vacilantemente el álbum y notó que la ansiedad aumentaba al pasar las hojas hasta llegar a las fotos que más le gustaban. Eran unas fotos profesionales que se habían hecho Jaicey y ella, los primeros retratos verdaderamente familiares en los que había participado. Había enmarcado su favorito, pero lo tenía en el dormitorio. No quería tenerlo en la sala, donde cualquiera podría verlo, hasta que

los Craddock supieran la verdad.

El álbum no le dio el sosiego que ella había esperado y se lo llevó al dormitorio para intentar distraerse de la aguda sensación de miedo. Al menos iba bien vestida. Llevaba la blusa blanca que se había puesto para ir a trabajar y unos vaqueros nuevos. ¿Debería ponerse unos zapatos o estaba bien con los calcetines gordos que usaba en casa?

Dejó el álbum en el tocador, comprobó el leve maquillaje y se cepillo el pelo. Luego, se miró en el espejo de cuerpo entero del armario para ver su aspecto general. La ropa le daba una sensación de relajamiento que distaba mucho de ser verdadera, pero fue a la sala para esperar y decidida a dar una impresión de serenidad.

Seguramente, Jake sólo se quedaría unos minutos. Era una visita de compromiso que había organizado Jaicey y que él habría accedido a hacer por la insistencia de ella. Marla no creyó en ningún momento que él se disculparía y estaba segura de que si la invitaba sería un momento bastante incómodo, sobre todo para ella. La situación no duraría más de diez minutos y ella podía aguantar cualquier cosa durante diez minutos.

Mientras daba vueltas por la sala, intentó calmarse pensando en otras cosas. Lo primero que se le pasó por la cabeza fue preguntarse cómo llevaría Jake la presión a la que le sometía le hermana de los dos.

La hermana de los dos… Ella nunca había sospechado que tenía una hermana hasta que Jaicey se puso en contacto con ella y menos todavía una hermana melliza. Tardó más en acostumbrarse a que, además, compartía a esa hermana con alguien, con Jake Craddock.

Daba la impresión de que para Jaicey su hermano mayor lo era todo. Marla podría haber estado de acuerdo si ella no le hubiera caído tan mal desde el principio. Aun así, nunca había conocido a un hombre tan protector como Jake y algo en su interior anhelaba tener esa protección para ella. Durante más de media vida, Marla había rechazado cualquier seguridad que no hubiera brotado de sí misma. Sin embargo, todo en Jake parecía irradiar seguridad, desde su aspecto de vaquero rudo a la piña que formaba su familia.

Todo empezó al abrirse a Jaicey. La reserva y el distanciamiento que había aprendido a mantener con tanta rigidez se habían visto socavados profundamente, quizá definitivamente, y tenía que hacer

todo lo posible por mantenerlos.

Le costaba asimilar que Jaicey hubiera entrado tanto en su vida, pero con Jake era muy difícil. A pesar de la desconfianza de él y de lo mucho que le intimidaban los hombres hoscos, Marla también había notado que era muy distinto de los pocos hombres de la ciudad que había conocido y quizá por eso no podía rechazarlo tan inmediatamente como habría hecho con otros hombres menos vigorosos.

De entrada, era mayor, tenía treinta y pocos años. También era muy alto, más de un metro noventa, con espaldas anchas, caderas estrechas y unas piernas largas y poderosas. Los músculos graníticos de sus brazos, pecho y espalda se notaban fácilmente debajo de las camisas de algodón que usaba para trabajar y sus manos eran grandes y curtidas, como no las tenían muchos hombres de la ciudad.

Marla lo había visto cabalgar y manejar al ganado y transmitía la sensación de que podía lidiar con cualquier cosa, fuera trabajo, animal o humano. No se lo imaginaba con miedo de nada y es taba segura de que nunca nadie le había faltado al respeto.

Excepto Jaicey. Por muy rudo que fuera, también era amable e indulgente con su hermana pequeña. Estaba claro que la adoraba y siempre había sido el hermano mayor ideal. Era un buen hijo, pero estaba a la altura de su padre en autoridad, aunque lo respetaba completamente. La unión entre el padre y el hijo era tan fuerte como acero y, con Jaicey, parecían una familia perfecta, aunque faltara la madre y esposa que todos recordaban con cariño.

La verdad era que Jaicey se había enamorado un poco de la familia de su hermana y, a pesar de sus esfuerzos, anhelaba ser parte de ella. Jaicey había hecho que lo pensara. Según ella, Marla era familia de los Craddock. Marla había cambiado inmediatamente de conversación antes de que Jaicey siguiera por ese camino, pero la idea ya había arraigado profundamente en su corazón.

Tenía que dejar de pensar en esas cosas y calmarse. La misteriosa ansiedad seguía creciendo. No había ningún motivo real y tenía que aplacarla.

Además, Jake llamaría al telefonillo en cualquier momento. Marla siguió dando vueltas a la sala para dominar los nervios.

Al final, no hizo falta el telefonillo. Marla lo vio al otro lado de

la puerta corredera de cristal que daba al pequeño patio.

Capítulo 2

Al verlo, Marla sintió una oleada ardiente que le recorrió el cuerpo de los pies a la cabeza. La idea de Jaicey de que ese hombre se enamorara de ella era algo más que aterradora. Efectivamente, él la atraía mucho, pero no creía que pudiera sobrevivir si esa atracción se convirtiera en algo más profundo.

En el peor de los casos, los sentimientos eran peligrosos y en el mejor, impredecibles. Había dejado que Jaicey entrara en su corazón porque se había convencido de que era sincera y de que sus vínculos de sangre no eran un espejismo.

El hombre que estaba al otro lado de la puerta representaba el peor espejismo de todos, el amor romántico. Ella ya había aprendido un par de dolorosas lecciones sobre el enamoramiento y no estaba dispuesta a repasarlas, por muy fuerte que fuera la tentación. La estatura de él siempre hacía que ella pareciera baja y poco femenina, pero nunca como esa vez, que estaba enmarcado por la puerta de su modesto apartamento. Siempre lo había visto en la enorme casa del rancho y él encajaba en esas proporciones, pero allí parecía un gigante a punto de entrar en una casa de muñecas.

Jake llevaba una camisa azul que se ajustaba a su cuerpo como si estuviera hecha a medida y, dado que podía comprarse lo que quisiera, segura mente sería así. También llevaba unos vaqueros azul oscuro que se ceñían a sus caderas y muslos como un guante. Las botas negras relucían y la cabeza iba cubierta por un sombrero negro.

Marla se dio cuenta de que estaba mirándolo como embobada y

fue hacia la puerta corredera mientras intentaba esbozar una sonrisa inexpresiva. Había esbozado esa sonrisa falsa durante años, pero esa vez no le salía.

Jake no sonreía, ni siquiera para parecer educado, pero eso era normal. Volvió a darse cuenta de que su cara bronceada hacía que pareciera más curtido y diez años mayor. Él pasaba casi todo el tiempo al aire libre y a ella le gustaban las arrugas que se le formaban en las comisuras de los párpados y las profundas hendiduras que le surcaban los costados de sus severos labios; las tenía de sonreír a alguien, pero no a ella.

No era un jovencito imberbe sino un hombre maduro que parecía demasiado mundano y experto como para que ella se sintiera tranquila cerca de él. Se sentía atraída por él, muy atraída, y eso hacía que también se sintiera ligeramente amenazada y acobardada. Se agachó para quitar la barra de seguridad del carril y notó que le temblaban los de dos. Se levantó y tiró del panel para abrirlo. En ese momento, se atrevió a mirarlo a los ojos.

Eran negros como el carbón y soltaron un destello muy fugaz. Ella estuvo a punto de no captarlo, pero el brillo de curiosidad y cierto cinismo per duró lo suficiente.

Marla supuso que no había ido porque su hermana lo había convencido. Aunque seguramente quería disculparse e invitarla al rancho, Marla se temía que él no quisiera hacer ninguna de las dos cosas para reconciliarse con ella.

Había ido esa noche para decir lo que tenía que decir en su propio provecho. Las otras veces que ella había ido al rancho había sido capaz de limitar su contacto con él. Si iban de acampada no tendrían muchas distracciones y él tendría más tiempo para estar cerca de ella. ¿La pillaría en un renuncio? ¿Captaría algo en un comentario distraído?

Eso en el caso de que no supiera ya lo que quería saber. Al fin y al cabo, era sencillo contratar a un detective privado. Una vez que descubriera su pasado, lo demás se podía deducir fácilmente. Si todavía no le había contado a Jaicey lo que había descubierto, era porque él seguía sospechando que ella era una oportunista.

Sin embargo, seguramente no hubiera contratado a un detective. Jake parecía más de los que preferían buscar su propia información. A ella le había parecido que él disfrutaba con la caza y sus

dificultades y eso hacía que ella quisiera encontrar una forma de protegerse. Habría sido egoísta presionar a Jaicey para que confesara su secreto, pero estaba muy tentada de hacerlo. No tenía ánimo para andar mucho tiempo en la cuerda floja, sobre todo cuando Jake la miraba como estaba mirándola en ese momento, como un halcón dispuesto a aba lanzarse sobre su presa.

—Hola —lo saludó Marla intentando parecer amable—. ¿Quieres entrar?

Ella se apartó y él entró en la sala. Una vez dentro, Jake se quitó el sombrero, cerró la puerta corredera, puso la barra de seguridad en su sitio y se levantó para echar una ojeada alrededor.

—¿Quieres un refresco? ¿Un café? Puedo hacerlo en un momento.

El no contestó y siguió mirando alrededor. Marla sabía que su apartamento era diminuto en comparación con la casa de los Craddock, pero es taba decorado con buen gusto y tenía algunas obras de arte compradas a un buen precio en su bastas y mercadillos.

—¿Quieres sentarte? —insistió ella.

El se volvió para mirarla.

—Podríamos ir a algún sitio a tomar café. Si te apetece, hay una cafetería que hacen tartas a unas manzanas de aquí.

Marla notó que se sonrojaba. No se había esperado aquello y no sabía qué decir. El cinismo se había evaporado de su mirada y sólo le quedaba un brillo de curiosidad masculina. Parecía como cualquier otro hombre que estuviera invitándola a tomar café. Parecía como si ella se hubiera equivocado completamente sobre el motivo para que él fuera allí. Quizá sí quisiera reconciliarse. Quizá se hubiera dado cuenta de que ella no estaba tramando aprovecharse de Jaicey.

—Sí, gracias, me parece muy bien.

Marla intentó convencerse de que lo había dicho por el bien de Jaicey, pero no era verdad. Ella prefería ver cómo se comportaba durante un rato a solas antes de comprometerse a pasar un fin de se mana cerca de él. Aun así, eso tampoco era completamente cierto.

Él reaccionó con una leve sonrisa y Marla sintió que se le aceleraba el pulso. Por eso iba a salir esa noche, por ese súbito cambio en él.

—Voy a ponerme unos zapatos y por el bolso… no tardaré…

Marla pudo escapar del encantamiento de él y refugiarse un instante en su dormitorio para intentar recuperar la serenidad y la cordura.

Jake Craddock siempre era bastante intimidante, pero el Jake Craddock que había dejado en la sala podía ser letal. Al verlo sintió una oleada de calor, pero cuando él sonrió ese calor se hizo abrasador. Ella r se lo había esperado y tendría que estar en guardia, sobre todo, contra su propia torpeza.

Cuando encontró los mocasines, Marla comprobó que la ansiedad que había sentido antes había desaparecido para dar paso a una mezcla explosiva de miedo y excitación femeninos, lo cual no era mucho mejor que la ansiedad abstracta. Sabía que lo que sentía en ese momento era un verdadero peligro.

Quizá Jake se comportara como un majadero en la cafetería y así neutralizaría todo lo que hacía que le gustara tanto o quizá ella descubriera algo que lo convirtiera en un hombre vulgar y fácil de olvidar.

Marla, molesta porque esa idea había hecho que se descorazonara, agarró el bolso y volvió con él. Jake se había sentado en el sofá. El sofá era el mueble más grande de la habitación, pero resultaba pequeño para él. Había dejado el sombrero en la mesa y había agarrado un almohadón. Era uno que ella había hecho con retazos de terciopelo. Jake lo acariciaba con los nudillos y lo miraba con interés. Parecía absorto, casi fascinado, y Marla volvió a sentir que se le aceleraba el pulso por el sensual movimiento de los dedos sobre la tela.

—¿Lo has hecho tú? —le preguntó él sin apartar la mirada del almohadón.

Marla se sintió encantada por el interés, pero también se sintió un poco abochornada al compro bar que él se había dado cuenta de que lo observaba. Además, ¿esa pregunta inocente sería el preludio de otras menos inocentes?

—Sí, me gusta aprovechar telas —contestó ella.

Ella miró con una expresión de interés.

—Lo haces muy bien.

—Gracias…

Marla bajó la mirada. No se sentía cómoda con la sensación de

placer por el halago y tampoco se fiaba. ¿Qué sabía un vaquero de la calidad de unas costuras?

—Podemos irnos cuando quieras —comentó ella para recuperar la sensatez.

Jake dejó el almohadón y se levantó.

—Tengo que decirte algo antes de que nos vayamos.

—Ah…

Ella sabía que iba a disculparse, pero también había esperado que se lo hubiera ahorrado. El no le había faltado al respeto cuando le había hecho las preguntas y, lo que era más importante, para su necio corazón sería mejor que no se disculpara. Ella necesitaba esa barrera entre ellos.

—Supongo que ya sabes lo mucho que pienso en mi hermana.

Marla lo miró. El tenía la expresión seria y la mirada clavada en la de ella como si quisiera leer sus pensamientos.

—Jaicey tiene cerca de un millón de amigos —siguió Jake—, pero ninguno como tú, que, de un día para otro, ha pasado de ser una desconocida a ser una amiga íntima.

La miró con más intensidad, como si buscara algún indicio que confirmara sus sospechas y le evitara tener que disculparse.

—Sin embargo, Jaicey me ha garantizado tu bondad, así que… te pido disculpas por atosigarte.

Marla sabía perfectamente que el aval de Jaicey no era suficiente para Jake, pero fingió creerlo. Además, sabía lo que las dos estaban ocultándole y sintió remordimientos.

—Gracias, no puedo culparte por querer proteger a Jaicey —cada vez sentía más remordimientos y decidió cambiar de tema—. Podíamos ir cada uno en su coche —balbució—. Luego tengo que pasar por el mercado para comprar un par de cosas.

Sonó a una mala excusa y la mirada de Jake hacía que ella se sintiera completamente consternada. ¿Sabría él lo mal que se sentía?

—La cafetería está a un par de manzanas, señorita Marlie —replicó él con media sonrisa arrebatadora—. Luego puedo llevarte a comprar y traerte de vuelta.

Aquello la puso más nerviosa todavía, pero intentó sonreír.

—Muy bien.

Jake, se inclinó para recoger el sombrero y se acercó a ella.

—He pensado que podríamos empezar de cero.

La voz de Jake tenía un tono aterciopelado y ella no era tan inexperta como para no saber cuándo un hombre estaba a punto de dar un paso seductor.

—Estaría muy bien.

Marla deseó haber dicho algo menos estimulante y se dio la vuelta para ir hacia la puerta. Podía notar que Jake la miraba de arriba abajo y su proximidad hacía que toda la piel se le estremeciera, sobre todo cuando él la agarró del codo para acompañarla al vestíbulo. Fue un contacto despreocupado, pero ella notó una corriente de energía entre los dos, un mensaje primitivo de hombre a mujer que hizo que le flaquearan las piernas.

Jake era demasiado para ella. Era demasiado vigoroso, demasiado sexy, demasiado viril y hacía que ella sintiera cosas que no había sentido jamás. Lo único que tenían en común era Jaicey y, además, en el terreno sexual, él estaba a años luz de lo que ella creía que estaría jamás. Era un hombre que le producía todo tipo de alteraciones, pero también le destrozaría el corazón cuando se hubiera esfumado la atracción inicial. Lo había visto en otras parejas y ella prefería seguir soltera el resto de su vida antes que meterse en esas complicaciones sentimentales.

Independientemente de la ingenuidad de Jaicey, un hombre tan mundano, experimentado y rico como Jake nunca se enamoraría de ella y ella tenía que tener mucho cuidado. Lo peor era querer a un hombre que nunca podría tener y que no podría controlar si lo tenía.

Le pareció que tardaron un siglo en cruzar el vestíbulo y en llegar a la camioneta de él. Marla nunca había montado en una camioneta hasta que llegó a Texas, pero le gustaban. Su utilitario era más pequeño e iba más cerca del suelo. Aquel tamaño hacía que se sintiera más segura y podía ver más cosas. Además, había más sitio entre ellos. Jake era un tanto abrumador y ella agradecía esa distancia. Quizá llegara a acostumbrarse y no estuviera pendiente de cada movimiento que hacía ni que recordara claramente la reacción de su cuerpo al contacto de él.

Sin embargo, pasar el tiempo junto a Jake no mejoró las cosas. Si acaso, le gustó más. Era un perfecto caballero. Le contó cosas de la historia de Coulter City, le indicó los sitios que debería visitar y

se ofreció a acompañarla. Estaba tan embriagada por ese aspecto delicado y cautivador de Jake que casi no se fijó en el delicioso sabor de la tarta de nueces que había pedido. Fue entonces cuando Jake la invitó oficialmente a que fuera al rancho el fin de semana siguiente.

—Nunca he ido de acampada —reconoció Marla—. ¿Lleváis tiendas de campaña?

No estaba segura de que fuera capaz de dormir al aire libre, como le había contado Jaicey que hacían muchas veces.

—Mi padre y yo no solemos llevarlas, pero Jaicey y tú tendréis una tienda. Jaicey cocina, en la fogata. Es casi la única vez que le gusta cocinar.

—¿Qué hacéis aparte de dormir bajo las estrellas y cocinar en una fogata?

Jake no pudo contestar porque le sonó el teléfono móvil. Marla bajó la mirada a su café para que él pudiera hablar más tranquilamente Sin embargo, notó la tensión y lo miró a la cara. Su expresión era indescifrable, pero seria. Tenía los ojos muy abiertos y esa señal de vulnerabilidad hizo que ella sintiera una punzada de temor. En ese momento, Jake se levantó de un salto y buscó dinero en un bolsillo.

—Voy ahora mismo —soltó él.

Marla había agarrado el bolso y también se había levantado del taburete. Jake dejó un billete en la mesa y se guardó el móvil en el bolsillo del vaquero.

—Una emergencia familiar. Tengo que llevarte a casa.

—No te preocupes, ya iré por mis medios —replicó ella con tono asustado.

—Te llevaré.

La agarró del brazo y fueron hacia la puerta.

Marla tuvo que hacer un esfuerzo para seguir sus zancadas y estaba muy angustiada por saber si la emergencia familiar era por Jaicey o Judd. Era espantoso esperar que fuera por Judd, pero no podía evitarlo.

Se montaron en la camioneta y se pusieron en marcha.

—¿Es tu padre? —preguntó ella en cuanto Jake empezó a acelerar.

El sacudió nerviosamente la cabeza.

—Es Jaicey. Un accidente de coche.

Marla se agarró la cabeza con las manos como si eso fuera a serenarla. Su padre adoptivo había muerto en un accidente y eso había sido el principio del fin de su pequeña familia.

—¿Te han dicho qué tal está?

—Mal —contestó él con un gruñido.

El corazón le dio un vuelco y Marla se quedó en blanco mientras intentaba no desmayarse.

Capítulo 3

Marla levantó la mirada. La camioneta iba más despacio y se dio cuenta de que estaban a punto de entrar en su calle.

—No tienes que llevarme a casa. Por favor, sigue hasta el hospital.

—No quiero preocuparme porque tengas que volver a tu casa.

El tono fue hosco y de rechazo y Marla sintió que se encogía por el dolor. No debería haber dicho nada de seguir. Jake estaba conmocionado y ella sólo había pensado en sí misma. Naturalmente, él no querría que alguien que no fuera de la familia estuviera cerca en ese momento.

Ella tendría que soportar sola la tortura de saber que la vida de Jaicey estaba en peligro. Tampoco podría ir al hospital en su coche. Jake había dejado muy claro que no la quería por allí. Era natural, su padre y él casi ni la conocían y sentía vergüenza de que hubiera parecido que ella quería inmiscuirse. Casi había llegado a creer que esa noche con Jake había sido sincera, cuando ella, precisamente, era la que menos debería dejarse engañar.

La idea de que Jaicey pudiera estar muriéndose dominaba cualquier otro pensamiento. Jake frenó bruscamente delante del edifico de apartamentos y ella se bajó de un salto. Quiso salir corriendo hacia la puerta, pero sé sentía demasiado inestable.

Tenía un nudo en el estómago que le debilitaba las piernas y los brazos. Sentía náuseas y en cuanto entró en el apartamento fue directamente al cuarto de baño. Pasó allí una hora mojándose la cara y el cuello con agua fría y rezando como nunca había rezado.

Si pudiera dar su vida a cambio de la de Jaicey lo haría sin parpadear. No era justo que Jaicey, tan hermosa y rebosante de vida, estuviera herida o pudiera morir tan joven. Jaicey tenía una familia y todavía tenía que hacer muchas cosas. Ella, Marla, sólo tenía a Jaicey, ni siquiera tenía grandes planes para el futuro. ¿Por qué no le había pasado eso a ella?

Judd tendría que estar desesperado. Jaicey no había querido disgustarlo con su secreto, pero aquello tenía que ser un millón de veces peor.

Marla pensó que quizá Jaicey no estuviera tan mal como había creído Jake. Quizá, una vez en el hospital hubiera comprobado que las lesiones no eran importantes. No consiguió aferrarse a esa idea y volvió a pensar en Judd. Era un anciano encantador.

Marla consiguió reponerse un poco y fue a sentarse en el sofá de la sala. Encendió la televisión con la esperanza de conseguir alguna información en el canal de noticias locales. El presentador tenía un gesto especialmente serio.

—Tres personas muertas en un accidente y otra en estado crítico.

Las imágenes mostraban una salida de la carretera en el cruce de Coulter City con un camión parado y dos coches que habían chocado contra él. Según los testigos, el camión y el primer coche se pararon en el semáforo, pero el otro coche embistió al coche parado y lo empotró contra el camión. El impacto fue tan violento que los dos coches quedaron hechos un amasijo de hierro.

Era difícil saber si alguno de los coches era el de Jaicey, pero ¿cómo era posible que hubiera habido supervivientes?

Marla, inconscientemente, se había abrazado a uno de los almohadones de terciopelo. No podía apartar la mirada de la pantalla ni respirar.

—Todavía no se han difundido los nombres de las víctimas a la espera de notificárselo a las familias. Una noche muy trágica para Coulter City.

Marla se sintió dominada por la angustia. Intentó convencerse de que ése no era el accidente en el que se había visto involucrada Jaicey, pero el corazón le latía con fuerza al saber que sí lo era. La idea de que Jaicey había estado atrapada entre aquellos hierros le resultaba insoportable. Si para ella había sido doloroso ver aquellas

imágenes, ¿qué habría sido para Judd y Jake? Le abrasaban los ojos, pero estaba tan impresionada que no podía llorar.

Jaicey le había dicho que tenía la sensación de que no había tiempo para nada. Las dos lo habían sentido casi desde que se vieron las caras. La angustia la atenazó con más fuerza y Marla empezó a temblar.

* * *

Su padre estaba pálido a pesar del bronceado. Jake no dejó de mirarlo mientras estaban sentados en la sala de espera del quirófano. Connie Lane también estaba. Su compañía le aliviaba algo la preocupación sobre el estado de su padre. Connie era una enfermera jubilada que tenía experiencia tanto en emergencias familiares como en momentos difíciles y era la más indicada para ejercer una influencia tranquilizadora en su padre.

Jaicey seguía en la sala de operaciones. Tenía una herida en la cabeza, una hemorragia interna, huesos rotos y un pulmón paralizado. Había perdido mucha sangre, pero Connie les había recordado que Jaicey era joven y que era demasiado fuerte como para no luchar por su vida.

Antes de que llegara su padre, Jake había podido hablar con el policía que había pasado por allí para darles los detalles del accidente.

Según él, un coche conducido por unos borrachos iba a toda velocidad por la carretera. Él se dispuso a detenerlos, pero nada más ver sus luces traseras, el coche cruzó cuatro carriles y enfiló hacia la salida. El accidente ocurrió unos segundos antes de que él llegara a la salida y el policía sólo pudo llamar a una ambulancia y a los bomberos.

—Tiene suerte de estar con vida —le aseguró el policía.

Los tres jóvenes del otro coche habían muerto en el acto.

El policía le dio una tarjeta con el número del atestado y se marchó. Jake se quedó un rato solo en la sala de espera, encendió la televisión y pudo ver las últimas noticias. El coche de Jaicey se había incrustado contra la parte trasera del camión.

Era un milagro que hubiera salido viva, pero todavía necesitaría

algún milagro más…
Ya habían pasado horas desde que Jake había vuelto a la sala de espera con su padre y Connie. Eran las cuatro de la madrugada. Inquieto, se levantó para buscar a la enfermera jefe y que le diera alguna noticia. Sabía que no le diría nada concreto, pero tenía que hacer algo. Miró a Connie y ella acarició la espalda de Judd tranquilizadoramente. Su padre tenía la mirada clavada en el vacío y parecía veinte años más viejo.
Su hija, que había sido la alegría de su vida, estaba luchando por sobrevivir y si lo conseguía, le quedaría un camino muy largo para recuperarse. Jake sabía que su padre no superaría su perdida. Sintió una impotencia que le impulsó a hacer algo y por su cabeza pasó la fugaz visión de la expresión asustada de Marla cuando le dijo que tenía una emergencia familiar, pero no volvió a pensar en ella.

* * *

Marla no se durmió hasta las cinco y media y, aun así, según el reloj de madera no durmió más de veinte minutos. Aturdida, se levantó del sofá y se abrazó para darse calor. Tendría que haber apagado el aire acondicionado. Ya debería haber tenido noticias de Jaicey.
Su agotado cerebro no dejaba de pensar en su hermana. ¿Habría podido superar la operación? ¿Habría sido tarde para salvarla? ¿Era posible que Jake hubiera comprobado que su estado no era tan grave como habían pensado los médicos en un principio?
Seguramente, ella no estaría en la lista de llama das de Jake, independientemente de lo que hubiera pasado con Jaicey. Esa noche había comprobado que a Jake no le gustaba que ella estuviera cerca de la familia, aunque él había estado muy amable hasta la llamada. Quizá ella hubiera interpretado mal su actitud; quizá Jake estuviera conmocionado y no se preocupara de los demás; quizá no pudiera con todo como ella había creído. Por otro lado, él le había propuesto que pasara el fin de semana en el rancho como si fuera una amiga de la familia.
Sin embargo, si la hubiera aceptado como amiga de Jaicey, podría haber encontrado un momento para llamarla o a alguien que

la llamara para decirle algo. Le dolía pensarlo, pero tampoco podía pensar mal de él por eso. El no sabía quién era ella para Jaicey.

Marla se duchó, se secó el pelo, se lavó los dientes y se maquilló levemente. Eligió una alegre blusa rosa para que le diera suerte y una falda negra con flores rosas que entonaba con la blusa. Se puso los zapatos de tacón, agarró el bolso y se fue a trabajar.

Una vez en la oficina, ojeó el periódico y leyó todo sobre el accidente. Daban el nombre de Jaicey, pero no decía nada sobre su estado. Seguramente, no habrían conseguido esa información antes de cerrar la edición.

Marla hizo todo lo posible para creer que Jaicey seguía viva y le costó muchísimo concentrarse en su trabajo. Tampoco podía llamar al rancho de los Craddock para preguntar por ella y, además, llevaba muy poco tiempo en ese trabajo y no podría marcharse si le daban malas noticias. Todo sería distinto si pudiera decir a sus jefes que eran hermanas. Tendría que esperar hasta que terminara la jornada a las cinco.

Las horas pasaban tan insoportablemente despacio que no conseguía concentrarse y tuvo que quedarse hasta las seis y media para terminar sus tareas.

Por fin, se montó en el coche para irse a su casa con la esperanza de que hubiera un mensaje en el contestador automático. Estaba agotada por lo poco que había dormido.

Marla llegó al estacionamiento de su edificio. Se sentía desdichada y preocupada. Se bajó del coche y caminó lentamente hacia la puerta. Pareció revivir ligeramente, pero cuando entró en el apartamento y comprobó que no había ningún mensaje en el contestador, marcó el número del rancho de los Craddock.

La señorita Jenny, el ama de llaves, contestó con la misma voz tranquila e imperturbable de siempre.

—Hola, señorita Jenny, soy Marla Norris. Yo estaba con el señor Craddock cuando se enteró del accidente, pero todavía no sé nada del estado de Jaicey.

—Jaicey superó la operación anoche y según las últimas noticias sigue estable —contestó la mujer como si quisiera calmar a Marla por la espera—. El médico ha dicho que las próximas cuarenta y ocho horas son clave. Siento no haberla llamado, pero el teléfono no ha dejado de sonar y yo no quería explicárselo dejándole un

mensaje en el contestador.

Marla se dejó caer en el borde de la cama. Se sentía aliviada de saber que Jaicey estaba viva, pero también estaba espantada de pensar que todavía no había nada seguro.

—¿Es tan… grave?

—Muy grave, querida —la voz de la señorita Jenny bajó de tono —, pero no nos damos por vencidos. El señor Jake y el señor Judd están en el hospital o en la ciudad para estar cerca de ella. Supongo que me dirán algo más esta noche. Entretanto, nosotros no podemos hacer nada aparte de rezar.

Marla no confiaba tanto en eso como parecía hacerlo la señorita Jenny, pero también sentía cierto remordimiento, como si restara oportunidades a Jaicey por no tener fe en la oración.

—Claro, es lo mejor que podemos hacer —afirmó Marla.

—En fin —siguió Jenny—, como le he dicho su pongo que otras personas estarán llamando y es mejor no alargar la conversación. La llamaré sin falta cuando sepa algo más. ¿Le parece bien?

—Me parece muy bien, señorita Jenny. Puede llamarme cuando quiera, no importa la hora de la noche o la mañana.

Se despidieron y Marla colgó.

Marla se descalzó y se abrazó. Por lo menos, Jaicey estaba viva y seguía habiendo esperanzas. Se levantó y fue a la cocina para prepararse un sándwich, pero no pudo terminarlo. Fue a la sala y encendió la televisión para ver las noticias. Se sentó en la butaca y notó que se relajaba y que se le cerraban los ojos.

* * *

A Jake no le interesaba hacer nada salvo ir por Coulter City en su camioneta con las ventanillas bajadas. Había pasado las últimas veinticuatro horas en el hospital, como su padre. Connie había conseguido convencerlo de que esa noche durmiera en una cama, pero Judd se había negado a dejar el hospital si no lo hacía Jake. Todos se fueron a casa de Connie.

Jake se dio una ducha y se puso ropa limpia de una maleta que le había mandado la señorita Jenny, pero no consiguió quedarse sentado en casa de Connie.

El aire de la noche que entraba por las ventanillas no conseguía librarle de las preocupaciones. La pequeña Jaicey estaba grave, pero también estaba estable y eso era motivo de esperanza.

Habían pasado las once cuando se dio cuenta de dónde estaba. Como si la camioneta tuviera iniciativa propia, desaceleró y entró en el estacionamiento del edificio de Marla Norris. Dirigió la mirada hacia la puerta del apartamento de Marla que daba al patio. Las persianas estaban levantadas y la televisión encendida. Paró la camioneta delante y sintió una punzada de disgusto. Cualquier hombre que pasara por allí podría verla, sobre todo sus seductoras piernas iluminadas por la luz de la televisión. ¿Las chicas de la ciudad no protegían su intimidad? Sabía que no tenía motivos para sentirse molesto, pero tampoco pudo evitarlo. También se sintió culpable. Independientemente de lo que él opinara sobre su amistad con Jaicey, tendría que haberla llamado. Marla parecía sentir una amistad sincera hacia su hermana, pero nadie sabía nada de ella.

No se creía que hubiera ido desde Chicago a una ciudad pequeña de Texas para estar más cerca de su familia. Ningún Norris de Coulter City la conocía y Jaicey era tan poco explícita sobre la familia de Marla como lo era la propia Marla. ¿Estaría huyendo de algo o de alguien? Marla Norris era muy reservada y no le gustaban las preguntas.

Además, no sabía mentir y él se daba cuenta de que le avergonzaban las respuestas vagas y seguramente falsas que daba, lo cual indicaba que tenía mucho que ocultar.

Entonces, ¿por qué había ido él hasta allí? ¿Por qué la miraba de aquella manera a esas horas de la noche? Era como si estuviera buscando una excusa para aparcar y llamar a su puerta. Arrancó y salió a la calle con la intención de alejarse de allí para olvidarse de Marla, pero su cerebro se negó y aparcó junto a la acera.

Capítulo 4

El timbrazo la despertó y Marla des colgó el teléfono. Tardó un par de segundos en darse cuenta de que no había nadie al otro lado de la línea. El timbre del telefonillo volvió a sonar. Colgó el teléfono y miró el reloj; eran las once y veinte. Un tercer timbrazo del teléfono hizo que se levantara y fuera hasta la puerta para contestar.

—¿Quién es?

—Jake Craddock. ¿Es demasiado tarde para entrar?

A Marla, el corazón le dio un vuelco de sorpresa y alegría que inmediatamente se tornó en temor. ¿Qué hacía Jake allí a esas horas?

—No, no es tarde —contestó ella con cierta angustia mientras le abría.

Marla estaba demasiado nerviosa como para esperar a que Jake llamara a la puerta. Abrió y miró hacia el vestíbulo mientras él entraba. Intentó encontrar alguna pista en el gesto serio de él, pero no vio nada más que cansancio. El rudo texano parecía abatido. A medida que se acercaba, ella pudo distinguir algunos indicios en la desolación de sus ojos y ella se asustó.

—¿Le pasa algo a Jaicey?

Jake la agarró delicadamente del brazo para entrar en el apartamento. El gesto pareció transmitirle la necesidad de estar en contacto con otra persona, como una intimidad entre dos amigos.

—Está estable.

—Cuando he visto tu cara… —Marla no terminó la frase.

Marla, alterada por la cercanía de Jake y la calidez de sus dedos alrededor del brazo, se separó y retrocedió un paso mientras cerraba la puerta. Jake le sacaba varias cabezas y ella captó su personalidad protectora y equilibrada. Se sintió envuelta en una sensación de seguridad que hacía que casi se olvidara del estado de Jaicey, pero precisamente por eso se preguntó qué habría querido decir él con «estable».

—Estable es bueno, ¿no?

—Mejor —puntualizó él mientras dejaba el sombrero en la mesilla de le entrada.

—¿Ella sufrió el accidente que pusieron anoche por televisión?

—Me temo que sí.

—¿Qué tiene? ¿Conmoción? ¿Huesos rotos?

Él sabía lo que habían dicho los médicos y ella quería saber todos los detalles. Ni siquiera lo invitó a pasar a la sala y sentarse. Las noticias sobre Jaicey eran más importantes que los modales.

Jake sacudió la cabeza y se pasó la mano cansinamente por el pelo.

—La he visto —contestó él sin mirarla a los ojos—. Puede estar inconsciente durante días, quizá, semanas. Tardará meses en reponerse si… —hizo una pausa cargada de desesperación—. Si vive —remató.

—¡Pero está estable! —exclamó Marla para compensar el funesto presagio.

No se había dado cuenta de que había agarrado con todas sus fuerzas el brazo de Jake. Él le puso su enorme mano encima de la de ella y le apretó los dedos.

—Efectivamente —dijo él—. Está estable —la miró a los ojos—. Es fuerte y tozuda. Ama demasiado la vida como para darse por vencida.

—Y la vida la ama a ella. No va a abandonarla hasta que tenga noventa años, por lo menos.

—O cien…

Estrecharon el apretón de manos. La esperanza que había intentado despertar para sofocar la angustia hizo que los sentimientos se intensificaran. Marla no podía darle un nombre a lo que estaba sintiendo, o no se atrevía, pero tuvo la sensación de que Jake sentía lo mismo. Le flaquearon las rodillas sólo de pensarlo. No

podía dejar de mirar su rostro curtido ni soltarle la mano. Era como si él llegara a su corazón a través de sus ojos. Marla consiguió apartar la mirada, pero cuando intentó soltar la mano, él la abrazó y posó la otra mano en su cintura.

A ella le costó tomar aliento y el calor del cuerpo de Jake hacía que se le pusiera la carne de gallina. Notó que algo ardiente bullía en su interior y al mirarlo Sintió un estremecimiento que interpretó como un despertar de la sensualidad.

El cansancio y las altas horas de la noche dieron al momento una sensación de irrealidad que hicieron saltar las alarmas en Marla y le devolvieron bruscamente la cordura. Los ojos negros de Jake resplandecían con intensidad y ella percibió claramente el deseo en su rostro. ¿Se habían vuelto locos? ¿Estaría ella tan cansada que estaba soñando?

Marla se separó espantada por lo repentino de esa situación cuando Jaicey estaba pasándolo tan mal.

—Estoy cansada —dijo con sensación de ser estúpida—. Creo que estaba a punto de quedarme dormida. Lo siento.

Era una tontería y completamente mentira. Aun que, quizá no fuera mentira. Todavía no creía que Jake Craddock le tuviera mucha simpatía, por lo que era posible que se hubiera imaginado los últimos momentos. Como mínimo, tenía que haber interpretado mal las cosas y se sonrojó por el bochorno. Lo sensato sería darle las gracias porque hubiera ido a darle las noticias y despedirlo lo antes posible.

—Estoy segura de que tú también estás agotado —balbuceó ella —. No te retendré más. Has sido muy amable por pasar a darme noticias de Jaicey. Te lo agradezco mucho.

Jake esbozó una levísima sonrisa que ella no había visto casi nunca.

—Una forma muy elegante de despedirme… Pero tienes razón, no es el momento.

Jake agarró su sombrero mientras ella no acababa de entenderlo. ¿Para qué no era el momento?

Jake abrió la puerta del apartamento y la miró con un gesto que volvía a ser serio.

—No te olvides de cerrar las persianas cuando anochezca. Cualquiera podría verte y pensar todo tipo de cosas —él hizo un

gesto de sorpresa y frunció el ceño—. Sencillamente, cierra esas malditas persianas —añadió ásperamente antes de marcharse y dejarla atónita frente a la puerta cerrada.

Marla se quedó como si no entendiera lo que querían decir las palabras más normales. Intentó dar algún sentido a lo que acababa de pasar, bajó las persianas y apagó la televisión. Se sorprendió un poco de que la televisión hubiera estado encendida durante todo el rato que Jake había estado allí y eso la desasosegó más aún. Cuando él entró, ella dejó de prestar atención a todo lo que no fueran las noticias sobre Jaicey y a esos minutos tan intensos junto a la puerta.

Al menos, Jaicey estaba estable y ya había pasado la mitad de ese período de cuarenta y ocho horas que parecía tan importante.

Aliviada pero cansada, se acostó y apagó la luz. Tardó en dormirse y repasó cada palabra y cada gesto de Jake para intentar encontrar un sentido a su breve visita.

Su primera conclusión, una interpretación literal de lo que había pasado y que Jake estaba atraído por ella, hizo que se sintiera profundamente incómoda, pero se durmió antes de llegar a otra conclusión que le permitiera vivir más tranquila.

El día siguiente era sábado, pero Marla se despertó sólo unos minutos más tarde que un día laborable. Durmió profundamente y se sentía bastante descansada, pero pronto sintió cierta inquietud. Hizo las tareas habituales de los sábados, como poner una lavadora y hacer una lista de la compra.

No quería salir, pero lo hizo. La señorita Jenny le había prometido mantenerla informada y dado que no la había llamado, eso querría decir que no había novedades acerca de Jaicey.

Ir al mercado hizo que el día adquiriera cierto aire de normalidad. Después de comer, tuvo una llamada de la señorita Jenny. Jaicey había mejorado un poco y eso la tranquilizó. Fue al cuarto de costura y siguió con una colcha que estaba cosiendo. Le relajaba trabajar con los trozos de tela y le resultaba gratificante pero era un trabajo que no exigía mucha concentración y cada dos por tres se ponía a pensar en la noche anterior y en lo que Jake había dicho y hecho.

¿Qué estaba pasándole? Nunca se había visto tan afectada por un hombre, ni siquiera por los dos de los que se había enamorado. Había soñado con casarse, tener un hogar y formar una familia,

pero se dio cuenta de que la idea de tener una familia la cautivaba más que los hombres con los que había esperado formarla.

Con Jake Craddock pasaba casi lo contrario. Es taba abrumada por el hombre También la atraía la seguridad que él representabas pero no pensaba en la seguridad cuando se acordaba de lo que había sentido cuando él la tocó. Incluso entonces se estremecía al acordarse de la sensación de su mano curtida. Su brazo firme y delicado alrededor de la cintura era inolvidable, pero el recuerdo de su proximidad la alteraba. Quizá nunca olvidara cómo la miró ardientemente, como si…

No dejaba de pensar en qué sentiría si tuviera aquellos labios severos sobre los suyos. Estaba dejándose arrastrar por unos pensamientos ridículos. Terminó de coser la pieza impacientemente ató los hilos, cortó los trozos sobrantes y se levantó. Se había perdido en un sueño romántico que nunca se haría realidad aunque ella fuera en contra de todo sentido común. Entonces, ¿por qué no podía quitarse esa idea de la cabeza?

Volvió a sentirse inquieta, fue a comprobar la colada y miró alrededor para encontrar una tarea que la ayudara a concentrarse en algo más productivo.

Jaicey superó la barrera de las cuarenta y ocho horas y mejoró lentamente durante los días siguientes. La señorita Jenny cumplió su promesa de mantener informada a Marla. Ella, entretanto, no supo nada de Jake y decidió que era mejor así.

Jaicey seguía en cuidados intensivos, pero es taba despierta durante algunos ratos. Marla estaba deseando verla, pero sólo dejaban que la visitara la familia y no era el momento de decir a los Craddock que ella también era de la familia.

Los días fueron pasando y los informes de la señorita Jenny seguían siendo positivos. Marla agradeció volver al trabajo y recuperó su rendimiento una vez que la tranquilidad le permitió concentrarse mejor. En casa cosía mucho y cuando se cansaba, daba largos paseos. Por la noche seguía haciendo bastante calor aunque iba acostumbrándose. Lo peor era lo mucho que echaba de menos a Jaicey y nada la distraía lo suficiente como para compensar esa añoranza.

Los días dieron paso a las semanas y, por fin, un día la señorita Jenny le informó de que Jaicey ya estaba en una habitación y podía

recibir visitas.

—Naturalmente, no podrá dedicarle más de un par de minutos, pero estoy segura de que le encantará verla —le comunicó el ama de llaves ese sábado, después de que hubieran pasado más de dos semanas desde el accidente—. El señor Judd pasa todo el día con ella para que el señor Jake pueda trabajar. Luego, el señor Jake lo releva por la tarde. Por lo menos, los dos duermen en casa ahora que ya ha pasado lo peor.

Marla le dio las gracias, se despidió, colgó el teléfono y marcó el número de una floristería para mandar unas flores. Era sábado por la tarde y es tuvo a punto de no conseguir que las llevaran ese mismo día. Luego, fue al cuarto de costura y encontró el oso de peluche que había hecho hacía un par de años con trozos de terciopelo. Era un poco disparatado, pero los retales de terciopelo eran muy pequeños, muy suaves y muy coloristas y estaban cosidos a mano. Además, lo había rellenado con material muy blando. Le pareció que era un buen regalo para desearle a Jaicey que se mejorara. Era un regalo insólito, pero decidió que era un regalo muy sentimental.

—Recuérdale que la quiero mucho —le susurró al oso de peluche.

Se le empañaron los ojos. Había conseguido que la preocupación, la añoranza y el miedo no la abrumaran durante aquellas semanas, pero ya había bajado la guardia.

Marla se recompuso y se fue al dormitorio con el oso. Se iría al hospital en cuanto se cambiara de ropa.

Llegó a la planta donde estaba Jaicey y encontró la habitación, pero se preguntó si sería un buen momento. ¿Estaría ella despierta? ¿Realmente estaría en condiciones de recibir visitas? ¿Qué aspecto tendría?

La señorita Jenny le había advertido de que le habían afeitado parte de su precioso pelo rubio y de que tenía la cara algo hinchada y pálida. También había sufrido algunos cortes en la cara, pero Marla no sabía si eran muy graves. No quería mostrar sorpresa ni compasión hacia su hermana, por lo que se paró un instante delante de la puerta.

A ella no le importaba el aspecto de Jaicey, pero seguro que a Jaicey sí le importaba su aspecto.

Marla decidió que ya no podía esperar más y empujó vacilantemente la puerta para mirar dentro. Jake estaba sentado en una butaca y el ruido de la puerta captó su atención. Se levantó inmediatamente y fue hacia ella.

—¿Está en condiciones para que pueda visitarla un rato? —susurró ella mientras intentaba no mirarlo a la cara.

Él abrió un poco más la puerta y le hizo un gesto para que lo acompañara fuera de la habitación. Ella retrocedió un paso con el corazón en un puño. Jake cerró la puerta y fue al centro del pasillo.

—Está bastante deprimida —le explicó en voz baja—. Una amiga suya pasó hace un rato y se puso a llorar al verla, de modo que Jaicey no para de pedir un espejo. Estuvo a punto de morir, pero ahora sólo le preocupa su cara y su pelo. Por favor, ten cuidado con tu reacción y no le des un espejo.

Jake debía de estar bastante tranquilo sobre el estado de su hermana como para bromear sobre su vanidad femenina y ella, aunque sintió lástima por Jaicey, también sintió alivio al pensar que ya es taba pensando un espejo.

—¿Puedo verla ahora?

—Claro. No sé cuánto tiempo estará despierta, pero por el momento lo está —hizo una pausa y señaló al oso de peluche con la cabeza—. ¿Es para ella?

Marla lo miró con timidez.

—Espero que no le parezca demasiado infantil. He mandado unas flores, pero los osos son… —vaciló con cierta vergüenza—. El oso es para confortarla.

Marla se sonrojó. Al viril y gigantesco texano le parecería gracioso.

Sin embargo, él acarició una de las orejas del oso.

—Seguro que lo confortará.

Ella notó que el corazón le daba un vuelco. Jake tenía una parte amable que la afectaba profunda mente.

—Será mejor que entremos mientras está despierta —concluyó él.

Marla fue hacia la puerta y vaciló cuando él se acercó para abrirla. Ella hizo todo lo posible para disimular su reacción ante la proximidad de Jake. Había ido a visitar a su hermana y no podía permitir que nada la distrajera, sobre todo, Jake.

Capítulo 5

Marla se separó de Jake. La cabecera de la cama estaba levantada, y Jaicey tenía el brazo y la pierna derechos escayolados y sobre unas almohadas. Estaba con los ojos cerrados y Marla agradeció esos segundos para adaptarse a los cambios que había sufrido su cara. Eran unos cambios apreciables. Si no hubiera estado Jake para certificarlo, Marla no habría adivinado que aquella mujer era su hermana.

Tenía unas ojeras muy profundas y la cara hinchada en algunas zonas y con moretones. El labio superior estaba abultado y lo atravesaba una línea roja. Las cicatrices de la frente y los pómulos indicaban más cortes. Afortunadamente, eran muy leves y acabarían por desaparecer. La marca en la parte afeitada de la cabeza era más profunda, pero también desaparecería o quedaría oculta por el pelo.

Marla Sintió verdadera lástima y notó que se le empañaban los ojos. Una cosa era saber que a ella no le importaba el aspecto de Jaicey, pero era muy penoso constatar las lesiones y el dolor que había sufrido y, seguramente, seguiría sufriendo.

Jake le puso la mano en el hombro como si se diera cuenta de su abatimiento. Marla no supo si lo hizo para avisarla de que Jaicey podría abrir los ojos en cualquier momento o para consolarla, pero no quería que la distrajera y se acercó a la cama. Dejó el bolso y el oso en la mesa e hizo todo lo posible para recomponerse. Jaicey parecía dormida.

—Jaicey, ¿estás despierta? —susurró Marla para no asustarla.

Jaicey intentó girar la cabeza, pero el dolor se lo impidió. Al

cabo de un instante, separó lentamente los párpados. Parecía como si tuviera que hacer un esfuerzo enorme para enfocar a Marla y cuando lo consiguió, Marla sonrió.

—Hola —susurró Marla—. ¿Qué tal estás?

Jaicey tenía los ojos inyectados en sangre, pero lo que realmente conmocionó a Marla fue la falta de reacción, como si ella fuera una enfermera o una médica.

—Fatal.

Por lo menos, la respuesta era típica de Jaicey. Marla sonrió e intentó reunir ánimo.

—Me lo imagino, pero me han dicho que estás mejorando mucho.

Jaicey frunció el ceño todo lo que le permitió su maltrecha cara.

—Supongo…

Marla se dio cuenta de que Jaicey estaba como ausente, como si recelara de ella, y sintió una punzada de dolor, pero también se recordó que Jaicey había pasado por un calvario y que estaba medicada. Acortaría la visita todo lo posible.

—Te he traído una cosa. —Marla levantó el oso para que Jaicey pudiera verlo—. Un oso para que te haga compañía.

Jaicey lo miró fugazmente antes de volver a mirar a Marla. Si bien su expresión era de cansancio, también reflejaba una extraña intensidad mientras miraba fijamente a Marla.

Era una mirada que Marla no había visto nunca y se sintió muy desasosegada. Entonces notó lo que se avecinaba. Era un reflejo de lo bien y lo profundamente que Jaicey y ella habían conectado, pero, por primera vez, su capacidad para interpretar a su hermana le produjo una sensación de miedo en vez de una sensación de proximidad.

—Será mejor que no te tenga despierta más tiempo —dijo Marla que repentinamente sintió muchísimas ganas de escapar y de ocultar su consternación por la recelosa mirada de su hermana—. Querrás echar una siesta antes de cenar. —Marla dejó el oso en la mesilla.

—¿Quién eres? —le preguntó Jaicey.

Marla había presentido la pregunta, pero aun así fue un golpe muy fuerte.

—¿Perdona?

Fue una forma educada de disimular. Había oído perfectamente a Jaicey, pero se resistía a creerlo. Sin embargo, Jaicey seguía mirándola como si intentara reconocerla.

—¿Cómo te llamas?

Lo dijo con un hilo de voz, pero las palabras sonaron con toda nitidez. Marla intentó encontrar una respuesta mientras su cerebro se negaba a asimilar el significado de aquello. Jake se acercó para captar la atención de Jaicey.

—Es Marla Norris. Ha venido de Chicago. Es una amiga.

Pareció como si Jaicey lo meditara y se tranquilizara.

—Ah… tu amiga…

Miró a Marla. Parecía satisfecha con la explicación, pero cautelosa. Jake dejó escapar una risa forzada como si quisiera quitarle importancia, pero Marla captó su preocupación. Nadie había hablado de amnesia y esa situación podía ser nueva para él.

—Es más amiga tuya que mía —replicó él delicadamente—. La has llevado al rancho algunas veces, ¿no te acuerdas?

Jaicey siguió mirando a Jake y en ningún momento desvió la mirada hacia Marla.

—No.

Jake dio una palmada tranquilizadora a su hermana.

—No pasa nada. No te preocupes. Descansa un rato. Yo estaré aquí por si necesitas algo.

Jaicey parpadeó lentamente y Marla comprendió que había llegado al límite de sus fuerzas. Marla se quedó inmóvil junto a la cama. El lazo entre ellas había sido tan fuerte que le costaba creer que se hubiera roto. El olvido producía un dolor inigualable y en ese caso tenía unas consecuencias espantosas. Había llegado a creer que Jaicey y ella se tendrían siempre la una a la otra.

Marla estaba sin aliento y los oídos le zumbaban. Veía todo borroso y se sentía asfixiada.

Jake miró el perfil de Marla. Estaba pálida a pesar de ligero bronceado y notó el leve temblor en la comisura de los labios.

Jake pulsó el timbre para llamar a una enfermera y agarró a Marla del brazo para separarla de la cama. Al darse la vuelta, Jake vio el bolso de Marla y lo agarró. Entró una enfermera y Jake se paró para hablar con ella. Marla se soltó y se alejó un poco.

—No ha reconocido a esta amiga suya. No había pasado con

nadie —le explicó Jake.

La enfermera asintió con la cabeza y se acercó a Jaicey para tomarle las constantes vitales. Jaicey se agitó un poco mientras la enfermera le ponía el tensiómetro, pero no se despertó.

—Algunas personas no sólo olvidan el accidente sino que tienen lagunas sobre ciertos momentos. Llamaré al médico para ver qué piensa. Como todavía sigue en el hospital, a lo mejor puede pasarse a visitarla.

A Jake le tranquilizó el tono realista de la enfermera y con el rabillo del ojo vio que Marla se agarraba al respaldo de la butaca. Seguía pálida y no apartaba los ojos de la cara de Jaicey. Había tenido una reacción muy intensa, demasiado intensa. Le pareció raro, pero no la conocía. Era normal que le impresionara que Jaicey no la conociera, pero parecía destrozada, lo cual no encajaba en la sensación que tenía él de la amistad con su hermana Sin embargo, las amigas eran distintas que los amigos y se metían más en los asuntos de cada una que los hombres. También eran más sentimentales Evidentemente, Marla era como casi todas las mujeres y a él le había parecido una reacción exagerada porque Jaicey y ella no se conocían desde hacía mucho tiempo.

Quizá Jaicey fuera la única amiga íntima que hubiera hecho allí y eso le recordó brevemente que era difícil comprender a Marla Norris. Sin embargo, en ese momento sólo podía pensar en Jaicey.

Marla observó a la enfermera que revisaba a Jaicey. No mostraba ningún signo de preocupación, pero eso no la consolaba. Las enfermeras sabían mantener la calma. Se agarró al respaldo de la butaca para sujetarse. Se sentía como una intrusa, pero tampoco podía marcharse hasta que supiera algo más.

No miró a Jake por temor a que él manifestara su disgusto porque ella estuviera en la habitación. Él estaba tan preocupado como ella y ninguno de los dos estaría en su momento más diplomático. Ella la había conocido y querido desde hacía poco más de seis meses, pero él la había amado toda su vida. Marla lo comprendía, pero también le gusta ría poder decirle que tenía tanto derecho como él a estar allí, le gustaría poder consolar y animar a los demás miembros de la familia y que ellos la consolaran y animaran a ella. Sin embargo, ¿acaso no había aprendido a no depender de nadie?

Comprendió que no podía ni insinuar que era la hermana melliza de Jaicey. Jaicey no se había sentido preparada para hacerlo antes del accidente y en ese momento, que ella no la recordaba, no había prisa para que nadie más lo supiera.

El accidente había sido tremendo para los Craddock, sobre todo para Judd, y Marla estaba segura de que Jaicey quería que mantuviera el secreto hasta que todo volviera a su cauce normal. Ya había decidido que si Jaicey no se recuperaba, ella no conseguiría nada con decírselo a los Craddock. Si bien nunca se había planteado que Jaicey pudiera olvidarse de ella, creía que lo más sensato era permanecer en silencio.

Los ojos le abrasaban, pero Marla hizo un es fuerzo por contener las lágrimas, no era el momento de que Jake la viera llorar. Ella era una amiga que él no acababa de aceptar y podía pensar que las lágrimas no procedían.

La enfermera se marchó y Marla hizo el gesto de irse de la habitación para tener algo de intimidad. Entonces, se dio cuenta de que no llevaba el bolso, pero Jake se volvió para dárselo.

—Creo que deberías sentarte —comentó él mientras ella se colgaba el bolso del hombro.

—Estoy bien.

Marla esbozó una sonrisa que incluso a ella le resultó falsa. Ni siquiera tenía el valor de mirarlo a los ojos por miedo a que él la descubriera.

—¿Te importa que espere en el vestíbulo hasta que la enfermera diga algo? —le preguntó a Jake—. Me espantaría irme sin saber qué tal está Jaicey.

—Como quieras. No creo que tarde.

—Gracias —murmuró ella.

Marla salió de la habitación para ir a la sala de espera. Afortunadamente, estaba sola y pudo intentar pasar ese trago.

Jake pasó por la sala de espera, pero estuvo poco tiempo. Según el médico, el estado de Jaicey no había variado. A falta de más pruebas, el médico pensaba que Jaicey había olvidado el accidente y las horas previas, pero también los meses anteriores y, quizá, hasta un año. Había despertado a Jaicey para preguntarle por algunos acontecimientos de los meses pasados, pero Jaicey recordaba mejor el verano anterior que ese mismo. Eso podía

explicar por qué ella recordaba a Jake, a Judd y a algunos amigos y no recordaba a Marla.

Era un alivio que el médico pensara que Jaicey no había empeorado. Había dicho que las lagunas de memoria podían ser temporales, pero también dijo que podía sufrir una pérdida parcial de la memoria que fuera permanente.

—Jaicey y tú os hicisteis amigas muy deprisa —intentó tranquilizarle Jake—. Podría volver a pasar lo mismo.

Marla sonrió como si estuviera de acuerdo y le agradeció que la hubiera tranquilizado.

Cuando llegó a su casa, Marla no tenía ni hambre ni ganas de coser y vio una película en la tele visión antes de acostarse.

A la semana siguiente, trabajó todo lo que pudo para mantener la cabeza ocupada. Llamaba a la señorita Jenny para estar informada, pero no volvió a visitar a Jaicey.

Ella no podía hacer nada para que Jaicey recuperara la memoria y, además, Judd y Jake siempre estaban cerca y no podía decir nada a Jaicey sin que ellos la oyeran. Sin embargo, lo más importante era que Jaicey conservara toda su energía para recuperarse y Marla no quería añadir problemas.

La parte positiva era que Jaicey ya no tenía que preocuparse por cómo se tomarían los Craddock su secreto. La negativa era que a ella no le interesa rían las visitas de alguien a quien no recordaba. Era doloroso que Jaicey no pudiera recordar por sí sola, pero cuando volviera a su casa, quizá encontrara algo que le recordara a ella.

Marla se acordó del álbum de fotos. Jaicey le había dado toda la documentación de las dos para que ella la guardara en el apartamento y, por lo tanto, no sabía qué podría tener, aparte del álbum.

La existencia del álbum hizo que Marla pudiera tener paciencia para no ir al hospital, pero eso sólo duró unos días. Luego, añoró a su hermana todavía más y quiso ver con sus propios ojos cómo iba evolucionando. ¿Podría pasarse por el hospital para hacerle una visita como amiga? Podría llevarle un ramo de flores como excusa para saludarla… Sin embargo, el recuerdo de su distanciamiento y cautela evidente hicieron que a Marla se le quitaran las ganas de visitarla, aunque fuera brevemente. No quería que Jaicey se sintiera

incómoda o la rechazara.

Lo mejor era mantenerse al margen. Por mucho que le doliera, por lo menos era un dolor que Jaicey no tendría que soportar. Marla se consoló pensando que Jaicey se recuperaría algún día y se acordaría de que tenía una hermana.

Capítulo 6

Ninguno de todos ellos había vuelto a saber gran cosa de Marla, excepto que cada dos días llamaba a Jenny para que la mantuviera informada. Su padre lo había comentado más de una vez y eso hizo que Jake se diera cuenta de que no había sido una de los muchos amigos de Jaicey que la visitaban constantemente en el hospital. Esa ausencia le sorprendió bastante por la intensa reacción que tuvo ante la amnesia de su hermana. Él tampoco la había telefoneado y, después de la visita a su apartamento, había decidido que verla a solas no era una buena idea. Todavía no había conseguido explicarse el deseo que lo dominó aquella noche.

No debería haberla abrazado, pero fue algo tan espontáneo que tuvo que ser instintivo. Más tarde consiguió explicárselo y supuso que el cansancio y las preocupaciones hicieron que necesitara sosiego. Su cuerpo había reaccionado a la luz tenue y a la apetecible joven que tenía junto a él.

Si ella no se hubiera apartado y le hubiera des pedido, no sabía qué más habría podido pasar. El se vanagloriaba de su buen juicio y de saber controlar sus impulsos sexuales y por eso le había desconcertado haber perdido el dominio de sí mismo durante unos instantes. Sin embargo, a la mañana siguiente había decidido mantener una distancia prudencial de la misteriosa señorita Norris.

Había conseguido no verla durante más de un mes, pero en ese momento estaba pensando en ella. Era sábado por la mañana y había pensado pasar por el hospital para saludar a su hermana antes de hacer otras cosas. Como a Connie le gustaba estar con Jaicey

hasta la una, Jake no tenía prisa y decidió hacer algunos recados antes. Además, los amigos de Jaicey solían visitarla los fines de se mana y él no tenía pensado hacerle una visita muy larga.

Quizá por eso estuviera pensando en Marla. Se había convencido de que el impulso de visitarla en su apartamento era mera curiosidad, pero cuando llamó al telefonillo, ella no contestó. Seguramente también habría salido a hacer recados, como hacía casi todo el mundo los sábados por la mañana.

El apartamento de Marla estaba a las afueras de Coulter City y él decidió ir a un concesionario donde había visto una camioneta con una cabina muy grande.

Sin embargo, se fijó en una silueta que iba por el camino de tierra que llevaba a la carretera general. Era la carretera que separaba la ciudad del campo, pero casi nadie pasaba por allí a no ser que hubiera tenido una avería.

La persona, que parecía llevar un sombrero rosa, resaltaba sobre el fondo azul del cielo. A medida que iba acercándose, pudo ver mejor a la mujer que llevaba el sombrero. Parecía como si paseara arriba y abajo por la cuneta, pero, súbitamente, ella se quitó el sombrero y se metió en la zanja que había junto a la cuneta.

Jake, preocupado, frenó y giró para dirigirse hacia allí. Al acercarse, pudo comprobar quién era esa mujer.

Era como si la zanja hubiera sido el escenario de una lucha dramática por la supervivencia. Dos gatitos diminutos se debatían entre la vida y la muerte entre las hierbas secas. Ella los había visto en la carretera, pero cuando se acercó, ellos salieron corriendo para ponerse a salvo. Marla cruzó la carretera para encontrarlos. Eran demasiado pequeños para estar solos por allí. Serían una presa fácil para otro animal y no podía dejarlos abandonados. Cuando llegó al sitio donde los había visto por última vez, oyó unos maullidos quejumbrosos. Intentó llamarlos para que salieran de allí, pero sólo se atrevían a dejarse ver. Habrían perdido a su madre y estaban tan asustados que no se atrevían a ponerse a su alcance.

Entonces fue cuando oyó otro ruido entre las hierbas y pudo ver fugazmente los rombos de la piel de una serpiente que iba hacia los gatitos. Volvió a llamarlos con cierta angustia, pero los gatitos retrocedieron.

Intentó pensar en algo que los convenciera, pero volvió a ver a

la serpiente y, quitándose el sombrero, saltó a la zanja para salvarlos. Las hierbas le arañaban los tobillos y las rodillas y le recordaban que estaba expuesta a la mordedura de una serpiente, pero no podía dejar a los gatitos a su suerte. Les costaría mucho escapar entre la hierba.

Estaba aterrada de que una serpiente de cascabel pudiera morderla y por eso iba dando golpes en el suelo con los pies, como si así pudiera hacer un ruido amenazador para el reptil. También agitaba el sombrero para asustarla, pero los únicos animales asustados era los gatitos. Sin embargo, la serpiente dejó de avanzar y Marla no le quitó los ojos de encima mientras se acercaba a los gatitos, pero su alivio duró poco y la serpiente se enroscó en una actitud defensiva. El sonido seco del cascabel le pareció eterno y paralizante.

También oyó el motor de un coche, un frenazo y el sonido de las ruedas sobre la tierra que se acercaban a ella. La zanja no tenía ni un metro de profundidad y podrían verla. El vehículo se paró, pero Marla siguió moviéndose lentamente por la zanja para rescatar a los gatitos y escapar antes de que la serpiente se pusiera más agresiva.

El motor se paró y la puerta se abrió. Luego, Marla oyó un ruido raro, como un chasquido, como si el conductor no quisiera dar un portazo. El hombre, sólo podía ser un hombre, se acercó por detrás de ella con paso decidido. La voz grave la asustó.

—Párate y no vuelvas a moverte.

Marla reconoció la voz de Jake y se quedó petrificada.

—Hay dos serpientes de cascabel… ¡No, no mires!

Marla estuvo a punto de desmayarse. Tenía la boca tan seca por el terror que casi no podía hablar.

—Hay… unos gatitos —dijo con un hilo de voz.

—¿Dónde? —preguntó él después de soltar un juramento.

—Delante de mí.

—Los agarraré dentro de un minuto. No te muevas.

El estruendo de un disparó hizo que diera un respingo. Ella soltó un grito y dio un salto cuando un segundo disparo le llenó los tobillos de tierra. Iba a salir corriendo cuando un poderoso brazo la agarró de la cintura.

—¡Que disparates haces! —exclamó él antes de soltarla.

Marla se giró a medias, temblando de miedo y Jake la agarró de

la muñeca. Lo miró y vio su rostro rojo de ira. Los ojos negros resplandecían por debajo del borde del sombrero.

—¿Están muertas?

Marla miró a sus pies, pero un tirón de la muñeca hizo que volviera a levantar la mirada.

—Estás loca. ¿A quién se le ocurre meterse aquí con las piernas desnudas y dos serpientes? Si una te hubiera mordido…

—Gatitos… —consiguió farfullar ella—. Hay unos gatitos y no podía… dejarlos…

Intentó buscarlos con la mirada, pero vio la pistola que Jake tenía en la mano. Los disparos todavía le resonaban en los oídos y se quedó mirando el arma con los ojos como platos.

Jake pareció darse cuenta de que esa visión la había dejado sin habla y se metió la pistola por debajo del cinturón.

—¿Gatitos? Hay cientos de gatitos, pero también de serpientes de cascabel —vociferó él—. Has salido de esta de milagro. Si una de esas serpientes te hubiera mordido, estarías muerta antes de que alguien te encontrara y te llevara al hospital.

Marla seguía hecha un manojo de nervios.

—No podía permitir que la serpiente…

—Serpientes —la interrumpió él implacablemente—. En plural. Mira.

Marla obedeció y miró hacia donde señalaba él. La cercanía de la serpiente muerta hizo que ella buscara la seguridad del cuerpo de Jake. Lo agarró de la camisa y miró a la serpiente partida en dos. Todavía no estaba segura de que no fuera a cobrar vida otra vez.

—¿Donde están? —le preguntó él lacónicamente. Marla lo miró aturdida. La cabeza le daba vueltas, pero miró hacia donde los había visto la última vez.

—Allí —contestó ella mientras le soltaba la camisa para señalar.

Jake fue en esa dirección aplastando las hierbas con sus botas. Marla salió detrás y lo agarró del brazo como si temiera que él fuera a ser demasiado brusco con los gatitos o fuera a pisarlos por estar ciego de ira.

—Por favor… no les hagas nada. Son muy pequeños y están asustados.

Jake se paró y la miró penetrantemente a los ojos. Tenía una expresión indescifrable y eso la asustó más.

—Por favor, no te desahogues con ellos.

Lo agarró con más fuerza del brazo, como si así pudiera detenerlo si tenía que hacerlo.

Volvió a ser una niña pequeña en un mundo cruel donde los pequeños y los débiles necesitaban protección. La cara de un niño pequeño surgió en su cabeza. Era uno de los muchos recuerdos espantosos que había intentado borrar, pero la expresión furiosa de Jake lo recuperó como una venganza.

La furia, sobre todo la furia masculina, era peligrosa para los niños y las criaturas pequeñas. Marla tuvo que hacer un esfuerzo para recordar que ya no estaba en ese mundo cruel. La mirada de él todavía resplandecía pero con menos furia y ella pudo distinguir un brillo de curiosidad. Marla lo miró.

La cabeza todavía le daba vueltas por los recuerdos y el súbito cambio de él, pero recordó lo que había dicho ella y se dio cuenta de que estaba agarrándolo del brazo con todas sus fuerzas. Estaba clavándole las uñas. Aflojó los dedos y lo soltó lentamente.

—Perdona…

Estaba espantada de lo exagerado de su reacción, pero estaba más espantada todavía de las marcas que le había dejado en el antebrazo.

Jake se dio la vuelta sin decir nada y buscó en la zanja.

Marla se frotó la cara como si así pudiera borrar el viejo trauma y el remordimiento nuevo. Hacía años que no pensaba en Tommy y no quería pensar en esa época aterradora. Sólo tenía que acordarse de que lo había salvado y de que él había acabado en una buena familia. Ella seguramente había asociado mentalmente a Tommy con los gatitos.

Marla bajó las manos y vio a Jake que se agachaba. Sacó a los gatitos de entre las hierbas y se los colocó en la palma de una mano. Miró alrededor y separó las hierbas con la otra mano. Ella se tranquilizó. Jake trataba a los gatitos con delicadeza. Estaba tan aliviada que se sintió un poco mareada.

—¿Donde están los otros?

Su voz sonó casi aterciopelada y ella sintió vergüenza por haber llegado a pensar que él era un monstruo.

—Sólo he visto dos —contestó ella.

Efectivamente, sólo había visto dos, pero las camadas solían ser

mayores y podría haber más, algo que no se le había ocurrido.

Jake se dio la vuelta, sin dejar de buscar entre la hierba, y le dio los atemorizados gatitos sin mirarla a la cara. Ella tomó los gatitos con miedo de hacerles daño. Eran como trocitos de piel sobre unos palillos. Estarían muertos de hambre.

—Llévalos a la camioneta, pon el motor en marcha y enciende el aire acondicionado para que no te achicharres, pero no dejes que ellos se enfríen.

Marla salió de la zanja con los gatitos apretados contra ella. Temblaba casi tanto como los animalitos. Se montó en la camioneta por la puerta del pasajero y puso en marcha en motor. Jake tenía razón con el frío. Ella se sacó la camiseta de los vaqueros recortados y los abrigó. Eso hizo que se sintiera mejor.

Eran los animales más pequeños que había visto en su vida. Tenían una piel grisácea y se les había enganchado algunos pinchos, pero decidió que necesitaba unas tijeras para quitárselos. Se parecían más a unos ratones, con unas orejas temblorosas que eran demasiado grandes para sus cabezas. Las caras eran distintas y uno era ligeramente más grande que el otro. Estaban agotados y la miraban en silencio, como si ya estuvieran resignados a su destino.

A Marla se le rompió el corazón y se dio cuenta de que tenía los ojos empañados con lágrimas de compasión. En ese momento, se abrió la puerta del conductor, ella dio un respingo y vio que Jake dejaba el sombrero de ella entre los dos asientos. Antes de que él se diera cuenta, Marla se secó los ojos con la mano.

—Gracias —susurró ella con voz ronca.

Marla intentó disimular que lo estaba mirando mientras él sacaba una cartuchera del costado de su asiento y guardaba la pistola. Las pistolas eran necesarias en el rancho y ella se alegró de que llevara una en la camioneta y supiera usarla. Las armas la aterraban, pero era suficientemente juiciosa como para darse cuenta de que ese día ella lo habría pasado muy mal sin una.

—No… había visto la otra serpiente…

Ella seguía desconcertada con ese asunto, pero también quería justificarse de alguna forma que lo aplacara. La verdad era que la serpiente había estado tan cerca de ella que no entendía que no la hubiera visto.

—Cuando la otra serpiente empezó a hacer sonar el cascabel,

pensé que el miedo me hacía oírla por todos…

—De ahora en adelante, si ves una serpiente de cascabel, piensa que por lo menos hay otra —la interrumpió él secamente, mientras guardaba la cartuchera debajo del asiento—. ¿Dónde está tu coche?

Marla, consternada porque él seguía enfadado, lo miró a los ojos y comprobó que estaba equivocada. Jake parecía tranquilo, sólo le quedaba algún ligero rastro del enfado, aunque a ella le pareció que la ira podía volver a estallar en cualquier momento. Sin embargo, ¿realmente percibía eso o ella seguía atrapada en los recuerdos?

—Salí a dar un paseo. Hacía un día muy bueno y todavía no hacía demasiado calor.

Jake frunció el ceño al instante.

—Tienes muchas aceras en la ciudad para pasear. Vestida de esa manera estás buscando problemas, desde bichos salvajes y animales de dos piernas a cualquier otra cosa.

Hizo una pausa como si quisiera recalcar que era una ingenua y él quisiera asustarla.

—Si estuvieras en Chicago —siguió Jake—, estoy seguro de que te pensarías muy bien por dónde pasear.

Marla lo miraba fijamente y con cautela porque estaba enfadado con ella. Él, como si se hubiera dado cuenta, miró al frente y resopló.

—Los gatitos pueden ir al rancho. Haré que el veterinario les eche una ojeada y si no quiere adoptarlos en la clínica, seguro que en algún granero hay una gata que quiera ocuparse de ellos.

Marla miró a los gatitos que estaban profundamente dormidos. Uno tenía los ojos llorosos y la piel de la cara húmeda y los dos tenía las orejas sucias. Eso hacía que no fueran los candidatos ideales para que los adoptara una gata que no los había dado a luz.

Marla sabía muy bien que las madres adoptivas podían ser muy quisquillosas.

Rechazó inmediatamente la idea de que los gatitos acabaran en un granero con una gata que podía adoptarlos o no, pero no se atrevía a decirlo en ese momento ni explicar por qué. Sería mejor que el veterinario les buscara una casa.

Sin embargo, mientras les pasaba la yema del dedo por las cabecitas, notó que el corazón se le partía un poco más y que era incapaz de olvidarse de cómo la habían mirado hacía un rato. Eran

diminutos e indefensos; eran demasiado pequeños y débiles como para luchar o siquiera quejarse de cualquier cosa que ella les hiciera o dejara de hacer. Había visto la desesperanza en sus ojos. Quizá habrían mirado igual a la serpiente cuando la hubieran visto y hubieran comprendido que no tenían escapatoria. En ese momento, también estaban a su merced y ella sintió una poderosa necesidad de protegerlos. Como la había sentido con el pequeño Tommy cuando habían estado solos y desprotegidos.

—Si los adoptan, ¿los adoptarán juntos? —preguntó Marla.

—Normalmente, no, pero el veterinario se —cerciorará de que vayan a casas donde quieran a los gatos.

Ella se sintió espantada ante la idea de que los separaran. Si estuvieran juntos, se sentirían menos solos y podrían protegerse mutuamente. Ella podría hacerlo.

—Yo quiero a los gatos.

Ella nunca había tenido un gato, pero los que había conocido le habían parecido fascinantes y di vertidos Además, siempre había envidiado a los niños que tenían gatos pero no les daban importancia. Notó una punzada de emoción al pensar seriamente en quedarse con ellos. Si se los quedaba, no tendría que preocuparse por el cariño que les daban.

—¿Alguna vez has tenido un gato?

Marla captó el escepticismo en el tono de su voz y se puso a la defensiva. ¿Qué sabría él?

—No —contestó ella mientras lo miraba directa mente—, pero quiero éstos.

—¿Pueden tener gatos en tu edificio?

Jake parecía un asistente social que interrogaba a un niño irreflexivo.

—Tengo algo de dinero, si no les gustan, puedo cambiarme de piso.

Había estado ahorrando durante años para dar la entrada de un piso propio. Había estado mirando precios y estaba segura de que podría encontrar algo asequible. No lo había hecho desde el principio porque quería comprobar si se adaptaba a Coulter City y cómo funcionaban las cosas con los Craddock.

Aun así, la idea de comprarse una casa sólo para tener unos gatos era insólita. No era impulsiva, pero los gatitos habían

afectado a su temperamento prudente y habían tocado algo en su interior que no podía pasar por alto. Lo notó cuando Jake la miró fijamente y ella aguantó su mirada. Evidente mente, él pensaba que se había vuelto loca, pero su expresión denotaba algo más que resignación.

—Entonces, será mejor que los vea el veterinario. Si te los llevas así a casa, tendrás una plaga de pulgas. Uno tiene una infección en un ojo y, seguramente, los dos tendrán lombrices.

Jake giró la cabeza, miró por el retrovisor y puso la camioneta en marcha. Marla se sintió aliviada de que él hubiera aceptado su decisión tan rápidamente, pero hizo un esfuerzo por pensar en cosas prácticas.

—¿Quieres decir que tendríamos que ir al veterinario ahora mismo? Tendría que pasar por casa para recoger el talonario y no puedo hacerte perder más tiempo.

—Es mi tiempo —refunfuñó él—. Además, la clínica cierra a mediodía. Si no vas ahora, tendrías que esperar hasta el lunes. Supongo que no querrás tener una plaga de pulgas en tu casa. No te preocupes por el talonario, la primera visita al veterinario corre de mi cuenta.

Marla sacudió la cabeza vigorosamente.

—Gracias, pero me niego. Le pediré que me deje pagarle el lunes o te haré un talón cuando llegue a casa.

—Como tú quieras.

Su tono daba por zanjada la conversación. Marla se quedó unos instantes mirando su perfil. Su gesto era inexpresivo, pero ella notaba que no había disminuido su disgusto. Ella siempre había sido muy sensible para esas cosas y detestaba que su primera idea fuera hacer o decir algo que mereciera su aprobación. En cualquier caso, no sabía cómo lo conseguiría y estaba segura de que intentar imaginárselo era una pérdida de tiempo.

Capítulo 7

La veterinaria resultó ser una especialista en gatos. No fue el viejo veterinario quien examinó a los gatitos sino una mujer que había entrado de socia en la clínica a principios de año.

A Marla le complació que Jake la acompañara a la sala con los gatitos, pero cuando vio a la veterinaria, comprendió que Jake se había ofrecido a acompañarlos para conocerla.

La doctora Brownlee era una morena muy atractiva de una familia de veterinarios. Al parecer, Jake había oído hablar de su padre y los dos charlaron un rato antes de que la veterinaria se ocupara de los gatitos. El trabajó de la veterinaria ayudó a que Marla desterrara los sentimientos sombríos y se olvidara completamente del pasado.

El gatito macho pesaba casi cuatrocientos gramos y la hembra no llegaba a los trescientos. La veterinaria los limpió y les dio un producto para acabar con las pulgas. Eran demasiado jóvenes para vacunarlos, pero sí les eliminó las lombrices. Una vez que la veterinaria determinó que tenían seis semanas, dijo que eran tan pequeños porque estaban desnutridos. La doctora le dio a Marla un colirio para los ojos de la gatita y le dijo el tipo de leche que tenía que comprar y la comida en lata que le recomendaba.

Cuando terminó la visita y Jake había extendido un abultado cheque, los gatitos ya estaban acurrucados contra Marla. Jake y ella fueron a la camioneta, Marla dejó a los gatitos dentro del sombrero y se quedaron profundamente dormidos.

Ni Jake ni ella habían hablado mucho, salvo por las preguntas

que ella le había hecho a la veterinaria. Marla tenía la sensación de que él no veía el momento de que ella lo dejara en paz, pero, inesperadamente, Jake giró, entró en un centro comercial y aparcó delante de una tienda para animales. Marla lo miró atónita.

—No sabía adónde íbamos, pero esto es mucho más de lo que tienes que hacer por nosotros. Eres muy amable y considerado —añadió para suavizar el rechazo inicial—, pero ya hemos abusado bastante de ti por hoy.

Había hablado en plural y Marla notó una sacudida en el corazón. No estaba nada acostumbrada a hablar en plural, pero los gatitos se lo facilitaban. Se sintió animada por eso, pero Jake la miró con el ceño fruncido y le fastidió esa sensación.

—Parece que sabes muy bien cómo empleo mi tiempo.

Marla lo miró fijamente sin saber si era una crítica.

—Te agradezco mucho todo lo que has hecho, pero seguramente tendrías otros planes. Además, Jaicey estará esperándote en el hospital y sigo sin tener el talonario. No puedo dejar a los gatitos en la camioneta con este calor.

La ristra de argumentos debería haber sido suficiente para que él la llevara a su casa, pero se quedó perpleja al comprobar que no era así.

—Esta tienda permite que entres con los animales —replicó él—. A lo mejor, a los gatitos les gusta ver los pájaros.

Jake se bajó y rodeó la camioneta para ir a la puerta de ella y la ayudó a bajar. Ella estaba incómoda, pero en cuanto entraron en la enorme tienda, se quedó maravillada con la cantidad de cosas que ofrecían, entre otras cosas, animales, desde reptiles, ratones y hámsters a conejos, peces de todo tipo, un par de cachorros de perro y tres gatitos.

Ella empezó a llevar a los gatitos en el sombrero porque le parecía que el carro metálico era demasiado duro para ellos, pero Jake puso una de las cestas en el carro, sacó a los gatitos del sombrero y lo dobló para que sirviera como colchón donde los animalitos pudieran seguir con su siesta. Marla sonrió ante esa solución, pero no comentó el as pecto tan doméstico que él tenía empujando el carro, aunque fuera de mala gana. Supuso que él no tenía mucha experiencia y le gustó que lo hiciera. Era como si intentara compensar su genio, aunque, seguramente, él no se lo

hubiera planteado ni estuviera haciendo nada por ella.

Los gatitos no terminaron la siesta y empezaron a subirse uno encima del otro para mirar fuera de la cesta. Volvían a estar temblorosos y Marla se sintió fatal. Los tomó entre los brazos para que pudieran ver el exterior y poco a poco fueron tranquilizándose.

Cuando llegar a la sección de los gatos, Marla encontró la leche y la comida enlatada que le había recomendado la veterinaria, así como un par de platos para comer y beber. Jake también le indicó un par de biberones, por silos necesitaba, y algunos juguetes para gatos. Maña se llevó un par de juguetes y un cepillo muy suave. No quiso comprar una cama para gatos, pero las estudió bien para hacer ella una más adelante. Jake encontró un libro sobre gatos, lo pagó por separado y se lo regaló una vez en la camioneta.

Por fin se pusieron de camino y Marla se sintió un poco triste de que tuvieran que dejar de estar juntos, pero no podía quejarse. Abrazó a los gatitos e intentó acordarse de si tenía una caja de cartón que le sirviera para guardarlos hasta que les hiciera una cama en condiciones.

Cuando llegaron a su apartamento, eran más de las dos. Jake la dejó en la parte trasera del edificio para poder aparcar la camioneta. Marla entró e in mediatamente abrió la puerta del patio. Mientras buscaba una caja de cartón y ponía una toalla dentro, Jake entró con las bolsas de la tienda.

Marla, más consciente todavía del tiempo que le había robado, extendió un cheque para reembolsarle la visita a la veterinaria y las compras en la tienda. Cuando entró en la sala, Jake estaba agachado junto a la caja de cartón acariciando a los gatitos.

Marla, repentinamente, se sintió nerviosa. Había hecho el talón por la cantidad que él se había gastado con los gatitos, pero no le parecía suficiente. El se ofendería si intentaba pagarle más de lo que le debía, de modo que tendría que compensarle de otra manera. Ése podía ser el momento perfecto para invitarlo a cenar o, por lo menos, darle un buen almuerzo tardío. Incluso, podría invitarlo a comer fuera si él lo prefería. Sin embargo, también podría ocurrir que él estuviera cansado de ella y no quisiera que le preparara más que un sándwich. Por lo menos, no estaba yéndose hacia la puerta como si no pudiera esperar más. Tomó aliento e intentó tranquilizarse.

—¿Quieres que te prepare algo rápido para comer? También puedo invitarte a algún Sitio Si me das un par de minutos para ducharme y cambiarme. Después de todo lo que has hecho, te me reces algo más que recuperar el dinero.

Jake la miró.

—¿Qué te parece que hagamos un café mientras instalamos a los gatitos, te duches y te cambies mientras ellos comen y luego yo invite a comer? Después tendrás que volver para que los gatitos no piensen que los has abandonado.

Marla se quedó boquiabierta. Eso era mucho más que la aceptación a regañadientes que ella había esperado. Además, no quedaba ni rastro de su enfado e impaciencia. La miró a los ojos y ella sintió al instante la poderosa atracción que había entre ellos. Hizo todo lo posible por reponerse y resistir, pero sólo consiguió bajar a la tierra gracias a su costumbre de no deber nunca nada.

—De acuerdo si invito yo —contestó intentando mostrar una firmeza que la atracción hacia él hacía casi imposible—. No puedo agradecerte lo suficiente que nos rescataras e hicieras todo lo demás.

Él esbozó una ligera sonrisa como si se diera cuenta de que ella estaba nerviosa.

—Lo que tú digas.

Lo dijo con una lentitud tal que a ella le dio un vuelco al corazón, pero le entregó el cheque, él lo dobló sin mirarlo y se lo guardó en el bolsillo de la camisa mientras se ponía de pie e iba por las bolsas.

—¿Donde quieres que deje todo esto?

—Voy a hacer el café, así que yo creo que en la cocina —contestó ella mientras miraba dentro de la caja y comprobaba que los gatitos seguían dormidos.

Marla repartió las cosas de los gatos entre la cocina, la sala y el cuarto de baño. Limpió los biberones y los platos, preparó un poco de la mezcla para la leche y llenó los biberones. Los platos eran demasiado profundos como para que los gatitos pudieran usarlos y sacó unos platos de plástico lisos. Los gatos seguían dormidos y Marla pensaba dejar a Jake en la sala con el café y unas galletas que había hecho ella misma. Él la ayudó a llevarlo todo, pero la detuvo antes de que ella se marchara.

—Por cierto, esta mañana no he estado muy simpático ni comprensivo. Perdóname. Estuviste muy valiente, pero espero que la próxima vez tengas más cuidado. Hay muchos peligros en el campo.

La mirada sombría indicaba que su arrepentimiento era sincero y ella notó una emoción muy profunda.

—Gracias —replicó ella antes de darse la vuelta para ir hacia el vestíbulo.

Se sentía desconcertada. No había esperado sus disculpas y la afectaban más de lo que había esperado. La forma de decirlo le había hecho sentirse valorada, pero eso tampoco era como para emocionarse. Habría halagado a cualquiera que él creyera que iba a tomarse su consejo en serio.

Marla, mientras entraba en el cuarto de baño con ropa limpia, se acordó de algo que había dicho Jaicey en el hospital cuando Jake intentó explicarle quién era ella. La había tomado por una amiga de Jake, evidentemente, por una de las mu chas amigas de Jake aunque el tono quería decir más bien por una novia. Los Craddock estaban tan unidos que todos conocerían a los amigos o amigas de los demás y Jaicey le había comentado que siempre intentaba conocer a las novias de Jake.

Marla no había vuelto a pensar en la confusión de Jaicey hasta ese momento. También era verdad que no había vuelto a ver a Jake hasta ese día. Sus caminos habían vuelto a cruzarse y si bien el día había empezado torcido, Jake había cambiado completamente su actitud hacia ella. Estaba tan impresionada por el cambio que no pudo evitar preguntarse qué pasaría si…

El anhelo por volver a ver a su hermana abrumó a Marla durante los segundos siguientes. El deseo de volver a formar parte de la vida de Jaicey era tan penetrante que le resultaba dolo roso. Naturalmente, volvió a preguntarse qué pasaría si…

¿Qué pasaría si fuera la novia de Jake? La pregunta le aceleró los latidos del corazón. Se hizo otra pregunta mientras se lavaba la cabeza.

¿Cómo sería ser la novia de Jake? ¿Qué tendría que hacer alguien como ella para tener la oportunidad de ser la novia de Jake? Si por una casualidad tuviera esa oportunidad, ¿hasta dónde estaba ella dispuesta a llegar? Un hombre como Jake espera ría algo

físico. ¿Podría ella no satisfacer esa esperanza, y aun así conservar su interés?

No podría llegar lejos porque eso sería muy peligroso. Jake era demasiado abrumador, demasiado viril como para que ella pudiera lidiarlo fácil mente. Además, ella no era suficientemente rica ni sofisticada para un hombre como él. Eran como la noche y el día. Tampoco tenía garantías de que lo que sentía por Jake no fuera a convertirse en algo más complicado para ella.

Marla se quedó atónita de lo lejos que estaba llevando esa idea disparatada. Jake era un hombre mundano que podía tener a cualquier mujer que quisiera. Era de los que elegían, de los que daban el primer paso si estaban interesados.

¿A quién pretendía engañar? No tenía ni la más mínima posibilidad de éxito, aunque Jake le permitiera dar el primer paso.

Marla, contrariada consigo misma, terminó de ducharse. Ya había pensado bastantes tonterías.

Tardó en secarse el pelo, pero se maquilló en un santiamén. Luego, dudó entre ponerse perfume o no. Decidió echarse una gota y se puso un vestido amarillo que resaltaba el bronceado con unas sandalias muy cómodas.

Salió del cuarto de bailo para ver si los gatitos se habían despertado. Jake los tenía en el regazo y jugaba con ellos con un cordel con plumas en el extremo. Ellos, sin embargo, parecían más interesados en mirar a la cara del gigantón que en jugar con el juguete. Marla también se fijó en que los platos estaban vacíos y en que los estómagos de los gatitos parecían más llenos.

—¿Han comido suficiente? —preguntó ella.

—Suficiente por el momento. No están acostumbrados a comer mucho y creo que es mejor darles de comer menos de lo que ellos comerían, pero más a menudo, por lo menos durante unos días.

A Marla le pareció razonable. Jake parecía ser un especialista en animales y también sabría algo de gatos. Al fin y al cabo, en el rancho había algunos, aunque estuvieran en los graneros. Los gatos parecían más divertidos y hacían un pequeño es fuerzo por atrapar las plumas que pasaban por delante de ellos. Marla se sentó en la butaca para mirarlos.

Era increíble que aquél fuera el hombre que esa mañana había hablado de los gatos con tanto desprecio. Sobre todo, cuando uno

de los gatitos subió por su camisa para olisquearle la barbilla y él lo sujetó con tanta delicadeza. El gato subió más y se metió entre el cuello de la camisa y el cuello de Jake. Una vez instalado, él le acarició la cabeza con el pulgar. A ella le conmovió esa ternura, especialmente cuando Jake agarró al otro gatito para ponerlo junto a su hermano.

—Los gatitos suelen ser muy juguetones, ¿no? —preguntó Marla —. Esperaba que fueran más activos.

—Han pasado mucho tiempo hambrientos y son muy pequeños. Necesitan dormir. Si siguen unos días alimentándose bien, se comportarán normalmente. A lo mejor quieres dejarles un poco de le che y de comida mientras estamos fuera… Así, si se despiertan y no hemos vuelto, no pasarán hambre ni sed. No han querido los biberones.

Marla volvió a acordarse del desprecio que había mostrado hacia los gatos. Ésos no eran nada del otro mundo, tenían una piel grisácea y carecían de pedigrí. Ella siempre había creído que a los hombres no les gustaban los gatos y le había parecido que Jake no era una excepción. Sin embargo, esa ternura hizo que cambiara de opinión y estaba fascinada ante la idea de que un hombre rudo y viril fuera tan delicado y cariñoso con unas criaturas tan pequeñas.

Parecía sincero y Marla se sintió un poco enamorada de él. Al darse cuenta, se levantó brusca mente. El instinto de resistirse a esos sentimientos diabólicos era tan automático como intenso.

—Les pondré un poco de leche y comida y luego los encerraré en el cuarto de baño con sus cosas.

Marla llevó los platos a la cocina para poner le che y comida. Jake la siguió con los gatitos y agarró la caja con la toalla dentro.

Una vez en el cuarto de baño, Marla dejó los platos con comida junto a la bañera y Jake puso la caja al lado de la lavadora. También prepararon unos recipientes donde pudieran dejar los excrementos. Luego, él cerró a medias la rejilla del aire acondicionado para que la habitación no se enfriara demasiado.

—¿Sabrán hacer sus cosas en su sitio? —preguntó Marla.

—Es instintivo —contestó Jake mientras dejaba a los gatitos en el suelo—. Acabarán adivinándolo.

Jake y Marla se lavaron, salieron del cuarto de baño y cerraron la puerta. Marla había dejado la luz encendida, pero se quedó

intentando oír algo a través de la puerta. Sin embargo, creyó que ninguno de los dos podría hacer ruido suficiente como para oírlo y entreabrió la puerta para echar una ojeada. Los dos estaban jugando a pelearse. El macho se separó de su hermana y fue a investigar el recipiente de aseo. La gatita lo siguió y Marla cerró la puerta aliviada de que estuvieran tranquilos y adaptándose a la vida en el cuarto de baño.

—Nunca habías tenido un gato… —comentó Jake cuando fueron a la sala.

—No. ¿Debería preocuparme?

Marla miró la reacción de Jake. No parecía dudar que ella pudiera apañarse, sino que parecía muy divertido.

—Lo harás bien, pero cuando esos dos se hayan alimentado y empiecen a sentirse seguros, no pararán un segundo de hacer diabluras.

—Eso ya lo sé —replicó ella con una sonrisa.

—¿Estás segura de que quieres quedarte los dos?

—Son hermanos y tienen que estar juntos. —Marla se quedó sorprendida de su vehemencia.

Los gatitos eran casi hermanos mellizos, como Jaicey y ella. Por algún motivo, a ellas las separaron y las adoptaron familias distintas. No era lo mismo, pero Marla no se planteaba separar a los gatitos, ya habían sufrido bastante.

Además, ¿cómo iba a elegir a uno de los dos? Se había enamorado de la pareja en cuanto la mira ron con ojos desesperanzados y resignados.

—Estarán juntos mientras tú estás trabajando —confirmó Jake con tono comprensivo—. Los gatos no dan mucho trabajo, si no te importa que te arañen los muebles y las cortinas y se coman las plantas. Tienes que tener cuidado, algunas plantas son tóxicas.

Marla miró alrededor e hizo un repaso mental para intentar adivinar cuáles podían ser una amenaza.

—Creía que no te gustaban los gatos…

—Sí me gustan —confesó él mientras abría la puerta.

Marla salió al pasillo y notó una oleada de sensaciones cuando él le apoyó la mano en la cintura.

Era tarde y fueron a comer unas hamburguesas. El restaurante ya estaba casi vacío y les atendieron rápidamente. Marla tenía

mucha hambre y estaba asombrada de que le hubiera revivido el apetito que había perdido.

Mientras comían, Jake le habló de los gatos que vivían en la casa principal del rancho. Marla se tranquilizó más al descubrir su cariño por los animales. Era algo que ya le había encantado incluso antes de darse cuenta.

Cuando tuvo la ocasión de preguntarle por Jaicey, él aceptó el cambio de tema y le propuso que lo acompañara al hospital antes de dejarla en su casa.

Marla intentó contener el entusiasmo y Jake le contó que Jaicey estaba atosigando a los médicos para que la dejaran volver a su casa y empezaba a parecer que ellos estaban de acuerdo. La invitación de Jake para que fuera al hospital la emocionaba. ¿Habría dejado de tener reservas hacia ella?

Además, Jaicey ya estaría mejor y era posible que estuviera más tranquila con ella. También era posible que Jaicey hubiera empezado a recordarla…

Cuando terminaron de comer y se pusieron de camino hacia el hospital, Marla no cabía en sí de emoción. Encima, Jake parecía habérselo pasado bien y era como si quisiera seguir con ella. Marla intentó convencerse de que él lo hacía por educación, quizá ella estuviera imaginándoselo o él estaba siendo especialmente agradable esa tarde. Podría ser porque Jake había comido algo. Seguro que él no había probado bocado desde el desayuno, como ella.

El mayor problema es ese momento era que le resultaba muy difícil creer que no era el tipo de mujer que lo atraía, sobre todo cuando él la había mirado más de una vez con calidez e interés durante la comida. Como volvió a hacerlo de camino al hospital.

Tenía que tener mucho cuidado. Después de verlo con los gatitos y de pasar más tiempo con él, Jake Craddock le gustaba más que nunca. Peor aún, él estaba a punto abrirse camino a través del muro que ella se había levantado alrededor del corazón.

Antes, a ella le atraía su belleza ruda y la seguridad y sensación de familia que representaba. En ese momento, él le había llegado al corazón y estaba engatusándola sutilmente para que se acercara a él a pesar de los peligros que eso suponía. Todo eso había empezado porque había llegado a conocer y a querer a Jaicey, pero eso no

quería decir que también pudiera incluir a Jake.

Marla se dio cuenta de que no paraba de darle vueltas a eso cuando debería estar pensando en Jaicey. Se imaginó qué podría decirle a su hermana. Seguro que todo saldría mejor esa vez.

Capítulo 8

Cuando llegaron a la habitación de Jaicey, los últimos visitantes estaban marchándose.

Marla intentó no perder la paciencia cuando las dos mujeres se quedaron a charlar un rato con Jake. El se las presentó y ella sonrió y dijo algo por compromiso, aunque ella sólo pensaba en ver a Jaicey. Por fin, las mujeres se marcharon.

Jaicey estaba en una silla de ruedas junto a la ventana. Tenía la pierna rota en alto y el brazo apoyado en una plataforma que habían adaptado al brazo de la silla. Parecía infinitamente mejor que hacía un mes y se parecía más a la Jaicey de siempre, aunque estuviera pálida y más delgada. Marla se sintió emocionada al ver el oso de peluche en la cama. Tenía la cabeza apoyada en la almohada como si fuera a echarse una siesta.

Sin embargo, cuando Jaicey se volvió para mirarlos, su rostro adquirió una expresión sombría y sus ojos azules se clavaron en Jake, como si indicaran una aversión hacia Marla que la atenazó el corazón.

Marla no podía comprender la reacción de su hermana y le hizo mucho daño. Jake se acercó a Jaicey, le dio un beso en la mejilla y luego se agachó junto a la silla de ruedas.

Marla sintió celos. Ella también tendría que haber podido acercarse a Jaicey y haberle dado un beso y un abrazo como había hecho Jake. Era su melliza.

Eran unos pensamientos infantiles y los rechazó inmediatamente, pero notó un vacío interior por la sensación de

pérdida. La desesperación y el miedo por haber perdido definitivamente a su hermana llenaron ese vacío y repentinamente supo que no podía mantenerse al margen como había hecho la otra vez. Ella no era una persona que reclamara atención, pero sintió la necesidad urgente de volver a conectar con Jaicey.

—¿Te acuerdas de Marla Norris que vino hace un par de semanas? —le preguntó Jake.

Jaicey miró a Marla que se había mantenido un poco alejada para no agobiarla. Al menos, Jaicey esbozó una fugaz sonrisa y la saludó con un susurro, lo cual ya era mucho más que la otra vez.

—Hola —contestó Marla—. Pareces mucho mejor que la otra vez que vine —añadió al ver que Jaicey empezaba a mirar a Jake.

Jake le señaló una de las butacas para las visitas y él se sentó en la otra. Marla se sentó sin dejar de mirar a Jaicey a los ojos. Ésa podría ser una de sus pocas oportunidades y quería aprovecharla.

—Me gusta tu corte de pelo —siguió Marla intentando resultar simpática y desenfadada—. ¿Te lo ha hecho Coralee?

Al mencionar a Coralee, Marla quería demostrar que había estado lo suficientemente cerca de Jaicey como para saber quién le cortaba el pelo. Jaicey frunció el ceño por la curiosidad.

—¿Conoces a Coralee?

A Marla le emocionaba mantener aquélla con versación.

—Tú me la presentaste y ahora también me corta el pelo. Te lo ha cortado muy bien. Estás muy guapa con el pelo corto.

Jaicey la miró fijamente como si quisiera situarla, como si estuviera a punto de recordarla.

—Está muy corto. Me espanta —comentó Jaicey.

—Ya crecerá —replicó Marla con optimismo—. El pelo te crece muy deprisa. Marla estaba encantada de haber mantenido el interés de su hermana durante tanto tiempo, pero ese comentario sobre su pelo había sido excesivo y Jaicey miró a Jake.— Sin embargo, Marla no podía evitar la emoción de haber llegado hasta ese punto.

Hasta que Jaicey volvió a hablar con un hilo de voz.

—Estoy muy cansada, Jake. ¿Podrías llamar a la enfermera?

La sorpresa de Jake fue evidente, como lo fue la preocupación.

—¿Te sientes mal, querida?

—Cansada —contestó ella inmediatamente—. ¿Te importa?

Jake se levantó para llamar al timbre.

Marla estaba espantada por la sensación de haber sido demasiado abrumadora. Sentía una vergüenza horrible de pensar que Jaicey no quisiera estar más tiempo con Jake por ella. Tendría que haber tenido cuidado.

Jake apartó su butaca y la puso junto a la pared; Marla se levantó y esperó aturdida mientras Jake colocaba su butaca junto a la otra. Ella no creía que fuera capaz de despedirse con una voz normal, pero de alguna manera, lo consiguió.

—Siento que estés cansada, Jaicey, pero te vendrá bien descansar. Échate una siesta y recupérate.

Marla intentó sonreír cuando Jaicey dejó de mirarla, pero se sintió demasiado dolida. Se dio la vuelta y salió de la habitación. Una vez en el vestíbulo, se alejó unos metros para no caer en la tentación de escuchar a través de la puerta.

Había desaparecido, quizá para siempre, la naturalidad con la que Jaicey y ella se habían tratado hacía unos meses y tenía el corazón hecho añicos. Seguro que Jake tendría algo que decir sobre lo que había pasado y eso la aterraba. Ya no volvería a invitarla a visitar a Jaicey.

¿Por qué no se había quedado callada para ver por dónde llevaba Jaicey la conversación? Había empezado bien, pero luego se había excedido. ¿Qué se había creído? ¿Que una vez que consiguiera que Jaicey hablara con ella lo recordaría todo?

El remordimiento le resultaba asfixiante. Se disculparía con Jake por haberle estropeado la visita y le pediría que le transmitiera sus disculpas a Jaicey.

Una lágrima la cayó por la mejilla. Siempre había podido contener las lágrimas, pero esa vez los párpados no servían de nada ante la marea de lágrimas que le brotaba con cada latido del corazón. Hizo un esfuerzo sobrehumano, pero ya no le caían lágrimas. Sólo le quedaba volver con Jake, aguantar lo que le dijera y soportar el trayecto hasta su casa.

La enorme mano que se le pasó en el hombro la asustó. Ella se apartó mecánicamente y se volvió. El rostro curtido de Jake se endureció y la miró fijamente antes de suavizarse otra vez.

—No quería asustarte. Siento lo que ha pasado, Jaicey no recuerda mucho todavía.

Marla lo miró. La había pillado completamente desprevenida.

Ella había esperado que él hubiera caído sobre ella como un ángel vengador, pero no había podido imaginarse que se disculpara.

En ese momento notó los efectos de todo el día. Podría haber aguantado la ira de Jake. En realidad, la habría ayudado a disipar sus emociones. La aspereza de él le habría dolido, pero también habría podido aguantarla estoicamente.

Sin embargo, nunca había levantado unas defensas sólidas contra la amabilidad. La lamentación que se percibía en los ojos negros de Jake era tan sincera, que Marla empezó a notar que le flaqueaba el poco dominio de sí misma que le quedaba. Notó que otra lágrima le caía por la mejilla y se dio la vuelta para irse decididamente hacia el ascensor. ¿Desde cuándo era una llorona?

Jake la alcanzó y le rodeó la cintura con el brazo para frenarla. Se sentía perfectamente adaptada al cuerpo de él y el calor de ese cuerpo la debilitaba todavía más. Se abrió la puerta y los dos entraron en el ascensor vacío.

Marla, para parecer que podía dominarse, abrió el bolso y empezó a revolver dentro para buscar un pañuelo de papel. Lo encontró y se lo apretó con fuerza contra la boca mientras rezaba para poder contener las emociones que estaban a punto de desbordarse. Jake la apretó con más fuerza y ella lo notó demasiado cerca.

—Lo que ha pasado ha sido culpa mía. No tendría que haberte puesto en esa situación.

Él quería ser compasivo y cargar con todas las culpas, pero estaba empeorando las cosas Era irracional, pero sus bien intencionadas palabras no estaba ayudándola. Dejó escapar una risita histérica.

—Te agradecería… que dejaras de ser… amable…

—La amabilidad te hace llorar, ¿eh? —le preguntó él con tono ronco y el aliento contra la mejilla—. ¿Eres demasiado orgullosa para llorar o demasiado terca? ¿Por eso sueltas esas risitas?

Marla no pudo contener otro gorjeo por su amable regañina, pero la desesperación, consigo misma y por los comentarios cargados de razón de él, la ayudaron a salir de la situación.

—Se supone que tendrías que mirar hacia otro lado y fingir que no te has dado cuenta.

—¿Quieres que no haga caso a una mujer que está sufriendo?

Aunque ella no podía mirarlo a la cara para estar segura, notó compasión en el tono de voz de Jake y se lo confirmó el brazo que la rodeó. Se le escapó otra lágrima acompañada de una risita ridícula.

—Te agradecería que dejaras de ser tan galante —consiguió decir ella con un tono refunfuñón que lo sorprendió.

—Ahora estás enfadada conmigo porque he presenciado cómo te fallaba tu fría compostura.

Eso provocó otra risita y otra lágrima, pero esa vez consiguió dominarse sorbiéndose las lágrimas de una forma muy poco femenina antes de guardar el pañuelo completamente arrugado en el bolso.

El ascensor se paró en una de las plantas del hospital y se montaron otras personas. Se sintió aliviada y esperó que eso hiciera que Jake dejara de concentrarse en ella. Él se puso un poco más recto, pero no retiró el brazo. El ascensor bajó un piso y volvió a pararse. Ella pensó apartarse de él, pero le pareció que eso podía ser grosero y exagerado. Ya había demostrado demasiadas cosas a Jake y pensó que lo mejor sería seguir donde estaba.

La verdad era que le gustaba el bienestar de un cuerpo más grande y fuerte y la calidez que le daba a ella.

Luego pararon por última vez. Se montó tanta gente que ella tuvo que pasarle el brazo por el abdomen para que pudieran caber. El la estrechó más contra sí y Marla sintió un escalofrío de placer por toda la piel.

El contacto siguió hasta que llegaron a la planta baja y el ascensor se yació. Para entonces, su cuerpo ya se había rebelado contra su voluntad y estaba completamente relajada contra él. Cuando les tocó salir, Jake no soltó mucho el brazo y a ella le parecía como si no pudiera soltarse de su cintura.

Tendría que olvidarse de ser la amiga de Jake. Eran un hombre y una mujer que encajaban perfectamente y que salían del ascensor y cruzaban el vestíbulo como una pareja asentada que hacía eso continuamente. Marla estaba atónita de sentirse tan cómoda.

Se dio cuenta de que no se sentía nerviosa ni molesta. Le había desaparecido la desesperación que había sentido después de ver a Jaicey. Tenía que ponerse en guardia contra la maravillosa sensación de seguridad que le había dado el abrazo de Jake.

Aun así, no podía levantar una defensa. No sentía ninguna vergüenza por tenerlo agarrado de la cintura o porque él tuviera casi todo su cuerpo: en contacto con el de ella. Ella siempre había captado hasta el más mínimo contacto de los demás y casi siempre le habían disgustado, así que aquello tenía que ser un milagro. Sería un milagro, pero tenía que reunir la fuerza para rechazar ese milagro. Esa reflexión despertó en ella un brote de rebelión.

¿Por qué tenía que ser siempre tan independiente y temerosa? ¿Por qué no podía aceptarlo si remordimientos y sin hacerse ilusiones, sólo disfrutándolo mientras durara?

Siempre había estado desamparada, ése era el motivo. Además ese hombre ya estaba pidiéndole más de lo que ella debería haberle consentido. La idea de que ya no podría confiar en sí misma nunca más no le parecía tan mal como debería y se preguntó si había la más mínima oportunidad de encariñarse de un hombre y sentirse segura, de que, por una vez, se sintiera a salvo apoyándose un poco en otra persona.

Cuando llegara a su casa y Jake se hubiera ido, ella se atormentaría con los peligros que había conocido, pero ¿realmente se arriesgaba tanto? ¿Qué era una amistad entre un hombre y una mujer? En cualquier caso, eso era lo único posible.

Cuando llegaron a la camioneta, Marla estaba cansada de convencer a su corazón de que era amistad y de disuadirlo de algo más profundo. Si Jake hubiera sido cualquier otro hombre que ella hubiera conocido, lo habría conseguido inmediatamente.

La ayudó a montarse en el coche y las miradas se encontraron durante un buen rato, hasta que ella hizo un esfuerzo por mirar a otro lado. La intensidad de los ojos de Jake había hecho que ella se hubiera sentido más vulnerable a él, pero el brillo que captó era una mezcla arrebatadora de curiosidad, comprensión y atención masculina.

Él estaba entendiendo las cosas. No las cosas entre Jaicey y ella o el secreto que compartían, pero estaba entendiéndola a ella. Le sorprendía que una parte mínima de sí misma quisiera que él supiera todo sobre ella. Sin embargo, eso la asustaba, le aterraba que el hombre que admiraba y le atraía tan profundamente llegara a conocerla y luego la rechazara.

Pasó a pensar en Jaicey. Tenía que saber por qué Jaicey era tan

recelosa con ella y concentrarse en eso la alivió. No podía darse por vencida, no podía permitir que le arrebataran a otra persona que amaba. Ya no era una chiquilla impotente a merced de los demás. Podía luchar por Jaicey.

Ya quedaba poco para que llegaran a su apartamento y que Jake se fuera a su casa, al menos eso esperaba.

—Cuando salí de la habitación ¿dijo Jaicey por qué la perturbé? —le preguntó a Jake cuando para ron en un semáforo en rojo.

—No asimila bien la pérdida de memoria y no está preparada para soportarla. —Jake la miró a los ojos—. Espero que seas indulgente con ella. En cuanto saliste, se encontró fatal y lo dijo.

Jake pasó la mano por la espalda de Marla.

—Dale un poco de tiempo. Es curiosa por naturaleza. Cuando se sienta mejor, querrá saberlo todo sobre ti, si es que no lo ha recordado todavía.

Jake la agarró tranquilizadoramente de la mano y ella no pudo evitar una oleada de sentimientos hacia él. Tenía el corazón en un puño. La tranquilidad que le transmitía combinada con el tono grave y sexy de su voz eran casi insoportables. Se soltó la mano y empezó a rebuscar en el bolso como si tuviera que encontrar algo en ese instante.

—Los… gatitos… —balbució ella—. Me había olvidado. Estarán muertos de hambre.

La voz le había temblado, pero el semáforo se puso en verde y él arrancó como si no se hubiera dado cuenta. Él miraba al frente, no a ella, y eso la relajó un poco.

Marla tenía las llaves en la mano, preparada para bajarse de la camioneta en cuanto llegaran a su edificio. Jake se iría a su casa y ella podría ocuparse de los gatos y reponerse del día. Por primera vez, se dio cuenta de lo agradable que era tener a alguien en casa. Tenía un par de seres a los que cuidar, un par de criaturas inofensivas que la harían compañía y si eran como otros gatitos que había conocido, la entretendrían y llenarían algunos espacios vacíos de su vida. Amarlos no era peligroso.

Naturalmente, no podían sustituir a Jaicey, nadie podía, pero la distraerían de sí misma y de los problemas con su hermana. También la distraerían de sus sentimientos, cada vez más intensos, hacia Jake.

Capítulo 9

Jake dio a entender que no estaba preparado para dar por terminado el día que habían pasado juntos y Marla intentó no sentirse halagada. Le pidió ir a ver qué tal estaban los gatitos y ella no pudo negarse después de todo lo que había hecho por los gatos y por ella. La verdad era que a ella le había gustado verlo con los gatitos. Eso le había enmendado algo y no le importaba volver a verlo.

Después de darles de comer, Jake los dejó en la moqueta con una pelota. Marla se fue a la cocina para lavar los platos y Jake se quedó dando patadas a la pelota para que los gatitos la siguieran. Estaban haciéndose más atrevidos y Marla se alegró. Cuando volvió a la sala, Jake dio una patada a la pelota y los gatos salieron detrás. Marla se quedó parada porque iban hacia ella. Cuando la alcanzaron, Jake se acercó para recogerla. Los gatitos se quedaron mirándolo con expectación.

—¿Estás pensado los nombres? —le preguntó Jake.

—No he tenido mucho tiempo…

—Los gatos aprenden sus nombres bastante de prisa. Naturalmente, fingirán no saberlo cuando les convenga. Ése es uno de los inconvenientes de los gatos.

Marla los miró correr detrás de la pelota e intentar morderla cuando se paró.

—Cuando ves esas caritas tan encantadoras, resulta imposible pensar que puedan ser un inconveniente —replicó ella sinceramente.

Jake se rió y la miró. Los dos estaban de pie en medio de la sala. Marla intentó no retroceder cuando él le tomó las manos entre las suyas.

—Ya me lo dirás dentro de unos meses —insistió él mientras la miraba con un brillo en los ojos—. Ellos te querrán, aunque de vez en cuando sean veleidosos y melindrosos. No lo demostrarán tan constantemente como un perro.

A ella le conmovió que Jake pensara que los gatitos la querrían. Aunque quizá estuviera hablando de los gatos y sus dueños en general y ella se lo hubiera tomado como algo personal. Aunque era difícil no tomárselo así cuando estaba agarrándole las manos y acariciándoselas con los pulgares.

—Son demasiado orgullosos como para ser de pendientes —añadió Jake.

Ella supo que no se refería a los gatos en general sino que había comprendido que a ella le espantaba ser dependiente y demostrarlo. No era extraño después de visitar a Jaicey y que ella se molestara.

—Eso no es un defecto.

Jake sonrió lentamente.

—Eres como una gata. Orgullosa e independiente. Tan pronto eres delicada y vulnerable como distante e inaccesible.

Su mirada irradiaba interés masculino. Marla notó que él apretaba un poco las manos y miró hacia otro lado para disimular el temor y la excitación que se apoderaban de ella.

—¿Quieres un café? —preguntó ella con cierta tensión.

—No, gracias, no quiero más café por el momento, Marlie —contestó él entre risas, como si ella hubiera demostrado lo que él acababa de decir—. No te importará que te llame Marlie de vez en cuando, ¿verdad?

—Me parece bien —la respuesta de Marla fue casi un hilo de voz.

Un extraño magnetismo hizo que ella volviera a mirarlo a los ojos. La sonrisa de Jake se tomó más seductora y el ambiente se cargó de tensión. Iba a besarla. Él se inclinó y ella lo miró absorta e incrédula mientras Jake cerraba los ojos instantes antes de que sus labios rozaran delicadamente los de ella. Ella parpadeó presa del pánico y luego también cerró los ojos.

Fue un beso afectuoso y persuasivo. Fuera lo que fuese lo que

ella se había imaginado, no tenía nada que ver con aquel beso cálido, firme y acariciador. Él le soltó las manos y la abrazó sin separar los labios. Ella pensó que todavía estaba a tiempo de apartarse, pero en ese momento los labios de Jake se apretaron ardientemente contra los de ella y la estrechó contra sí con tal fuerza que Marla pudo notar los latidos de los dos corazones.

Las manos de Marla no podían ir a otro sitio que al pecho de él, luego a los hombros y, lenta mente, a medida que él profundizaba el beso, a rodearle el cuello. Su destreza masculina y el deseo intensificaron el poder de su delicado e implacable avance y Marla sólo pudo esperar salir viva del torbellino de sensualidad que se había apoderado de ella.

Las piernas le flaquearon en cuanto cambió el beso y aunque intentó agarrarse a él, tenía todo el cuerpo tan fláccido que los brazos tampoco la sujetaban. La cabeza le daba vueltas. Estaba tan dominada por el deseo y el placer del beso, que no podía pensar.

El beso parecía no tener fin y ella lo anhelaba. La sensación de estar devorando al mismo tiempo que la devoraban alcanzó un punto febril justo antes de que el beso terminara abruptamente. Abrió los ojos de golpe y la bocanada de aire que tomó le devolvió suficiente juicio como para darse cuenta de que Jake intentaba tomar aire y de que su enorme cuerpo temblaba de los pies a la cabeza.

Por primera vez en su vida, Marla se sintió pode rosa, con una confianza femenina que nunca había notado en sí misma. Jake la había besado y estaba sin aliento. Jake Craddock, el tipo rudo, estaba temblando entre sus brazos como uno de los gatitos.

Le daba igual que a ella también le faltara el aliento y estuviera temblando tanto como él. Nunca había sentido lo que era el verdadero deseo hasta que el beso de él lo había despertado en ella. Ella sabía que para él no era una sensación nueva, pero era un halago que lo sintiera en ese momento.

¡Que lo sintiera por ella! Él había conseguido que se sintiera la mujer más poderosa y deseable del mundo. Aunque sabía que él podía conseguir que cualquier mujer se Sintiera sí, en ese preciso momento, ella era esa mujer. Ella era la mujer que merecía su atención, la mujer que él había besado. Tenía el corazón desbocado, pero el cerebro intentaba devolverla a la realidad o, al menos, que

se acercara a la realidad.

Sin embargo, ella no quería la realidad, deseaba a Jake. El cuerpo fue asentándose y eso hizo posible que el cerebro recuperara el sentido común.

Al principio no lo consiguió del todo. Marla pensaba que Jake habría besado a un montón de mujeres. Al fin y al cabo, un hombre como él podría tener a cualquier mujer que quisiera y, que ella supiera, en ese momento no estaba con ninguna…

El corazón se aceleró al pensarlo hasta que la cruda realidad empezó a empañar el disparatado arrebato de emoción: nunca nadie había mantenido ningún compromiso con ella.

Sintió como si el corazón se le parara ante ese brutal recordatorio. Tenía trece años cuando empezó a creer que no era de las personas que los de más conservaban. Fue entonces cuando renunció a ser alguien indispensable y aprendió a confiar sólo en sí misma.

Cuando Jake la había conocido lo bastante como para compararla con un gato, también podría haberla conocido lo bastante como para saber que era una persona con la que no tenía que comprometerse. Seguramente habría considerado que su in dependencia era una suerte para él, entonces ¿por qué no iba a besarla?

Sintió un escalofrío. Ella nunca había elegido perder a la gente, siempre se lo habían impuesto. Fuera cual fuera el motivo para que Jake hubiera pasado el día con ella y lo que había conseguido que ella sintiera, tenía que tener presente que aquello no era permanente. Seguramente, Jake lo sabría mejor que ella.

Por eso él podía besarla como si no hubiera un día siguiente. Efectivamente, no habría un día siguiente. Él lo sabría muy bien porque sería la persona encargada de que fuera así.

El escalofrío se hizo más profundo y Marla hizo un gesto de inquietud que hizo que Jake levantara la cabeza. La miraba de otra manera. Unos segundos antes, ella se habría sentido halagada. Tenía los ojos rebosantes de deseo y la miraba como si fuera a besarla otra vez. Ella se devanó los sesos para evitar otro beso y se acordó de los gatitos.

Marla se apartó un poco y miró por el suelo—. Los gatitos…

A Marla le espantó que la voz le saliera tan temblorosa como se

sentía, pero Jake la soltó y ella se separó. Los gatitos no estaban a la vista y ella se alegró de que le hubieran dado la excusa para escapar de Jake y quizá tuvieran que dedicar tanto tiempo a buscarlos que se terminaría lo que él había empezado.

Empezó a buscarlos por la sala mientras notaba la mirada de Jake clavada en ella. ¿Sabría él que estaba usando a los gatitos para enfriar la situación o pensaría que estaba siendo responsable? Sin embargo, él tenía vanidad masculina. Era posible que se ofendiera porque ella había pensado en los gatos después de ese beso demoledor.

Prefería la última posibilidad. Si Jake pensaba que ella podía alejarse de él después de un beso así, eso salvaría algo del orgullo de ella, sobre todo cuando él había estado a punto de darle otro beso. Los gatos no estaban en la sala ni en la cocina y eso era motivo suficiente para devolverla a la realidad. ¿Dónde se habían metido?

Oyó los pasos de Jake detrás de ella cuando entró en el cuarto de baño. Tampoco los encontró allí y se asustó al darse cuenta de que podrían haber entrado en el cuarto de costura. Esa habitación es taba llena de cosas que podían herirlos Había agujas o trozos de hilo que podían tragarse.

Entró precipitadamente y encendió la luz para buscar en todos los rincones. También se dio cuenta de que Jake había ido al dormitorio y había encendido la luz, aunque no había entrado.

—¡Están aquí! —exclamó él.

Ella fue corriendo. Ante su sorpresa, Jake se comportaba como si el dormitorio estuviera vedado para él. A ella le complació que él pensara que no estaba autorizado a entrar, ni siquiera por los gatitos.

—En cuanto encendí la luz, corrieron como cucarachas —comentó él entre risas—. Uno se ha metido en el armario. ¿Quieres que vaya por el otro?

—Sí, adelante.

Marla sólo pensaba en ir por el gatito que estaba en el armario, de no ser así, se habría acordado de la foto enmarcada de Jaicey y ella.

El más pequeño, la hembra, se había metido en un zapato y la miraba juguetonamente. Marla se rió, agarró el zapato con la gatita

y se dio la vuelta para enseñárselo a Jake.

Jake estaba junto al tocador con el otro gato en brazos. La miraba con gesto serio, pero ella le mostró el zapato.

Entonces se acordó de que había dejado la foto en el suelo apoyada contra el costado del tocador. La buscó inmediatamente con la mirada y la vio de cara al tocador y en el lado contrario a donde estaba Jake, no podía haberla visto.

—¿No te parece un encanto? —preguntó ella una vez repuesta del susto.

—Sí. Tienes una risa preciosa, Marlie —dije él escuetamente—. Acabo de darme cuenta de que no la había oído nunca, al menos tan animada. Estás muy guapa cuando te ríes.

Marla bajó la mirada para sacar al gatito del zapato y para no dejarse seducir por un halago tan desmesurado. Se acordó del beso. Quizá la forma de responder de ella le hubiera dado alas para in tentarlo otra vez. Era un hombre experimentado y de sangre ardiente y ella no podía pasar por alto que estaban en el dormitorio.

Sin embargo, eso no significaría nada para él. Duraría lo que durase y luego él se marcharía. Aunque no se marchara directamente, se marcharía antes o después. Ella no lo superaría. Reunió todo el equilibrio mental que le quedaba.

—Buen intento vaquero.

El esbozó una sonrisa irresistible.

—Pero no estaba intentando seducirte, todavía.

Marla se estremeció profundamente. Volvió a sentir la misma debilidad que cuando la besó. Se dio la vuelta con toda la naturalidad que pudo y guardó el zapato en el armario. Luego, salió hacia la sala y Jake la siguió con un paso calmoso.

—Estás muy guapa cuando te ríes —insistió él—. Reconozco que decirlo en este momento puede parecer sospechoso, dado el sitio donde estábamos, pero es verdad.

Llegaron a la sala, Marla dejó al gatito en la moqueta y Jake hizo lo mismo. Marla se agarró las manos por delante con la esperanza de que él se mantuviera alejado. Ella se había colocado cerca de la puerta. Todavía podía notar esa atracción maravillosa y aterradora entre ellos y le atormentaba exponerse mucho tiempo a ella.

—Estás muy guapa siempre, Marlie, pero cuando te ríes de esa

forma, cambias por completo. Te desaparecen las sombras y los ojos te resplandecen.

Ella se sonrojó y estuvo a punto de soltar una risita de timidez.

—Te agradezco el halago, pero, si no te importa, ha sido un día muy largo.

—Efectivamente —concedió él con la misma son risa seductora que la volvía loca cada vez que la veía.

Marla se sintió aliviada cuando Jake agarró el sombrero que había dejado en la mesilla de la entrada, pero él no se movió.

—¿Quieres que pase a recogerte por la mañana y te lleve al rancho a pasar el día? Podrías traerte a los gatitos y que se quedaran en la casa para darlos de comer y que no se sientan abandonados.

A Marla le dio un vuelco el corazón. Jaicey se guía en el hospital, de modo que esa invitación era una idea de Jake. Además, a juzgar por su mirada, era algo que deseaba mucho.

Era difícil no tomársela en serio, muy difícil, pero tenía que hacerlo. Ella nunca olvidaría aquel beso y tampoco olvidaría cómo se había sentido gracias a Jake, sobre todo ese día. No podía pasar otro día a solas con él.

Si lo hacía, él esperaría saber más cosas de ella en el futuro y tendría razón. Al fin y al cabo, cuando un hombre y una mujer salían juntos, se suponía que se contaban sus vidas y algunas confidencias, pero ella no podía contar muchas cosas. Había cosas que no había contado ni siquiera a Jaicey porque lo poco de lo que le había hablado la había trastornado y había hecho que Jaicey se sintiera culpable por lo bien que le había ido todo.

No podía pasar más tiempo con Jake, sobre todo, después del beso, pero su corazón se resistía a aceptarlo. La verdad era que pasar un día en el rancho no quería decir que él quisiera casarse con ella. Era una invitación a pasar un día agradable. Tampoco tenía que contar todos los detalles de su vida para disfrutar un poco, quizá para darse algunos besos y divertirse otra vez en el rancho.

Recordó el secreto de Jaicey, pero su corazón le insistió en que ese secreto era de ella, tenía que mantenerlo, que ella tenía que desvelarlo… que ella tendría que recordarlo.

Sin embargo, el sentido común le recordó todos los motivos para acabar con aquello, hasta que los nervios se le erizaron por la

tensión de querer estar con Jake y saber que no debía hacerlo.

Pasaron unos instantes de dudas. Marla no podía pensar con claridad, se debatía entre la idea de no poder rechazarlo repentinamente y la idea de que si dejaba que las cosas fueran más lejos podría ser peligroso.

La cordura ganó la partida y abrió la boca para disculparse, pero…

—Me encantaría —dijo ella para su propia sorpresa.

Marla necesitó ver otra de las seductoras sonrisas de Jake para comprender que no lo había re chazado, pero no sintió la sensación de alegría que había esperado.

—¿A qué hora? —le preguntó él—. ¿Las siete es demasiado pronto?

Marla se dio cuenta de que un día en el rancho con él podría ser muy largo si empezaba a las siete.

—¿Te importa que vaya en mi coche? Hace tiempo que quiero salir a la autopista con mi coche.

Jake lo aceptó, pero ella pudo captar un brillo de curiosidad vigilante en los ojos de él.

—Puedes hacer lo que quieras. Espero que puedas pasar el día, pero puedes ir como quieras y marcharte cuando quieras.

Marla se sintió un poco avergonzada y con remordimientos.

—¿No te ofenderá?

Él volvió a sonreír con una sonrisa amable que indicaba más cierta guasa que ofensa.

—Te preocupas demasiado, querida. Hasta mañana —a las siete, como quiera que vayas—. Avísame si quieres que pase a recogerte y no te olvides de los gatitos.

—¿Estás seguro de que no será mejor que se queden aquí con abundante comida? El lunes volveré a pasar todo el día trabajando.

—Estarán bien de cualquier manera.

—Muy bien.

Para alivio de Marla, Jake se dio la vuelta y abrió la puerta.

—Gracias por la invitación —dijo ella mientras él se volvía para mirarla—. Y gracias por todo lo que has hecho hoy.

—Ha sido un placer. —Jake esbozó una sonrisa—. Buenas noches.

La puerta se cerró y Marla se llevó las manos a las ardientes

mejillas. Había traspasado una línea muy personal y aunque sentía cierto pánico, había algo en el día que había pasado y en la idea de ir al rancho que le parecía bien. Era como si hubiera captado el indicio de algo maravilloso, algo tan embriagador que tenía que verlo con más detenimiento.

¿Era Jake o era que se había dado cuenta de que se sentía un poco más libre? Ese día había pasado algo que la había cambiado, que la había hecho un poco más valiente, un poco más segura de sí misma.

Quizá por eso no había podido rechazarlo. Quizá quisiera comprobar adónde la llevaría ese cambio o encontrar la forma de ampliarlo.

Quizá se encontrara más valiente o más segura de sí misma porque Jake parecía haber entendido sus rarezas, entre otras, la de tener que llevar su coche para estar segura de que tenía una escapatoria. Parecía como si ese día hubiera comprendido muchas cosas de ella, pero cuando lo meditó, se dio cuenta de que no la sorprendía.

Jake era el hermano que Jaicey idolatraba, por lo que tenía que estar por encima de otros hombres y tenía que ser sensible a los sentimientos de las mujeres. Jaicey rebosaba sentimientos y eso le habría dado mucha experiencia a Jake.

Él había sido tan sensible que se había dado cuenta de lo alterada que había estado por la mañana y en el hospital. Cuando ella lo agarró del brazo en la zanja, él vio el terror en los ojos de ella, pero no tuvo una deferencia especial. Ella se dio cuenta de que confiaba más en él porque no había demostrado lástima, porque la lástima que mostraban los hombres nunca era sincera. Jake había sido resolutivo, había encontrado a los gatitos, había buscado por si había más y le había dado una lección, porque a pesar de las bravatas masculinas, le había demostrado que él no era un peligro ni para ella ni para los gatitos.

Después de que ella visitara a Jaicey esa tarde, él también se dio cuenta de su disgusto y a juzgar por las cosas que dijo, la entendía perfectamente. El recuerdo del consuelo que le dio fue como una oleada de calidez por todo su cuerpo.

Ese día, Jake había adivinado muchas cosas de ella y seguramente también había adivinado por qué recelaba tanto de los

demás y era tan reservada. Que él quisiera volver a verla hacía que casi se olvidara de todos sus temores.

Si ella se equivocaba sobre él, no pasaba nada. Su orgullo ya se había visto maltrecho y sus sentimientos dañados. La habían desilusionado muchas veces y había sido capaz de superarlo. Comprendió claramente que prefería arriesgarse con Jake y equivocarse a perder la ocasión de que fuera el hombre que le diera una oportunidad.

Notó un tirón en la punta del pie y al mirar vio a la gatita que jugaba con la tira de la sandalia mientras el gatito mordisqueaba la cola de su hermana.

Marla sonrió y se agachó para recogerlos. Ellos maullaron como si no quisieran que los tomara en brazos y ella los llevó al sofá para jugar con el cordel y las plumas hasta que el gatito se fue a explorar entre los almohadones y la gatita lo siguió.

Marla se quedó pensando en la excursión al rancho que había planeado Jaicey. El accidente tiró por tierra los planes, pero Marla pensó en que a lo mejor encontraba una punta de flecha y un puma para seguirlo.

Al cabo de unos minutos, los gatitos se subieron a su regazo y se quedaron allí. Ella se dio cuenta de la suerte que había sido encontrar unos amigos que la necesitaran y que no se planteaban quién era ella siempre que fuera buena con ellos.

Marla los tomó en brazos y les dio un beso en la cabeza. Ellos se encogieron como si tuvieran miedo de que fuera a comérselos. Marla sonrió.

—Siempre estaréis a salvo. Ya no pasaréis ni hambre ni frío ni miedo, os lo prometo.

Marla los acurrucó contra ella y se dio cuenta de que estaba contenta y emocionada por volver a ver a Jake al día siguiente. Agarró el mando a distancia de la televisión y la encendió para ver qué tiempo haría.

Capítulo 10

Jake, mientras volvía al rancho, se dio cuenta de que era la segunda vez que Marla terminaba abruptamente una visita suya y le hizo gracia. La noche del accidente, ella le apremió para que se fuera porque él la había agarrado de la mano y ella había temido que fuera a besarla. Esa noche, ella tardó algo más en dar por terminada la velada, pero dejó muy claro que él tenía que irse.

Evidentemente, el beso la había turbado, lo cual le parecía muy bien porque también le había turbado a él. Nunca lo olvidaría. La reacción de ella no había sido de rechazo y no había sido porque ella tuviera mucha experiencia, cosa que él había notado que no tenía.

La mayoría de los hombres se apocaban ante una mujer tan distante y complicada como ella, por lo que era probable que nunca la hubieran besado de aquella manera. Además, era tan reservada y con que estaba seguro de que muchos hombres ni siquiera lo hubieran intentado.

Era del tipo de mujeres con tas que no se tonteaba si no querías algo serio, pero eso no le preocupaba a él. Más aún, la idea le parecía atractiva. Ella le había atraído desde que la vio y notó la afinidad al instante. Eso había aumentado sus dudas sobre su repentina amistad con Jaicey, pero ya había cambiado de opinión.

Marlie era delicada y reservada, pero muy capaz de defenderse sola. A él le gustaba que no fuera superficial. Había intentado rescatar a un par de gatitos porque no podía dejarlos abandonados a su suerte. Luego, se había negado a que los separaran y se había

gastado un montón de dinero para que los viera un veterinario y otro montón en la tienda para animales en muchas, más cosas de las estrictamente necesarias. Tenía un corazón bueno y generoso.

También se negó a que le pagara. Que no quisiera aprovecharse, ni siquiera en una cantidad que para él era casi insignificante, dejaba muy claro que no le importaba el dinero que tuvieran los Craddock, ella no se consideraba con derecho a recibir nada de ese dinero.

Además, trataba a los gatitos como si fueran tan frágiles como mariposas. Era muy fácil darse cuenta de que estarían a salvo con ella, que cual quiera que se sintiera desvalido estaría a salvo con ella, lo cual decía mucho a su favor. Eso le recordó el contacto de sus elegantes manos y notó que se le despertaba el deseo. Era una mujer que captaba la atención con cada movimiento suyo. Estuvo pensando en eso durante unos kilómetros hasta que empezó a pensar en el misterio que había notado al principio.

Él no sabía nada de la familia que Jaicey y ella habían dicho que vivía por allí, pero empezaba a sospechar que en la vida de Marla había algo triste. Tenía que haber algún motivo para que ella fuera tan cautelosa con la gente y estuviera siempre a la defensiva.

A ella no le gustaba demostrar sus sentimientos, aunque hubiera motivos para hacerlo, como esa tarde en el hospital, cuando ella hizo lo indecible para no llorar delante de él. Ese rechazo a mostrar los sentimientos a veces era un síntoma de que había sufrido algún tipo de maltratos durante la infancia o de que la habían reprendido insistente y rígidamente por hacerlo.

Eso le recordó la escena de la zanja, cuando él se enfureció y ella se espantó porque podía hacerle daño a los gatitos. Lo había dejado impresionado. Lo había agarrado del brazo como si estuviera dispuesta a sacarlo a la carretera para proteger a los gatitos de él. No le habría importado que eso fuera imposible por la diferencia de tamaños; ella lo habría intentado con toda su alma.

Él se había enfurecido porque ella se había metido en una situación verdaderamente peligrosa, pero jamás habría hecho nada a unos animales tan pequeños. Se había sentido muy ofendido, hasta que vio la mirada de terror en sus ojos y comprendió que era un miedo sincero.

Lo había impresionado profundamente y más todavía con el

paso del tiempo. Marlie tenía secretos. Quizá fueran secretos dolorosos y su orgullo no le permitía sacarlos a la luz. Si la habían maltratado, también podían ser secretos que la avergonzaban. Era orgullosa por encima de todo, pero era un tipo de orgullo que detestaba mostrar debilidad. Normalmente, también había un motivo para eso.

Sin embargo, durante ese día, había bajado algunas de sus defensas. Lo que más le gustó fue cuando se rió al ver al gatito en el zapato. Por unos instantes, le pareció vislumbrar un aspecto despreocupado que no mostraba mucho por falta de estímulos.

De repente, él sintió ganas de estimular ese aspecto de ella dado a la diversión, de que se riera y ahuyentara los fantasmas. Ninguna mujer le había inspirado algo parecido y le hizo reflexionar. Pensó en qué podría divertirla al día siguiente y empezó a hacer planes.

Judd oyó que su hijo entraba por la puerta trasera y que cruzaba el vestíbulo hacia su despacho. Cerró el gastado álbum de fotos, lo guardó en un portafolios de cuero que había detrás de la mesa y se dejó caer contra el respaldo de la butaca justo cuando Jake entraba.

—¿Dónde está la señorita Connie esta noche? —preguntó Jake.

—Ha salido con las amigas. ¿Cómo es que no estás quemando la ciudad?

—Ya la he quemado por hoy —contestó Jake con una sonrisa mal disimulada.

—A mí me parece que la señorita Marla no es de las que queman la ciudad —replicó Judd—. Me han contado que los dos habéis pasado a visitar a Jaicey.

—Efectivamente. No estuvimos mucho tiempo.

—También me han contado eso. A lo mejor quieres sentarte un rato…

Jake obedeció y se sentó en el extremó del sofá que estaba más cerca de la mesa. Cuando estiró las piernas, sus botas toparon contra la cartera que habían sacado del coche accidentado de Jaicey.

El día anterior, Jaicey les había preguntado por las cosas que había en el coche y le había pedido a su padre que le llevara cualquier cosa que él pensara que ella debía ver antes de volver a casa. Cuando Judd le habló de la cartera, ella se sorprendió. No se le ocurrió ningún motivo para que estuviera en el coche.

Jake señaló la cartera con la cabeza.

—Veo que la has abierto.

—Casi he tenido que utilizar una sierra —comentó Judd sin decir nada sobre lo que había visto dentro.

—¿Qué más has hecho hoy? —le preguntó Jake que tampoco estaba muy interesado en el contenido de la cartera.

—Un poco de todo. ¿Qué más sabes de la señorita Marla?

Jake sonrió ante el cambio de tema. Su padre no disimulaba cuando quería enterarse de algo.

—No mucho por el momento. Ya sabes que no habla mucho de sí misma. Me recuerda a la abuela Luz, también le encanta coser. Ya te conté que ella había hecho el oso de peluche para Jaicey. Seguramente le gustaría ver las cosas de la abuela que hay en el desván y las colchas que donó al museo del condado.

Judd arqueó las cejas.

—Me parece que has pasado mucho tiempo con ella. Casi nunca hablas tanto de una mujer. ¿Cómo ha sido eso? No comentaste nada en el desayuno…

Jake ya estaba acostumbrado a los interrogatorios de su padre sobre las mujeres con las que salía. Realmente, Jake no salía con Marla, aunque esperaba hacerlo.

—Nos cruzamos esta mañana y una cosa llevó a la otra, hasta ahora.

—¿Te ha dicho algo de que es adoptada?

A Jake le costó asimilar lo que había oído.

—¿Adoptada?

—Ya veo que no te lo ha dicho. ¿Has sabido algo de la familia que según Jaicey vivía por aquí?

—No sé nada. Ninguno de los Norris de la zona la conocen.

Jake se puso cauteloso. Las preguntas de su padre eran implacables y cargadas de intención. ¿Por qué su padre creía que Marla era adoptada?

—Me parece que todavía tienes que saber muchas cosas de ella —comentó Judd con la franqueza de un hombre que se limitaba a charlar tranquilamente—. A juzgar por la cara que tenías cuando has entrado, yo diría que te ha impresionado bastante, ¿no?

—Por el momento, sí —evidentemente, su padre quería saber cosas de una mujer que le interesaba—. La he invitado a venir

mañana, ¿te importa?

—En absoluto. Es posible que te la robe un rato.

—¿Qué dices?

—¿Por qué no? Ha conseguido hacerse amiga de Jaicey y la has echado el ojo.

—Ya la has visto otras veces.

—Sí, y me cayó muy bien —concluyó Judd. Jake no dio importancia a que su padre hablara en pasado. Judd giró la butaca, se agachó un poco y se levantó con el portafolios de cuero en la mano.

—Es hora de que me acueste. —Judd rodeé la mesa y se dirigió hacia la puerta—. Buenas noches, hijo.

Jake lo miró marcharse.

—Buenas noches.

Jake se quedó un rato levantado y preguntándose qué pasaba por la cabeza de su padre. Había algo, pero era una pérdida de tiempo preguntárselo. Judd sólo hablaría cuando él quisiera. Jake sonrió por ese rasgo tan familiar. Luego, se levantó y recogió la cartera de Jaicey. Estaba vacía, pero la cerró lo mejor que pudo y la dejó sobre la mesilla que había en el rincón de la habitación.

No había dado mucha importancia a que su padre le preguntara si Marla le había dicho que era adoptada. Quizá Judd se hubiera preguntado qué podía tener en común con Jaicey para que se hicieran tan amigas. Él también se lo había preguntado, pero no había pensado en la adopción.

Jake apagó las luces de la casa y se acostó.

* * *

Marla llegó al rancho justo antes de las siete de la mañana y aparcó en una zona sombría delante de la casa. Llevaba unos vaqueros y una camisa azul de manga larga. Calzaba unas botas, aunque también había llevado unas sandalias y unas zapatillas de deporte.

También llevaba sombrero texano, no estaba tan acostumbrada a llevarlo a todos lados como Jaicey y otras mujeres de la zona, pero ella era de ciudad. Todo el mundo sabía que lo era y habría sido

pretencioso usarlo si no era porque iba a estar al aire libre.

Por encima de todo, Marla estaba emocionada de estar allí y por el día que iba a pasar. Aunque ya hacía calor, estar en el rancho tenía algo de refrescante. El tamaño de todo era intimidante, pero a ella le gustaba. El tamaño de Chicago también era abrumador, pero a ella ya no la atraía.

Allí, tenía una sensación maravillosa de libertad y lo sentía especialmente por la mañana. Le gustaba oír el canto de los pájaros y verlos bañarse en el estanque mientras se dirigía a la puerta de la casa. Le gustaba respirar el aire puro, aunque oliera a cuadra. Sobre todo, le gustaba el olor a heno y cuero.

Estar allí le levantaba el ánimo. Lo único que lo estropeaba un poco era que Jaicey no estuviera. Y el secreto. Aunque le parecía una deslealtad, la noche anterior Marla se había planteado si tendría la oportunidad de darle alguna pista a Jake. Había pensado que si se daba la ocasión propicia, podría decir algunas cosas de sí misma para que Jake se las dijera a Jaicey. No revelaría el secreto propiamente dicho, pero era posible que eso estimulara la memoria de Jaicey y que ella contara a Jake lo que había hecho y quién era su hermana. Luego, los dos podrían decidir cuándo y cómo decírselo a su padre.

Por fin no habría secretos entre Jake y ella. La noche anterior, Marla se había dado cuenta de que si Jake supiera el secreto de Jaicey y lo aceptaba, ella se sentiría mucho mejor sobre lo que pudiera haber entre ellos.

Efectivamente, era egoísta pensar sólo en ella, pero también estaba teniendo en cuenta lo que pensaría Jake sobre pasar más tiempo juntos cuando se enterara de que le había ocultado algo tan importante Ella no era la única que tenía orgullo.

Además, en ese momento tenía alguna confianza en sí misma. Él no la había rechazado por el asunto de la zanja ni porque ella se disgustara en el hospital. El había alargado el día como no lo había hecho nunca. Ella le había dado varias oportunidades para que se marchara, pero él no lo hizo. Al contrario, la había besado. Luego, le dio a entender que un día juntos no había sido suficiente para él.

Jake hizo que se sintiera como si ella le importara y cuando él se fue del apartamento, Marla se dio cuenta de que era una sensación completa mente nueva. Su impresión de sí misma y del mundo era

algo más optimista y podía ver algunas cosas desde otro punto de vista. Ella no creía que Jake supiera lo que había conseguido, pero eso no importaba para el resultado.

Cuando Marla se había levantado esa mañana, se dio cuenta de que había sido tonta por no haber esperado algo más de la vida, tonta por haber tenido miedo de que le destrozaran el corazón. ¿Qué había peor que mantener las distancias con todo el mundo y creer que nadie la querría lo suficiente como para que formara parte de su vida? ¿Cómo podía haberlo sabido si casi nunca había dado esa oportunidad a alguien?

Estaba deseando que ese día fuera una oportunidad y no estaba tan temerosa como se había imaginado. El día anterior se había dado cuenta de que no podía darse por vencida con Jaicey, ese día se daba cuenta de que no podía darse por vencida consigo misma.

Pasara lo que pasara, lo asimilaría. Si salía escaldada, no pasaba nada. Todos los días se rompían miles de corazones. ¿Qué tenía el suyo de frágil para que quisiera protegerlo tanto?

El día anterior se había acordado de Tommy. Habían vivido una pesadilla cuando estuvieron juntos en adopción, pero un día ella reunió valor para llevárselo de aquella casa, montarlo en un autobús y llevarlo al hospital. Ella tenía diez años y él dos y ambos tenían suficientes moretones y señales como para demostrar los malos tratos.

Aquello dio por finalizada la estancia con aquella pareja. A ella no le fue mucho mejor en la siguiente casa, pero a Tommy lo mandaron con un clérigo y su mujer que luego lo adoptaron. Lo había conseguido porque hizo frente al miedo y se atrevió a hacer algo que los salvó. Por eso tuvo aquel recuerdo de Tommy cuando estaba en la zanja. No sólo porque la situación hubiera desencadenado sus recuerdos y ella hubiera confundido la furia de Jake con la de un monstruo, sino porque había algo más en ella misma que su corazón quería desvelar, algo bueno.

Había tenido más valor a los diez años del que tenía ahora, aquello había terminado. Era un día nuevo y ella haría todo lo posible para mantenerlo tan lleno de esperanzas como estaba en ese momento.

Marla se paró justo antes de llegar a la puerta de la enorme casa del rancho y se dio la vuelta para mirar la extensión de tierra que

había hasta la autopista. Aspiró el aire del campo y se sintió rebosante de vida y energía.

Se abrió la puerta y se volvió para encontrarse con Judd que estaba saliendo. Él la agarró de la mano y se acercó para darle un abrazo. Marla notó la fuerza de su cuerpo y cuando se apartó, se dio más cuenta que nunca de lo mucho que Jake se parecía a su padre. Judd era más delgado, pero también era muy fuerte. Era difícil imaginarse que tu viera problemas de salud.

—Me alegro de que haya venido a pasar el día, señorita Marla. Jake ha tenido que ir a los establos. Me ha dicho que puede esperarlo aquí o, si lo prefiere, yo puedo acompañarla allí.

Marla sacudió la cabeza. No quería ofenderlo dando a entender que prefería estar con Jake.

—¿La pregunta tiene truco?

Judd sonrió como si le hubiera gustado la réplica.

—Claro, no quiere perder el tiempo con un anciano si puede estar con Jake, ¿verdad?

Marla salvó la situación cuando la señorita Jenny llamó a Judd.

—¡Al teléfono!

Le indicó el camino a Marla con la mano.

—Está en su casa, señorita Marla. Enseguida estaré con usted.

Judd la dejó en el salón y ella miró alrededor. Dio una vuelta observando las imágenes familiares que cubrían una de las paredes desde el suelo hasta el techo, casi como un mosaico. Le encantaron.

Cada grabado cuadro o fotografía se había copiado en tamaño reducido para dar armonía a la presentación y además preservar los originales. Marla se fijó en unos grabados y cuadros del siglo XIX en los que se veía a los primeros Craddock con tres soldados confederados que habían luchado con el Sur en la guerra civil. Luego pasó a unos cuadros de los Craddock posteriores y a una foto de una boda. También había copias de cuadros y fotos de los toros y caballos más famosos que habían comprado o criado en el rancho.

Para terminar, Marla llegó a las dos últimas generaciones de los Craddock y como ella ya tenía las fotos de Jaicey, se dedicó a mirar fotos de Jake de niño, entre las que había algunas con Jaicey y con su madre, Lona. Jake había sido un niño guapo y rudo y Marla se imaginó cómo serían sus hijos. Quizá él tuviera una hija morena con ojos negros, o dos…

Entonces, Marla se acordó de Jaicey y no le extrañó que ella sintiera curiosidad por su familia biológica. Se había criado en una familia con una extensa historia familiar que ella podía ver colgada de la pared constantemente.

En ese momento, le pareció raro que Jaicey estuviera tan preocupada por contarle a su padre y hermano que había ido a buscar a su familia. Precisamente ellos podrían haber entendido que Jaicey necesitara conocer a su familia biológica. Marla ya había visto aquella pared antes, pero en ese momento le asombró que hubiera accedido tan rápidamente a los deseos de Jaicey de no contar a Judd y Jake lo que había hecho. Naturalmente, Jaicey conocía a su padre y a su hermano mejor que ella, pero seguía pareciéndole excesivo esperar que una niña adoptada no tuviera curiosidad, antes o después, por la familia en la que había nacido.

Marla empezó a pensar si esa pared podría darle algún punto de partida para sacar a Jake el tema de la familia biológica de Jaicey. Ella había decidido mencionar sólo un par de cosas que él pudiera repetir a Jaicey y que pudieran hacer que ella recordara, pero al ver aquella pared se preguntó si no podría decir algo más directo a Jake. Quizá podría pensar en una o dos preguntas hipotéticas para sondear cómo reaccionaría su padre, o él…

Sin embargo, eso podría significar que acabara desvelando el secreto y no sería justa con Jaicey. Si bien Marla tuvo dudas sobre lo arriesgado que era el secreto de Jaicey, seguía siendo algo que tenía que contar ella. Marla se sentía tan atrapada como Jaicey, pero Judd y Jake eran la familia de Jaicey, no la suya, y Jaicey había decidido mantener el secreto hasta que llegara el momento oportuno. Aun así, las cosas habían cambiado para Jaicey y los Craddock. Aunque Jaicey no hubiera perdido la memoria, el accidente lo había cambiado todo, incluso entre Jake y ella.

Quizá ése fuera el motivo, más que ningún otro, para que fuera el momento de al menos pensar en confesarle el secreto a Jake, pero la idea la desasosegaba. ¿Qué pasaría si se había equivocado con Jake y Judd? ¿Qué pasaría si Jaicey tenía motivos para preocuparse? ¿Qué pasaría si precisamente ése fuera el peor momento, sobre todo si lo contaba ella y no Jaicey?

Marla se sintió aliviada de no tener que contestarse al oír unos pasos decididos. Se volvió y vio a Jake que entraba del vestíbulo. El

corazón le dio un vuelco al ver la alegría que se reflejaba en sus ojos.

Jake fue directamente hasta donde estaba ella y la abrazó antes de apartarse un poco para darle un fugaz beso.

—No empecemos demasiado pronto —gruñó él aunque volvió a besarla—. Perdona el retraso.

Jake la soltó y la agarró de las manos. Marla sonrió y sintió una felicidad desconocida por el saludo de él.

—No te preocupes. Estaba conociendo a tu familia.

Judd entró en ese momento.

—Ya has llegado… —le dijo a Jake—. Marla ha tenido suerte. Estaba a punto de tener que decidir si prefería estar conmigo o contigo.

—¿Ibas a ponerla en ese dilema?

—Ya sabes que no puedo resistirme a las mujeres.

Jake miró a Marla.

—He pensado que podríamos ir a ver si encontramos el rastro del puma antes de comer. También podemos pasar por el viejo campamento, a lo mejor encuentras alguna punta de flecha. La señorita Jenny nos ha preparado una nevera llena de cosas, así que podemos comer donde te apetezca.

La sonrisa de Marla se hizo más amplia. Estaba emocionada por la agitación de Jake. Iba a disfrutar mucho ese día.

Se despidieron de Judd y fueron hacia la cocina. Jake agarró la nevera y ella le dio las gracias a la señorita Jenny antes de salir de la casa.

Capítulo 11

El entusiasmo de Marla no disminuyó a lo largo del día. Jake la llevó a un par de sitios donde pensaba que ella podría encontrar puntas de flecha y, efectivamente, las encontró. Estaba emocionada con sus hallazgos, entre los que también había unos cuantos fósiles.

Le contó a Jake su interés por la arqueología y su fascinación por las antigüedades y todo tipo de artilugios primitivos. A Jake le interesaba lo mismo y se dieron cuenta de que estaban suscritos a las mismas revistas y que habían leído los mismos libros. Jake había viajado para visitar algunos museos e incluso había trabajado en una excavación arqueológica en Montana durante un verano cuando estaba en el instituto.

Luego fueron al lugar donde alguien había visto el rastro de un puma dos días antes. Se bajaron de la camioneta y buscaron por la zona hasta encontrarlo. Como el terreno era muy plano, Jake hizo que Marla actuara de rastreadora desde el asiento del acompañante mientras él conducía.

Acabaron en una colina. Era la hora de comer y bajaron a un riachuelo con la nevera. Después de comer se metieron en el agua.

—¡Qué gusto! —exclamó Marla.

Jake agarró las sillas plegables que habían usado para comer y las metió en el riachuelo.

Jake se sentó primero y ella, descalza y con los vaqueros remangados, se acercó a su silla, pero Jake la agarró y la sentó en su regazo.

—Marlie, eres un peso ligero —bromeó él con una sonrisa.

Marla le rodeó el cuello con los brazos con toda naturalidad.

—Gracias por invitarme a venir.

—¿Te lo has pasado bien? —le preguntó él con cierta incredulidad—. Todavía no hemos hecho gran cosa.

—Me ha encantado. —Marla sonrió—. Es un remanso de paz. No me interpretes mal, pero es como si fueras un niño que puede ir de un lado a otro y hacer lo que quiere. No hacer nada si no quiere…

—No todos los días son así. Casi siempre hace calor y hay mucho trabajo, pero tú ya has venido otras veces y lo sabes.

—Prefiero esto a trabajar.

—Yo también lo prefiero a tu trabajo. Yo no podría estar todo el día encerrado en una oficina. ¿No has pensado en hacer otra cosa? ¿Te gusta ejercer tu carrera? —Él sonrió irónicamente.

—Trabajo porque me gusta comer —contestó ella antes de hacer una primera tentativa—. Empecé a trabajar en un despacho de abogados durante el último año de universidad. Luego, cuando me licencié, hice un curso de administración de empresas mientras trabajaba en el propio colegio universitario. Cuando terminé el curso, volví al despacho de abogados para trabajar a jornada completa. Al trasladarme a Coulter City entré en otro despacho de abogados. No arriesgo mucho en mis elecciones laborales.

Ella pensó que realmente no arriesgaba en nada.

—¿En qué trabajan tu padre y tu madre?

Era una pregunta muy natural, pero ella la recibió con tensión.

—Mis padres adoptivos eran unas buenas personas —contestó ella con toda la naturalidad que pudo—. Mi padre trabajaba en una tienda y mi madre era ama de casa.

—Entonces, también eres adoptada… ¿Lo sabe Jaicey?

Marla sintió cierto alivio al ver que Jake se lo había tomado tranquilamente. La pregunta sobre Jaicey podía darle pie para decirle cosas que él podría repetir a su hermana, pero él no había captado el mensaje de que sus padres adoptivos habían muerto.

—Ser adoptadas es una de las cosas más importantes que tenernos en común.

Marla resopló y esperó que él le preguntara qué otras cosas tenían en común, pero Jake no quiso saber más detalles.

—¿Qué les pareció a tus padres que te vinieras aquí?

Marla se puso más tensa. Él estaba más interesado en ella que en

su relación con Jaicey. Había supuesto que lo estaría en algún momento si las cosas iban bien entre ellos, pero tuvo la impresión de que él quería conocer más cosas de ella en ese momento y Marla había guardado silencio sobre su pasado durante demasiado tiempo como para no ponerse nerviosa por abrirse a él. Además, ella también notó tensión en él.

—Fallecieron cuando yo era joven —contestó por fin—. Fui adoptada hasta que terminé el instituto.

Jake frunció el ceño y ella se puso más nerviosa todavía.

—¿No tenías ninguna familia que se ocupara de ti?

Ella notó que a él le disgustaba la idea de que la familia no hiciera nada y se sintió algo aliviada.

—Sólo tenía dos familiares, uno de cada parte. Uno era muy mayor y el otro no estaba bien de salud. Yo tenía casi ocho años y los dos pensaron que era mejor que me adoptaran.

—Lo siento. —Marla notó que lo decía sinceramente—. ¿La familia adoptiva te trató bien?

Lo preguntó con mucha delicadeza, como si sospechara que no había sido así. Sin embargo, ella no notó rechazo ni ningún indicio de que la apreciaría menos si supiera la verdad.

—La primera estuvo bien, pero la madre se quedó embarazada y tuvo complicaciones, así que me mandaron a otra familia.

Jake la miró a los ojos y a ella le costó aguantar la mirada. Estaba arrepintiéndose, pero había ido allí para intentar algo con él y eso implicaba que él supiera cosas de su pasado. Sin embargo, ella no había esperado empezar tan pronto o llegar tan deprisa a la peor parte. Aunque también era posible que fuera mejor así. Sabría de una vez por todas si él seguía queriendo verla.

—Ésta, la segunda fue especialmente mala —le explicó ella en voz baja.

Él la abrazó con más fuerza.

—Lo siento —repitió él—. ¿Allí empezaste a tener miedo de los hombres enfadados? Como cuando pensaste que estaba furioso y podía hacer daño a los gatitos…

A ella casi se le paró el corazón por el cúmulo de emociones. Había ido directamente a uno de los momentos más traumáticos de su vida, casi tanto como cuando perdió a sus padres. Marla se mordió el labio, pero tuvo que parpadear para contener las

lágrimas.

Él se merecería una explicación por su reacción. Jake se lo había preguntado claramente y no había forma de evitar la respuesta salvo diciéndole que no era de su incumbencia. Sin embargo, la noche anterior se había dado cuenta de que en parte quería que él lo supiera. El problema era que pensarlo y hacerlo eran cosas muy distintas. Hizo acopio de valor.

—Mi padre adoptivo era primo de mi asistente social en ese momento. Descubrí que hay algunas manzanas podridas en el sistema de adopción, gente que lo hace por ganar un dinero suplementario. No es mucho dinero, pero si compras ropa de segunda mano, solicitas cualquier asistencia social y no te importa si una niña tiene que apañarse sin muchas cosas, supongo que puedes sacar algo. —Marla se encogió de hombros—. También hay algunos asistentes sociales que sólo quieren resolver los asuntos pendientes y que creen que los niños sólo son problemas que hay que endosar a otros.

Marla tuvo que callarse un momento para contener la ira. Había muchos padres adoptivos buenos, aunque ella no los hubiera conocido. Además, aunque los dos últimos asistentes sociales hicieron todo lo que pudieron, el primero no fue muy bueno. No hizo caso de las quejas de Marla sobre los malos tratos y sospechaba que no lo había informado oficialmente.

—En cualquier caso —siguió Marla—, aquel padre adoptivo pegaba a los niños y pateaba a los animales pequeños cuando se enfadaba. Por eso ayer me quedé espantada. Ya estaba asustada por las serpientes. Tu enfado no era exagerado, pero yo no pensaba, sólo reaccionaba. Reaccioné exageradamente. Seguro que te ofendí. Lo siento. Lo único que tenéis en común es que sois hombres.

Marla pensó que ahí terminaría todo y que sería lo máximo que él esperaba que ella contara, pero no era así.

—¿Qué hacía ese canalla?

Marla se rió nerviosamente.

—Se emborrachaba y se enfadaba. Cuando lo hacía, tenía que desahogarse y no se atrevía con los de su tamaño.

—¿Te pegó? ¿Te hizo daño?

Marla lo miró fijamente.

—Sí, pero aprendes a escapar.

—Has dicho algo de los animales pequeños.

Marla estaba muy nerviosa ante su insistencia.

—Sus hijos tenían un cachorrillo de perro qué era demasiado lento como para escapar. —Jake la abrazó con más fuerza y ella volvió a notar las lágrimas—. Dejémoslo en que un día, por fin, el cachorrillo quedó libre, yo quedé libre y otro niño adoptivo, Tommy, quedó libre. Detuvieron al monstruo y a su mujer y yo testifiqué contra ellos en el juicio.

—Lo siento, Marlie. Espero que el juez los castigara con todo rigor.

El tono de indignación hizo que a ella se le llenaran más los ojos de lágrimas.

—Cuando te conocí no me imaginé que fueras tan encantador.

—Ya, y mi encanto te hace llorar. ¿Serviría de algo que te contara un chiste?

—Claro… —Ella soltó una risita por la sorpresa.

—Te lo contaré cuando me acuerde de alguno.

Marla apoyó la barbilla en el hombro de él y le pasó los brazos por los hombros. Él le acarició la espalda y se serenó. Se le secaron las lágrimas y cerró los ojos para escuchar el murmullo de la corriente y los cantos de los pájaros en los árboles que cubrían aquella parte del riachuelo al cabo de unos minutos de tranquilidad absoluta, oyó que Jake tomaba aire.

—Gracias por contarme algo de ti misma —dijo él con un tono grave—. Me gustas, Marla Norris, es posible que incluso sea algo más.

A Marla se le aceleró el pulso y notó la peligrosa sensación de estar enamorándose. Pensó que era demasiado pronto, pero ni siquiera eso lo evité. Lo amaba.

Ella le gustaba y había dicho que era posible que fuera algo más. Era posible. La felicidad que sentía era desproporcionada para una declaración tan moderada, pero fue el remordimiento, más que el sentido común, lo que la devolvió a la realidad.

Ella le gustaba. Lo que ella le había contado no lo había disuadido. Sin embargo, ¿seguiría gustándole si supiera lo que le había o durante todo ese tiempo? ¿Entendería él que después de haberle contado esa época tan siniestra de su vida no le hubiera dicho algo que era más importante para él? Algo tan importante

para él como ser la melliza de su hermana adoptiva.

Marla se acordó de la pared con las imágenes familiares. Jake sabía lo que era una familia, su familia, pero ¿entendería que Jaicey hubiera necesitado conocer a su familia biológica? Aunque él era maravilloso y podría entender a Jaicey y aceptar lo que había hecho, Marla no estaba segura de que fuera tan comprensivo con ella por mantener el secreto de Jaicey durante tanto tiempo, sobre todo, después del accidente, después de ese día que estaban pasando…

Estaba en sus brazos, en su regazo, y él no tenía ni idea. Si Jaicey recuperara la memoria repentina mente y supiera lo que estaba pasando entre Jake y ella en ese momento, ¿lo aceptaría? ¿Diría que las cosas habían ido demasiado lejos entre Jake y ella como para que Marla siguiera manteniendo el secreto?

El dilema la abrumaba, pero los riesgos de decirlo y de no decirlo era idénticos. La conciencia acuciaba. Marla inclinó la cabeza hacia atrás para mirar a Jake a los ojos. Él sonrió y le miró los labios. Estaba a punto de besarla, pero ella le puso un dedo en la boca. Él se lo besó y frunció el ceño cuando ella lo apartó.

—¿Qué pasa?

Marla notó su preocupación y se dio cuenta de que era por ella.

¿Cómo iba a contárselo y a arriesgarse a perder aquello? Su corazón anhelaba su atención y su entrega. No quería tirarlo todo por la borda, ni ese momento ni el futuro que pudieran tener, aunque durara unos días o unas semanas.

Jake frunció más el ceño a medida que su preocupación por ella aumentaba y una oleada de tristeza sofocó los anhelos egoístas de Marla. ¿Qué futuro podían esperar por muy corto que fuera, si no se lo decía en ese momento?

—Jake —dijo ella con un tono solemne, tengo que decirte una cosa.

Dos lágrimas le cayeron por las mejillas. Ella le pasó los dedos por la mandíbula como si ésa fuera a ser la última vez que pudiera acariciarlo y se dio cuenta de que le gustaba que fuera tan áspera. Seguramente necesitaría afeitarse más de una vez al día, pensó ella presa del nerviosismo.

—Tengo que decirte que…

Un sollozo ahogó el final de la frase.

—No te he contado… tienes que saber…
Jake le acarició la cabeza.
—Tranquila. Tómatelo con calma. No hay prisa.
Marla, desesperada consigo misma y tan enamorada de él que no podía soportarlo, se derrumbó completamente. Era incapaz de decir o hacer algo que no fuera llorar y estrecharse contra él.
—Llora… No te reprimas… Te lo has ganado, querida.
Ella lloró con más fuerza por inspirarle, egoístamente, lástima y consuelo. Cuando ya no le quedaron lágrimas, Marla se dio cuenta de que había pasado mucho tiempo y de que Jake en ningún momento había mostrado cansancio o impaciencia por su desmoronamiento.
Una vez pasada la tormenta, él le empezó a dar besos en la cabeza. A Marla le encantaba, también le encantaba él y se preguntaba qué podía hacer.
—No quiero miradas avergonzadas, Marlie —le pidió él al cabo de un rato—. Ese llanto me preocupa porque has sufrido durante mucho tiempo.
Tanta comprensión avergonzó a Marla que se echó para atrás para quejarse, pero Jake volvió a estrecharla contra sí.
—Me gusta estar contigo —gruñó él mientras le daba un beso en el hombro—. Me escaparé del trabajo para estar contigo cuando quieras. Podemos hacer mil cosas divertidas. Puedo enseñarte a tirar al plato.
Él estaba cambiando el tema de conversación para que dejara de llorar y Marla comprendió que se había perdido la oportunidad. Levantó la cabeza y él le permitió que lo mirara.
—¿No te has… dado cuenta…?
A ella no se le daban muy bien esas situaciones, pero él pasó por alto su vacilación y sonrió; aunque miró fijamente a su rostro sonrojado.
—¿No me he dado cuenta de qué? ¿De que querías aprender a tirar al plato?
Marla sonrió levemente por la broma.
—¿De que había pensado en escaparme del trabajo? —bromeó ella a su vez.
—Sé muy bien que eres una persona responsable y que, naturalmente, no pensarías en escaparte del trabajo. Si yo tuviera tu

trabajo, sólo pensaría en eso. Lo haría un día sí y otro también.

—¿Tú llevas el rancho?

—No, me gusta trabajar mucho, pero también me gustan otras cosas —la miró detenidamente—. En este momento diría que lo que más me gustaría es volver a besarte.

Marla había estado disfrutando con la cadencia indolente de su voz y debatiéndose con la idea de que cinco minutos antes había estado llorando a mares. Pensó que, después de todo, el mundo podía tener algo mágico y eso le levantó el ánimo.

—Creo que preferiría que no te limitaras a decirlo.

Jake sonrió arrebatadoramente.

—Querida. ¿Te importaría quitarme el sombrero y dejarlo en el suelo?

Marla obedeció y tiró el sombrero por el aire. Él la abrazó.

—Bésame deprisa porque a esta silla le pasa algo…

Marla oyó «bésame deprisa», pero se encontró con los labios de él sobre los suyos y el resto de la frase se perdió en un murmullo.

El beso, efectivamente, fue muy rápido porque la silla se tambaleó y empezó a caerse. El movimiento instintivo de Marla para bajarse de su regazo empeoró la situación y acabó volcando la silla.

Se encontraron empapados. Jake se llevó la peor parte porque acabó sentado en el riachuelo que le llegaba hasta la cintura. Levantó las rodillas y apoyó los codos en ellas. Marla consiguió que sólo se le mojaran los vaqueros.

Jake estaba rojo como un tomate. Se miraba de arriba abajo y a la silla con aspecto cómico y Marla, de pie, tuvo que taparse la boca con las manos para disimular una carcajada.

Pasaron unos instantes de perplejidad y a Marla le dio un ataque de tos. Jake la miró lentamente, comprobó que estaba casi seca y frunció el ceño.

—Ni siquiera te has mojado el pelo.

Ella sólo pudo sacudir la cabeza.

—No —farfulló con la boca todavía tapada.

Marla se dio la vuelta para irse a la orilla y estar los más lejos de él cuando soltara la carcajada. Sin embargo, oyó una serie de increpaciones y notó que la agarraba por detrás antes de caer encima él entre risas.

* * *

Cuando llegaron al rancho ya tenían la ropa seca. Se alejaron de la camioneta agarrados de la mano y Marla se sentía completamente feliz.

Cuando entraron por la puerta de la cocina, la señorita Jenny les dijo que Jaicey había salido del hospital y estaba dormida. Judd estaba en su despacho. Jake y Marla tomaron un té y ella decidió que era el momento de irse a su casa.

—Creo que lo mejor es que me vaya a casa. No estoy acostumbrada al calor y a estar al aire libre. Estoy cansada y los gatos estarán sin comida.

—¿Estás segura? —le preguntó Jake.

Ella asintió con la cabeza, aunque se sentía fatal por irse sin haberle dicho la verdad. Se había pasado la oportunidad y no había habido otra. Además Jaicey estaba allí. Seguramente, agradecería no tener que verla después del esfuerzo de volver a casa y de un viaje largo en coche. Jaicey no se habría recuperado del todo y Marla no quería más encuentros fallidos, sobre todo cuando esos encuentros serían lo que Jaicey recordara de ella.

Jake la acompañó al coche. Se despidieron después de que él la invitara a cenar al día siguiente. Ella casi agradeció que no le diera uno de esos besos interminables y ardientes. Le había dado algunos a lo largo del día, pero el beso corto y cariñoso que le dio en ese momento era lo máximo que ella podía haber resistido. Luego, se concentró en la autopista como si se alejara de un sueño maravilloso.

* * *

-¿Ya se va la señorita Marla? —le preguntó Judd a Jake—. ¿Por qué tiene tanta prisa? Mira a ver si puedes llamarla.

—Creo que no tiene teléfono móvil. Además, estaba cansada, no está acostumbrada al campo —replicó Jake mientras iba al sofá donde estaba sentada su hermana y le daba un abrazo—.

Bienvenida a casa, forastera.

—Me alegro de haber vuelto.

—Pareces más descansada —comentó él antes de sentarse al lado de ella.

—He estado durmiendo todo el día sin que nadie me molestara —miró a su hermano con curiosidad—. Así que Marla Norris y tú habéis pasado el día en el campo, ¿no?

—¿Te importa? —le preguntó él amablemente.

Jaicey apartó la mirada con sentimiento de culpa.

—Perdona. Intento acordarme de ella y creo que, efectivamente, es algo importante, pero me agobia. Siento que ayer la ofendiera —volvió a mirar a su hermano—, pero si has pasado el día con ella, seguro que es estupenda, ¿no? Será una cosa mía…

—A lo mejor no es cosa de ninguna de las dos.

Judd se levantó, salió de detrás de la mesa y se sentó en una butaca enfrente de sus hijos. Jake supo que su padre había descubierto algo que él también consideraba importante. Lo había pensado la noche anterior, pero en ese momento estuvo seguro.

Jaicey frunció ligeramente el ceño.

—Yo lo supongo todo. No consigo recordar, pero tú sabes algo, ¿verdad?

—Sí.

La expresión de Judd era seria y algo sombría.

—Me parece que no estás muy contento con lo que sabes —intervino Jake—. ¿Por eso me preguntaste anoche si Marla era adoptada? —Jake se sentía protector de Marla y no le gustaba lo que se avecinaba.

—Te pregunté si tú sabías que era adoptada. En cuanto a que no esté contento, digamos que no me ha gustado la forma de enterarme, pero la idea, en sí, está bien. Si todo es de buena fe, entonces, estaré contento. Estaré feliz.

—¿Entonces? —le preguntó Jake.

—No sé si todo lo que me han dicho es verdad o no, aunque yo creo que sí.

Jaicey parecía no saber qué pensar, pero Jake estaba intrigado.

—¿De qué te has enterado? ¿Has llamado a Hodges?

Hodges era una agencia de detectives que habían contratado alguna vez. Era cara, pero también era muy eficiente. Las veces que

la habían contratado les habían ahorrado problemas y dinero.

Judd no había contestado todavía y estaba mirando a Jaicey.

—Di algo… —le apremió Jake.

—Sería más fácil si Jaicey recordara algo.

Jake miró a Jaicey y dudó ante la insinuación de su padre. Ella estaba pálida y perdida.

—Dínoslo claramente —le pidió Jake para aliviar a Jaicey.

Judd resopló y se dejó caer contra el respaldo de la butaca sin dejar de mirar a su hija.

—¿Qué dices, Jaicey? ¿Estás preparada para oírlo ahora o prefieres esperar a ver si recuerdas algo más tarde? No es nada malo, salvo que sea mentira. Incluso en ese caso, tampoco va a hacerte daño.

Jaicey sacudió la cabeza como si cambiara de opinión.

—Espera…

Miró a Jake a los ojos como si eso le diera fuerzas.

—De acuerdo, quiero saberlo.

La habitación quedó en silencio y Judo también miró a Jake.

Capítulo 12

—¿Te acuerdas de cuando adoptarnos a Jaicey? —le preguntó Judd a Jake—. ¿Te acuerdas de lo enferma que estaba? Se tomaba la leche tan deprisa que se atragantaba, la devolvía y se ponía azul.

Jake asintió con la cabeza y Jaicey miró a su padre con interés. Jake creía que ella nunca había oído eso.

—Tu madre se desvivía para que se tomara el biberón. La señorita Connie dice que eso, hoy en día, podría llamarse «reflujo» y que tiene un tratamiento, pero entonces los médicos no le daban importancia y lo llamaban una especie de cólico.

—Con el tiempo lo superaste, Jaicey, pero al principio fue una adopción complicada porque tenías un problema de salud. Tus primeros padres adoptivos no pudieron soportarlo y te devolvieron. Entonces, tu madre y yo fuimos a verte. Judd hizo una pausa y sonrió—. Tu madre estaba deseando que alguien devolviera un bebé enfermo y estaba decidida a adoptarte. Yo no dije nada en ese momento, pero estaba aterrado de que te murieras con nosotros. Temblaba sólo de pensar en adoptar a un bebé que se muriera y que eso destrozara el corazón de tu madre, pero en cuanto te vi quise dejarme la piel para criarte.

Judd volvió a callarse unos instantes, pero no miró a ninguno de sus hijos. Su sonrisa y su mirada perdida dijeron claramente a Jake que estaba ensimismado con los recuerdos. Jake recordaba perfectamente el día que la llevaron a casa y su madre la puso en sus brazos.

La pequeña Jaicey lo miró fijamente y luego, como si hubiera

decidido que le caía bien, sonrió con esa sonrisa desdentada de los bebés y soltó un gorjeo de placer.

Él, anonadado de pensar que le caía bien, también se rió sin poder comprender que una madre y un padre se hubieran desprendido de ella. Ella, efectivamente, era flacucha y pequeñaja para su edad y no tenía ni un pelo en la cabeza, pero era dulce y delicada y le gustó el olor a polvos de talco. Pronto comprobó que podía tirar los muros de la casa con los gritos que daba a la hora de comer, pero lo hacía tan frecuentemente que se acostumbró. Se sintió orgulloso de que un ser tan pequeño pudiera exigir tanta atención, de que tuviera el arrojo y la voluntad de querer sobrevivir. Se sintió orgulloso de ser su hermano mayor y su protector y se le cayó la baba como a su madre y a su padre.

Jake ya le había contado esa historia a Jaicey muchas veces, pero sintió que su padre le interrumpiera esos recuerdos cuando continuó, pero lo escuchó con atención.

—Entonces, no se podía conseguir mucha información sobre la familia biológica, pero nosotros conseguimos alguna por tus problemas de salud. Justo antes de que la adopción fuera definitiva, nos enteramos de que tenías una hermana melliza que había sido adoptada cuando las dos teníais un día de vida.

La noticia fue tan inesperada que tardó unos instantes en asimilarla. ¿Jaicey tenía una melliza? Jake no recordaba haberlo oído antes.

Su padre siguió como si hubiera adivinado lo que Jake estaba pensando.

—No te dijimos nada porque tu madre estaba disgustada porque hubieran separado a las hermanas, como si fueran dos cachorrillos, y pensó que también te disgustaría a ti. Al cabo del tiempo, estuvimos tan contentos de que Jaicey se hubiera repuesto y creciera sana y feliz, que dejamos de dar importancia a algo que no podíamos solucionar.

Jaicey sacudió la cabeza como si aquella noticia la hubiera dejado atónita.

—¿Yo tenía una melliza?

—Efectivamente, la tenías. Mejor dicho, la tienes —se corrigió Judd—. ¿Eso agita algo perdido en tu memoria?

Jaicey parecía perpleja.

—¿Cómo iba a recordar algo de mí nacimiento?

Judd se rió, se levantó y fue a abrir el portafolios de cuero que estaba sobre la mesa. Sacó lo que parecía un álbum de fotos, se lo entregó a Jake y volvió a sentarse.

—Es el álbum de fotos que estaba en la cartera de Jaicey que encontramos en el coche accidentado. Por eso te pregunté si sabías que la señorita Marla era adoptada Naturalmente, no podías acordarte de nada de tu nacimiento. —Judd se dirigió a Jaicey—, pero Marla y tú habéis estado muy unidas durante los últimos meses y por eso yo esperaba que hubieras recordado algo. Llevabas este álbum el día del accidente. Volvías de casa de Marla. —Judd señaló el álbum—. Echadle una ojeada y decidme cuál creéis que podría ser la familia de Marla.

Jake presintió una conmoción enorme y su primera reacción fue proteger a su hermana.

—¿Estás seguro de que debe verlo?

—Lo vería en cualquier caso si alguna vez se lo encontrara y lo abriera. Al menos estará preparada para la sorpresa. —Judd miró a Jaicey—. No hace falta que lo veas ahora si te asusta.

Jaicey negó con la cabeza.

—No. Tengo que verlo ahora. Ábrelo.

Jake se puso el álbum sobre los muslos para que ella pudiera verlo y lo abrió.

Jaicey contuvo una exclamación.

La primera página decía:

Nuestras vidas hasta la fecha…
Una breve historia de las mellizas de Texas.

Jake reconoció el estilo de su hermana y notó una opresión en el pecho cuando pasó la página y vio el nombre completo de Jaicey, la fecha y hora de nacimiento y todos los datos sobre una foto, hecha en el hospital, de Jaicey calva y con horas de vida. También reconoció la letra de Jaicey.

Asimiló bien todo lo que había en la página de la izquierda y pasó a mirar la página de la derecha. Leyó el nombre de Marla y la misma información, pero escrita con la que seguramente sería la

letra de Marla. Su foto la mostraba con un pelo fino y oscuro, pero los rasgos era muy parecidos a los de Jaicey.

La impresión fue haciéndose cada vez más profunda a medida que iba viendo el álbum. Se olvidó de que estaba sentado al lado de Jaicey. Las fotos y los textos sobre Jaicey estaban siempre en la página de la izquierda y los de Marla en la de la derecha. Había más fotos de Jaicey durante las distintas etapas de su vida, y algunas eran fotos profesionales con la familia.

Había muchas menos de Marla y ninguna con la misma familia a partir de cierta edad. Además, todas las fotos, menos las del colegio, eran instantáneas.

Vio a las dos hermanas que crecían, cada vez más distintas, hasta que Jaicey y Marla llegaron a parecer dos chicas más. Cuando llegó a las fotos profesionales de la graduación en el instituto y las comparó, pudo adivinar cierto parecido en la cara, pero nada que llamara la atención.

Las siguientes fotos estaban hechas en un estudio de Coulter City y eran muy recientes, quizá de hacía un par de meses. Entre ellas había una serie de las dos en escenarios distintos. Se habrían gastado una fortuna para hacerse aquellas fotos profesionales.

Las dos últimas páginas eran de fotos que se habían sacado la una a la otra o que les habían sacado a las dos juntas. Fotos en un rodeo, en el rancho, con unos chicos…

Jake dejó escapar un suspiro y miró la última foto de Jaicey y Marla. Estaba tan asombrado que no podía decir nada. Su padre se había recostado en la butaca con las piernas estiradas y las manos cruzadas sobre el pecho, como si estuviera completamente relajado. Parecía satisfecho con la reacción de Jake y miró a su hija.

Jaicey intentó agarrar el álbum y ponérselo sobre sus muslos, así que Jake se lo dio y lo sujetó mientras miraba la cara de su hermana.

—¿Qué tal estás, hermanita?

Ella no contestó y volvió a pasar las páginas del álbum hacia atrás.

Jake miró a Judd.

—A mí me llena muchas lagunas —le dijo su padre—. ¿A ti?

Jaicey rompió a llorar antes de que Jake pudiera contestar.

* * *

Esa noche, Marla cenó, se duchó y preparó la ropa para el día siguiente. Además, dio de comer a los gatitos, a los que había decidido llamar Mickey y Samantha, porque quería llamar Sammy a la hembra. A las nueve, cuando ya se había puesto el sol, estaba dormida y los gatitos sanos y salvó en el cuarto de baño con agua y comida suficiente para que pasaran la noche. Marla se durmió profundamente y cuando se despertó se acordó de que Jake iba a llevarla a cenar esa noche. Se sintió entusiasmada.

Dio de comer a los gatos, se vistió e hizo una lista de las cosas que tenía que hacer esa semana. Entonces se acordó del día anterior y de que en vez de decirle a Jake lo que tendría que haberle dicho, se había derrumbado y echado a llorar.

Seguramente, esa noche encontraría una ocasión de decírselo, sobre todo cuando ya estaba casi segura de que no volvería a derrumbarse. Era casi increíble que le quedara alguna lágrima, pero ya se había sentido así antes; Jake era demasiado importante para ella. Su respeto era muy importante para ella. No quería llegar tan lejos con él para que luego todo quedara en nada. No quería que él la odiara.

Encerró a los gatitos en el cuarto de baño, agarró el bolso e iba a salir de apartamento cuando oyó unos golpecitos en la puerta de cristal que daba al patio. Las persianas estaban bajadas y eran las siete y media de la mañana, así que no podía imaginarse quién llamaba. Marla volvió a cerrar la puerta, dejó el bolso en la mesilla de la entrada y cruzó la sala para mirar entre las persianas.

Para su sorpresa, Jake estaba en medio del patio con una expresión espantosa. Ella se apartó del cristal como si así él no fuera a verla. Pero al mirar entre las persianas sus miradas se habían encontrado.

Tenía un aspecto amenazador y ella sólo percibió la intensidad de su mirada. Marla supo que se había enterado de su secreto Tardó un rato en reponerse y levantar las persianas. Jake volvió a parecerle un gigante a punto de meterse en una casa de muñecas. Sin embargo, esa vez, el remordimiento y el miedo hacían que le pareciera más grande e intimidante. Llevaba una camisa blanca,

unos vaqueros oscuros, un sombrero negro y las botas negras y relucientes como un espejo. Marla quitó la barra de seguridad y empezó a separar las hojas de la puerta corredera. El metió la mano por la abertura y terminó de abrirla puerta.

Marla retrocedió para dejarlo entrar. Él pasó, se dio la vuelta y volvió a cerrar la puerta.

Ella lo miró a la cara sabiendo perfectamente que se merecía cualquier cosa que él le dijera. No debería haber aceptado mantener el secreto de Jaicey y aunque lo hubiera aceptado, no debería haberlo mantenido durante tanto tiempo. Tendría que haberle contado todo el día anterior, independientemente de lo que hubiera tardado en superar la llantina e independientemente de que él hubiera querido tranquilizarla y animarla.

—Jaicey yo estuvimos viendo su álbum de fotos anoche y creo que tienes uno igual —dijo él sin preámbulos.

No parecía enfadado, parecía desalentado y eso podía ser peor. ¿Quería decir eso que estaba decepcionado con ella además de enfadado? Eso era la puntilla. Ella también estaba decepcionada consigo misma. Tenía que habérselo dicho para prepararlo. Quizá lo que estaba viendo era lo que quedaba de una impresión muy profunda.

Entonces, Marla cayó en la cuenta de lo que él había dicho y se animó un poco.

—¿Ella recuperó la memoria?

—Sí, gracias al álbum. Tuvo que explicar muchas cosas.

—¿Se disgustó tu padre?

—Sólo porque se lo hubiera ocultado.

Marla sintió algo parecido al alivio pero Jake seguía muy serio.

—Yo también lo oculté —reconoció ella.

Era una confesión muy endeble, pero era lo único que podía hacer.

Jake se quitó el sombrero.

—Efectivamente. —Jake tiró el sombrero a una butaca—. Eso indica que fuiste leal con Jaicey y mantuviste el secreto aunque eso significara que tuvieras que salir de su vida durante un tiempo. Ayer quisiste decírmelo, pero yo no te dejé, a pesar de que lo intentaste una segunda vez.

—Sí. Lo siento. Creía que podía hacerlo, pero cuando estuve

segura de que las cosas habían cambiado entre nosotros y de que no podía seguir ocultándotelo, me puse sensiblera y no te lo dije. Luego, pareció como si tú quisieras animarme, pero yo lo usé como excusa para no volver a intentarlo. Yo tendría que haber insistido esa segunda vez.

Esa confesión volvió despertarle todas las emociones como si no las hubiera aplacado, pero hizo un esfuerzo para contenerlas. Prefería tener que tragarse todas las lágrimas antes de que Jake las viera y creyera que eran una forma de inspirar compasión.

—Yo habría pensado que te habrías emocionado menos por hablarme de Jaicey que de tu padre adoptivo. En cambio, decirme quién eras realmente fue la gota que colmó el vaso, o quizá estuvieras más disgustada por decirme tu secreto.

Marla apartó la mirada. No podía entender por qué insistía mientras ella se devanaba los sesos para decir algo que no fuera que temía perderlo. Hizo un esfuerzo por volver a mirarlo.

—Es fácil. Las casas donde estuve adoptada pertenecen a recuerdos de un pasado lejano, pero contarte el secreto era algo de un presente muy cercano. Sobre todo cuando habías sido tan encantador conmigo y podías llegar a ser algo parecido a un amigo.

Marla se amedrentó por dentro y se sintió digna de lástima y tan transparente como el cristal. ¿Por qué no reconocía la verdad o, al menos, toda la verdad que le permitía su orgullo?

—Sabes que me gustas —siguió ella con un hilo de voz—. No quería estropear lo que había surgido entre nosotros. —Marla tomo aire y notó la mirada de él clavada en ella—. ¿Dónde nos lleva todo esto?

—A estar un metro demasiado separados, señorita Marlie.

Ella se quedó anonadada.

—¿Qué?

Jake la abrazó y posó los labios en los de ella. Marla se sintió tan débil que le maravilló no desmayarse, pero una mujer desmayada no habría sentido lo que ella sentía al rodearle el cuello con los brazos.

Jake estaba besándola, derritiéndole las entrañas, haciendo que la sangre le abrasara como la lava. Él la amaba. Cuando por fin se apartó, sus ojos resplandecían como ascuas.

—Papá estará en tu oficina en estos momentos. Ha ido para

decirles que hoy no irás a trabajar porque tú y yo tenemos que hacer muchas cosas.

Marla seguía absorta por el torbellino del beso y tardó un rato en caer en la cuenta de lo que había dicho Jake.

—¿Qué tenemos que hacer? —le preguntó ella.

—Tenemos que hacer planes y comprar los anillos. Además, Jaicey se muere de ganas de verte.

A Marla le pareció que se había caído por un precipicio. En cualquier momento se estrellaría contra el suelo y se daría cuenta de que estaba soñando o de que Jake estaba gastándole una broma muy pesada.

—Espera un segundo —replicó ella—. He entendido lo de Jaicey, pero ¿qué más has dicho?

Jake sonrió.

—Tenemos que hacer planes. Si no quieres hacerlos hoy conmigo, volveré mañana y al día siguiente y al siguiente. Todos los días hasta el lunes que viene. Si entonces no aceptas casarte conmigo, volveré a venir todos los días de esa semana.

A Marla se le desbocó el corazón de felicidad. Era una tontería, pero Marla tuvo que preguntarlo para estar segura.

—¿Por qué ibas a hacer una cosa así?

—Porque te amo, Marlie. No sé bien cuándo pasó, si fue ayer o al principio de todo, pero lo supe en cuanto abrí el álbum de fotos y descubrí quién eras. Entonces, me di cuenta de lo que no te dejé decirme en el riachuelo. En cuanto me recuperé de la impresión, lo primero que pensé fue si te casarías conmigo y tendríamos mellizos.

Marla seguía pensando en que él le había dicho que la amaba, pero su cerebro se resistía a creerlo.

—¿Tú me quieres un poco? —le preguntó Jake con tono seno—. Sé que es pronto y entendería que quisieras un noviazgo normal. Tu vida ha dado muchos giros. Has venido a Texas, has conocido mejor a Jaicey, has montado una casa nueva, tienes un trabajo nuevo, el accidente…

Jake dejó de enumerar los cambios y Marla pudo contestar.

—Sí… te quiero… Creía que nunca diría algo así a un hombre y menos a ti, pero te amo.

Jake frunció el ceño burlonamente.

—Pareces muy sorprendida y eso no me halaga. Siempre había

creído que yo era adorable y deseable.

Marla dejó escapar una risita.

—Es un halago. No creía que fuera a decírselo a un hombre porque no creía que pudiera amar y si lo hacía, no creía que fuera a arriesgarme a decirlo, pero te amo. —Marla se rió—. Te amo. Es maravilloso saberlo y sentirte libre de decirlo.

Marla lo agarró del cuello para bajarle la cabeza y besarlo. Jake la tomó en brazos y sin dejar de besarla la llevó hasta delante de la puerta del cuarto de baño.

—Supongo que los gatitos están aquí.

Marla asintió con la cabeza.

—Entonces, abre la puerta para que salgan. Me parece que las cosas podrían subir de tono entre nosotros y puedes necesitarlos.

—¿Necesitarlos?

—Como una excusa para enfriar las cosas y acompañarme a la puerta —gruñó él.

Marla sonrió.

—¿Te diste cuenta la otra noche?

—He tomado nota de todo sobre usted, señorita Marlie y, si puedo aguantarlo, quiero esperar hasta la noche de bodas, siempre que no falte mucho para esa noche.

Jake volvió a la sala y se sentó en el sofá con ella en el regazo. Volvió a besarla y los dos se olvidaron de todo durante un buen rato.

Luego, Marla apoyó la cabeza en el hombro de Jake. Mientras hacían planes para el futuro, los gatitos subieron por los vaqueros de Jake para encontrar un sitio cómodo donde echar la siesta.

FIN



Susan Fox se crió con su hermana, Janet, y su hermano, Steven, en una superficie de cerca de Des Moines, Iowa, donde, además de gatos y perros callejeros había dos caballos y ponis; su mascota favorita y confidente era Rex, su marrón y negro caballo castrado pinto.

Susan ha criado a dos hijos, Jeffrey y Patrick, y actualmente vive en una casa que ella riendo refiere como el relleno sanitario y depósito de libros. Ella escribe con la ayuda y el estorbo de cinco traviesos felinos de pelo corto: Gabby, un hablador carey percal; Buster, un sólido de león amarillo con patas blancas y las marcas faciales, y su hermana, Pixie, un calicó tricolor; Toonses, una regordeta negro y negro, y el diabólico alegremente, juguetona tigre negro Eddie, también conocido como amante de Eduardo.

Susan es una fan bookaholic y cine que ama vaqueros, rodeos, y el oeste de Estados Unidos, el pasado y el presente. Ella tiene un gran interés en contar historias de todo tipo y en la política, y ella dice los dos son a menudo intercambiables.

Susan le encanta escribir caracteres complejos en situaciones emocionalmente intensas, y se espera que sus lectores disfrutan de sus historias rancho y son elevados por sus finales felices.

Sitio web oficial: http://www.susanfox.org/